

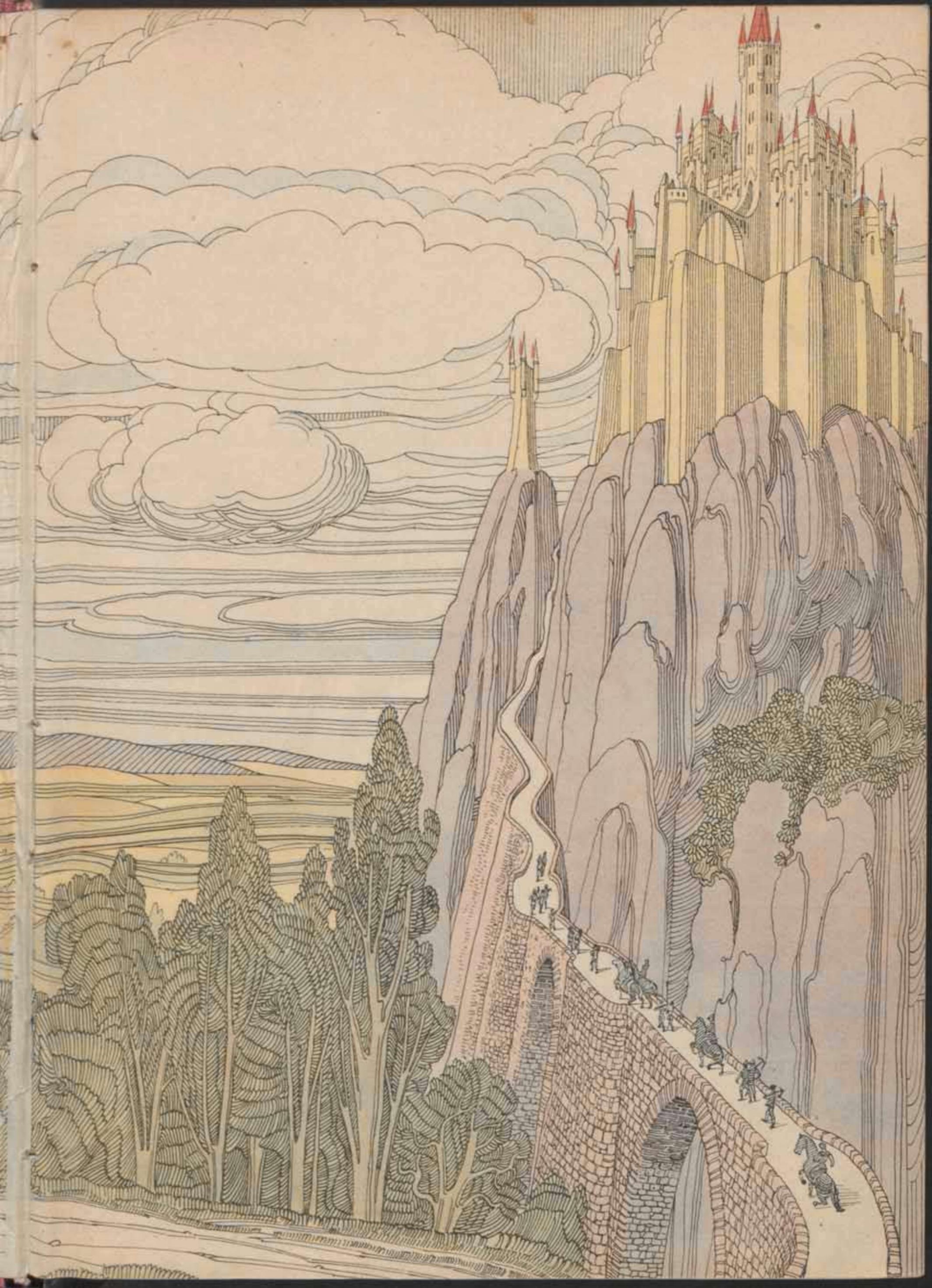
ROBINSON CRUSOE



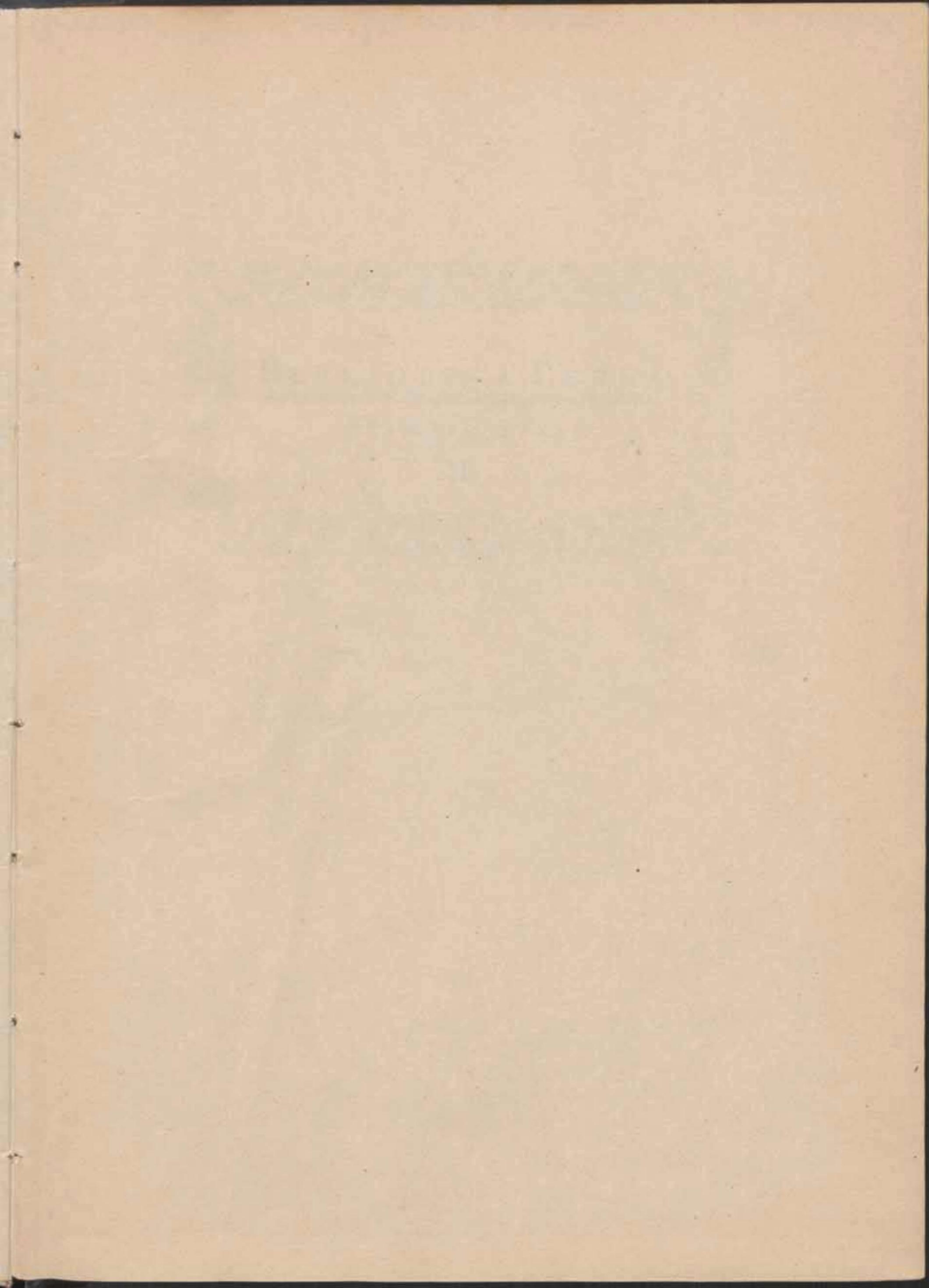
EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA," S. A.

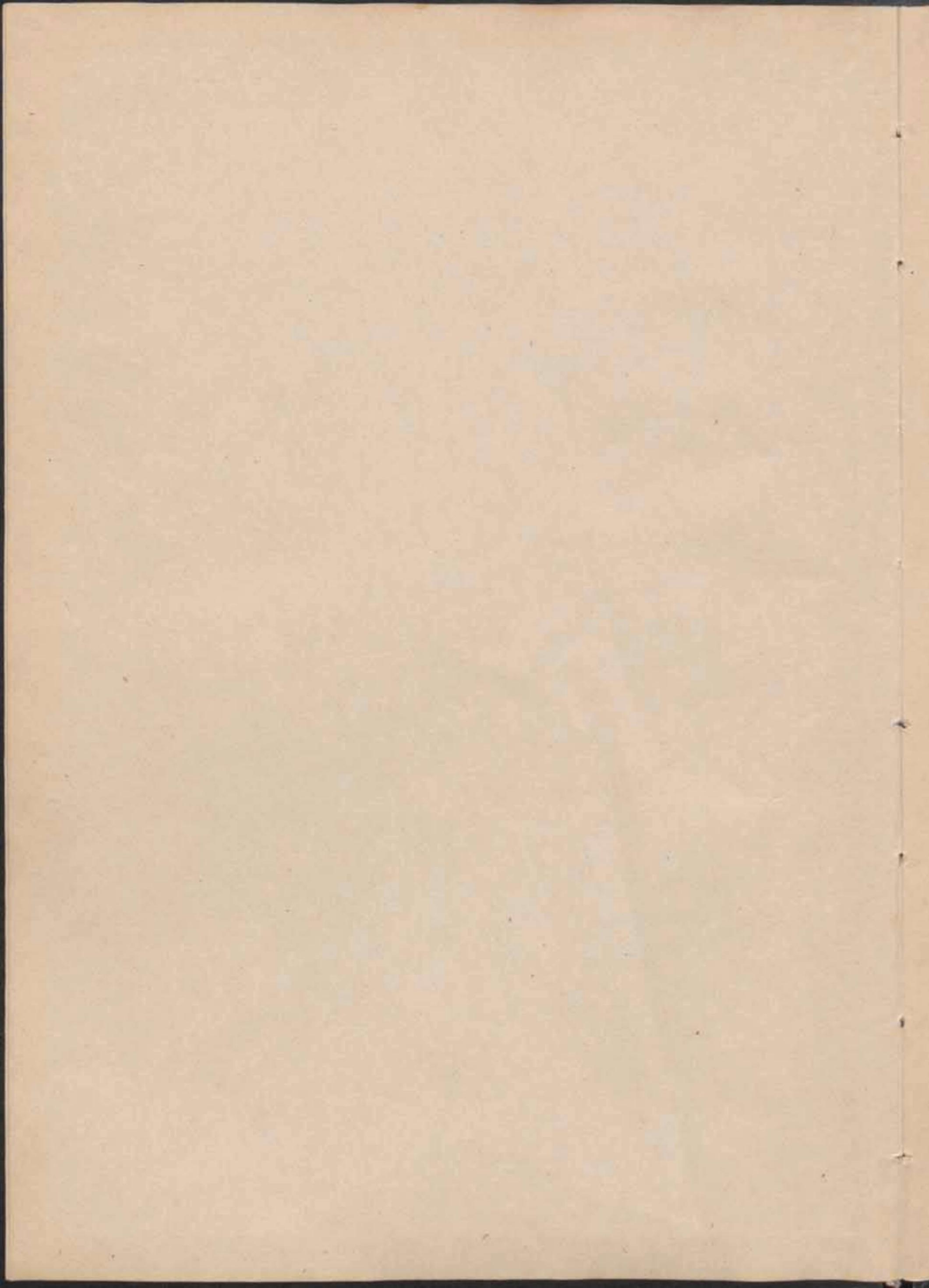


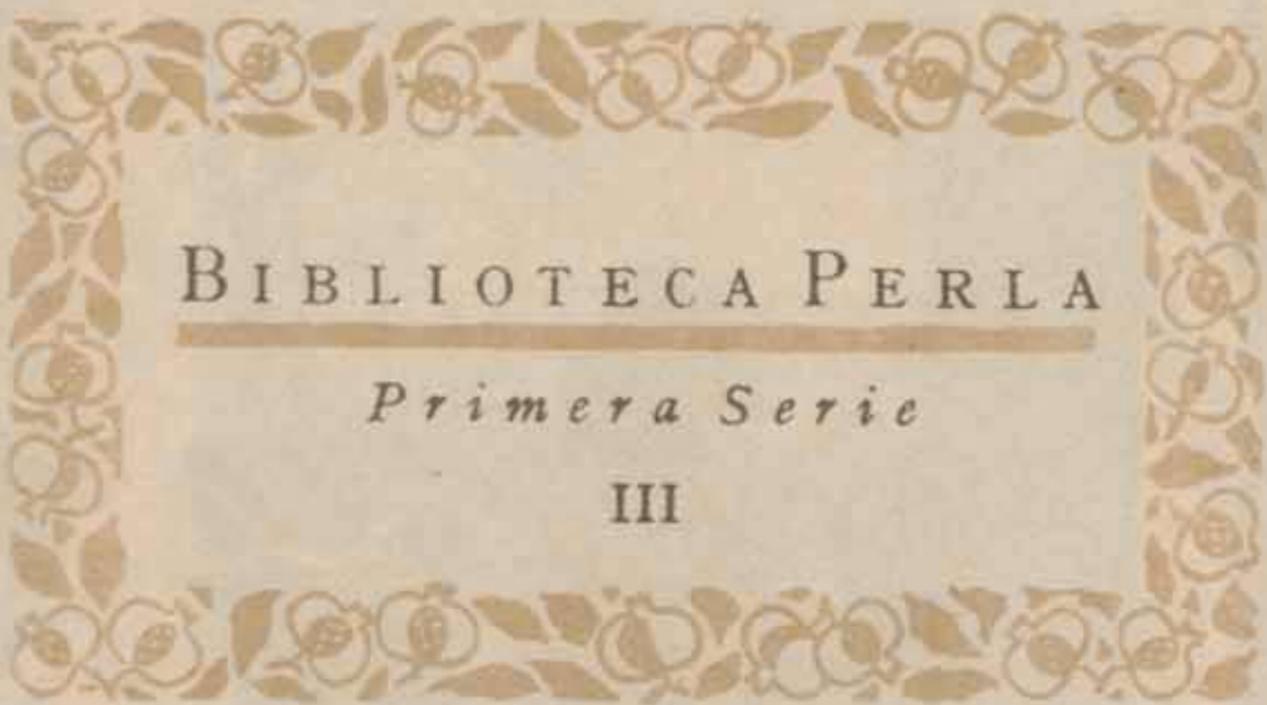
c. Sta Marina



LE-3417





A decorative border in a light brown or gold color, featuring a repeating pattern of stylized flowers and leaves. The border is rectangular and frames the central text.

BIBLIOTECA PERLA

Primera Serie

III



Robinson Crusoe

R-4002

DANIEL DE FOË

ROBINSON
CRUSOÉ

*SU VIDA Y
AVENTURAS*

Ilustraciones de Picolo



EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S. A.
Casa fundada el año 1876
MADRID



PROPIEDAD.

Derechos reservados para todos los países.

COPYRIGHT 1941 BY

ED. SATURNINO CALLEJA, S. A.

MADRID

PRINTED IN SPAIN

AL QUE LEYERE

DAR nuevamente a la luz la vida y aventuras del héroe literario que todo el mundo conoce con el nombre, que el mismo autor declara contrahecho, de ROBINSON CRUSOÉ, no es, ciertamente, una empresa excepcional. Hase publicado muchas veces en todos los idiomas, y no pretendemos lauros con esta nueva versión; pero sí nos juzgamos con derecho a decir lo que nos hemos propuesto y a exponer los medios empleados para contribuir a la vulgarización de uno de los libros que mayor popularidad han alcanzado.

Notable, originalísimo, el libro que Daniel de Foë dió a las prensas en 1719, tiene en todas las ediciones que conocemos, así inglesas como en otras lenguas, dos sabores de que es forzoso depurarle antes de entregarlo a la imaginación de los niños y adolescentes que forman actualmente el núcleo de sus lectores: el sabor de la religión y el de la nacionalidad del autor. Salvo esta depuración, hecha con parquedad, el libro se halla tal como fué escrito por su autor, que, nacido en Londres en 1661 y muerto en la misma ciudad en 1731, no podía dejar de sentir contra nosotros y contra todo lo nuestro aquellas hostilidades que son propias de sus creencias, de su tiempo y de su patria.

Tal vez por esas y por otras semejantes causas, aparte las honradas de imitación o de lucro, la manera literaria de De Foë tuvo innúmeros adeptos, como ha ocurrido en nuestros días con el novelar maravilloso y pseudocientífico de los que pusieron en libros de pura recreación problemas matemáticos o páginas de la Historia, como tiempos atrás las obras didácticas se escribían en verso para que sus preceptos hiriesen con mayor viveza las imaginaciones y se aposentaran en la memoria, quedando de ellas, no la sensación

Prólogo

de placidez, sino la enseñanza como resultado definitivo y beneficioso en el ánimo del lector. Así, por esas imitaciones de que hablamos, fué compuesto el Robinsón suizo, que un ingenioso literato de Berna, Rodolfo Wyss, publicó en 1812 como antes lo había sido el Robinsón de un escritor alemán muy apto, Campe, que se apoderó de la substancia del libro cuando éste estaba en todo el apogeo que ofrece la novedad, pues Campe nació en 1746, quince años después de morir el autor del libro que sigue a estas líneas.

De ahí, como de lo reducido de las dimensiones, provino la generalización del Robinsón de Campe, que es el más conocido en España, del que hizo tan afortunada y pulida traducción el fabulista D. Tomás de Iriarte, y que llegó a la quinta edición en 1817, a pesar de la guerra de la Independencia, de la mayor dificultad que ofrecían a la lectura un número menor de lectores y comunicaciones no tan fáciles como las de ahora.

Acerca de que De Foë se inspiró en los hechos atribuidos al español Pedro Serrano por las crónicas del inca Garcilaso, parece que no hay serias dudas; y aun cuando muy fundadas existiesen, no podría ser cosa extraña que un literato inglés se hubiera inspirado en los sucesos prósperos y adversos de un aventurero español de aquellos cuyos hechos, aun a principios del siglo XVIII en que fué impreso el libro, recreaban la imaginación del vulgo con maravillosos relatos*.

Hacer más popular un libro de moralidad y recreo de universal aceptación, darle a conocer con preferencia al que en él fué inspirado, como el otro Robinsón de Campe, y ofrecerlo en condiciones de pureza de lenguaje, católica moral y condiciones materiales como las que en esta edición pueden ser apreciadas, ha sido nuestro deseo, que creemos haber conseguido mediante el esmero que sin cesar ponemos en la publicación de obras que estimulen la afición a la lectura sin daño de los principios ni de las costumbres que deseamos ver perpetuadas en nuestros hijos.

* Algunos han supuesto que las aventuras de un marino escocés, Alejandro Selkirk, el cual hizo vida solitaria en unas islas no lejanas de Santiago de Chile, inspiró la fábula al autor; pero convence de lo absurdo de la noticia la situación en que se supone a la isla de Robinsón, en el Atlántico, no en el Pacífico y en la desembocadura del Orinoco, cuyo curso e importancia no pueden compararse con los del Maulé, río próximo a las islas de Juan Fernández, donde habitó Selkirk.



CAPÍTULO I

QUIÉN ERA ROBINSÓN

EL año de gracia de 1632 nací en la ciudad de York, de familia honrada y extraña a aquel país, pues mi padre, natural de Bremen, habíase establecido en Hull, donde, después de formarse un caudal con la especulación mercantil, se retiró del tráfico y trasladó su residencia a York; allí se casó con la que, andando el tiempo, fué mi madre. Era ésta de la familia de los Robinsones, gente muy principal de aquella región, por donde fui llamado con mi verdadero nombre de Robinsón Kreutzauer; mas, por el hábito que hay en Inglaterra de abreviar nombres y palabras y por corrupción del sonido, dieron en llamarnos Crusoé.

Éramos tres hermanos: el primero, teniente coronel de Infantería en un regimiento inglés, murió en la batalla de Dunquerque. No sé cuál habrá sido el paradero del segundo, cosa no sorprendente si se tiene en cuenta que en la misma ignorancia hubieron de vivir mis padres con respecto a mí.

Siendo yo el menor de los hermanos, y no habiendo recibido educación para determinada carrera, empecé muy pronto a soñar con todo género de fantasías. Mi padre, hombre ya anciano, me había dado alguna instrucción y pensaba en dedicarme a la abogacía, pero a mí no me era grata profesión alguna que no fuese la de marino.

Mi padre no tardó en conocer mis deseos. Cierta mañana me llamó a su habitación, donde le retenía lleno de dolores un ataque de gota, y me expresó de un modo afectuoso la ansiedad que le ocasionaban mis propósitos, a los cuales no podía hallar satisfactoria explicación.



*Tuvo mi madre grandísimo enojo oyendo que me
expresaba en semejantes términos...*

— Sólo para dos clases de hombres — me dijo — puede revestir apariencias de lógica tu manera de pensar: los que, absolutamente pobres, son movidos más bien por la desesperación que por la esperanza, y aquellos otros que, nacidos en las más altas esferas sociales, entienden y consideran como cosa de escaso brillo y menguada importancia todo lo que no salga de las vías ordinarias y de los medios acostumbrados de labrarse el porvenir. Tú no estás ni tan bajo ni tan alto, porque, para fortuna tuya, te encuentras en el mejor estado social, que es la clase media, según me ha demostrado la práctica de la vida en los largos años que llevo de conocerla.

"Por ese camino quiero que endereces tus pasos, y en él pienso colocarte para que formes tu bienestar. Observa, hijo mío, lo que por desoír mis exhortaciones le ocurrió a tu hermano mayor, a quien di saludables consejos, análogos en un todo a los que ahora te doy a ti".

Tiempo después supe apreciar cuánto había de profético en lo dicho por el noble anciano.

Tan vivamente me impresionaron los razonamientos del autor de mis días que formé propósito de no volver a pensar en viajar; mas, por desgracia, no prevaleció el honrado propósito de aquellos momentos, y pocas semanas más tarde pensé fugarme de la casa paterna.

Juzgando más bien que se trataba de apreciaciones exclusivas de mi padre, una vez que entendí que mi madre tenía humor más adecuado para atender mi confesión, hube sinceramente de decirle que nuevamente se había hecho dueño de mí un violento deseo de correr tierras.

— Tengo ya dieciocho años — agregué —. Si tú quisieras hacer algo en mi obsequio, ¡cuánto lo estimaría!, pues así me evitarías que sin consentimiento vuestro me ausente, cuando, por bondad de mi padre, pudiera dar la vuelta al mundo; y esto hecho, tornaría a mi casa para recuperar el tiempo perdido, esmerándome en mostrar actividad.

Tuvo mi madre grandísimo enojo oyendo que me expresaba en semejantes términos, y me manifestó que no estaba dispuesta en modo alguno a perder el tiempo hablando a mi padre del particular.

Esto no obstante, según más tarde me fué dado a conocer, mi madre habló del asunto a su esposo, el cual dijo de un modo terminante:

— Ese muchacho podría ser feliz permaneciendo en su casa; pero si le da por lanzarse en aventuras será el más desdichado mortal de cuantos han habitado la Tierra, y claro es que mi deber me impide consentir tamaño desacierto.



CAPÍTULO II

EL 1.º DE SEPTIEMBRE DE 1651

PRÓXIMAMENTE un año después rompí en un todo con las consideraciones que el amor y el respeto a mis padres me habían hecho guardarles, persistiendo en mi afán de realizar la que yo consideraba como vocación decidida.

Cierto día, hallándome en Hull, adonde había ido casualmente y sin plan alguno, me encontré con uno de los que solemos llamar amigos, que iba a partir para Londres en un buque de su padre. Me invitó a acompañarle, diciéndome que nada me costaría el viaje. Ni siquiera me pasó por la imaginación consultar resolución tan ardua con mis padres o poner en su conocimiento la nueva de mi partida, y el 1.º de Septiembre de 1651 subí a bordo del buque, que llevaba cargamento para Londres. Juzgo imposible que haya existido jamás un joven tan amante de aventuras cuyos infortunios comenzasen tan pronto y durasen tanto como los que yo padecí. Apenas la embarcación hubo salido del puerto y entrado en el mar, abandonando el Humber (1), se levantó un fuerte vendaval y el mar comenzó a agitarse con violencia espantosa. Como nunca había navegado, el malestar y el terror se apoderaron de mí y me sumieron en una angustia difícil de expresar.

Mientras tanto el temporal arreciaba de continuo y las espumosas olas se revolvían con furia. Si bien aquello no fué nada en comparación de lo que vi más adelante, y sobre todo pocos días más tarde, era, sin embargo,

(1) Uno de los mayores ríos de Inglaterra, formado por el House y el Trent, entre los condados de York y Lincoln.

Robinson Crusoe

suficiente para hacer estremecerse a un marino novel, a un joven que, como yo, se sentía por la primera vez en su vida a la disposición de los enfurecidos elementos. Todo el día permanecí silencioso, porque estaba sumamente ma-



... se acercó a mí, y dándome un golpecito en las espaldas, me dijo...

reado; mas al acercarse la noche despejó el tiempo, el viento paró del todo y la temperatura se hizo deliciosa; al ponerse el Sol no empañaba el horizonte nube alguna y el azul del cielo apareció iluminado por el astro en una atmósfera completamente limpia.

Dormí perfectamente toda la noche; de suerte que, lejos de estar mareado, me encontraba lleno de salud y bienestar, contemplando aquel mar,

pocas horas antes tan terrible y agitado, y en aquellos momentos tan bonancible y tranquilo. Hallábame sumido en reflexiones tales cuando mi camarada, el que me había obligado a emprender aquel viaje, temiendo que persistiese en volver al buen camino, del cual me había apartado, se acercó a mí, y dándome un golpecito en las espaldas, me dijo:

— Y bien, amigo mío, apostaría cualquier cosa a que la noche pasada has tenido miedo, ¿no es verdad?, siendo así que no ha habido más que una pequeña ráfaga de viento.

— ¡Cómo! ¿Llamas a eso una pequeña ráfaga de viento, cuando ha sido un verdadero temporal?

— ¿Un temporal? — me replicó —. ¡Eres un inocente! ¡Eso no ha sido nada! Los marinos no hacemos caso de esas pequeñas borrascas, sobre todo cuando tenemos un buen buque y nos hallamos en alta mar. ¡Chico, veo que no eres más que un marino de agua dulce! ¡Vaya, vaya, hagamos un *bol* de ponche y no pensemos más en el asunto! ¡Mira qué hermoso está el tiempo!

A los seis días de navegación fondeamos en la rada de Yarmouth. Como el viento había sido contrario y débil, adelantamos muy poco después de la tempestad. Nos vimos precisados a echar anclas en dicho sitio, y la brisa, continuando del Suroeste, nos detuvo siete u ocho días, durante los cuales muchas embarcaciones de Newcastle fueron a buscar un abrigo a la misma rada, donde se reunían de ordinario todos los buques que aguardaban viento favorable para embocar el río Támesis.

Sin embargo, no hubiéramos tardado tanto tiempo en hallar la embocadura del río si el viento no hubiese sido tan fuerte y si al cuarto o quinto día no degenerara en violento. Esta rada, que pasaba por tan buena como una ensenada, permitió que la marinería no hiciera caso del temporal, y, sin sospechar siquiera el peligro, empleaba el tiempo en descansar y en las alegrías y diversiones propias de la gente de mar. Al octavo día arreció de un modo extraordinario la furia del viento; todos los brazos acudieron a la maniobra para arriar masteleros y cerrar las escotillas. Hacia media noche subió muchísimo la marea; tanto, que el castillo de proa buzaba y el buque embarcaba agua, de modo que empezamos a temer que garreásemos, por lo que el capitán decidió botar el ancla de socorro. Esto sirvió de algo; pero los cables se pusieron tirantes, a pique de quebrarse en una de las fieras sacudidas.

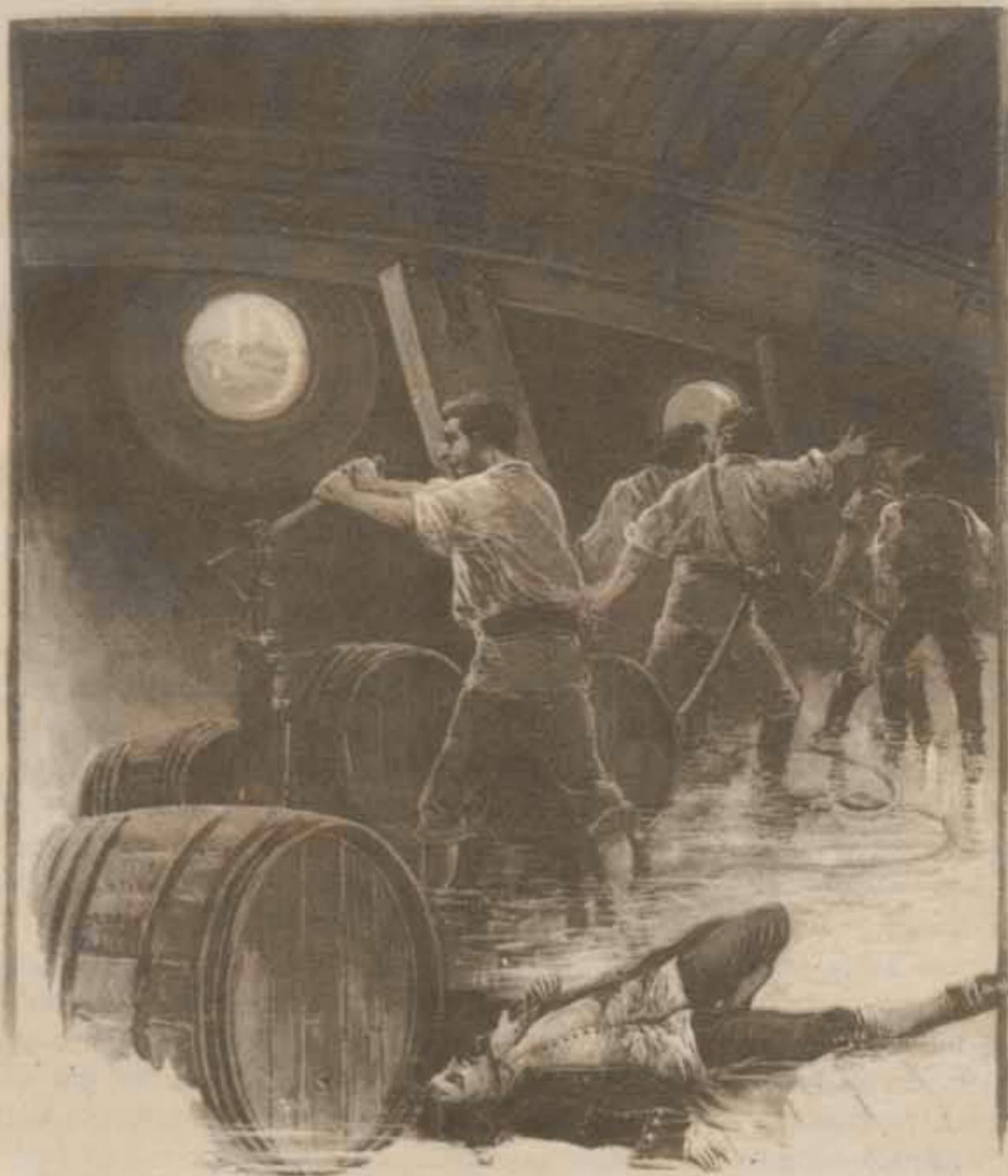
Entonces comenzó un deshecho temporal y pude ver reflejarse el decaimiento, y aun el miedo, en el curtido rostro de los más viejos marineros.

A las primeras sacudidas del barco permanecí yo en mi camarote, que estaba separado de la litera del capitán por un corredor; pero luego anduve sin concierto de un lado para otro, y cuando subí a cubierta, presencié el más horrendo espectáculo de que conservo recuerdo. Olas negras, altísimas como montañas, se rompían contra nuestra frágil embarcación cada tres o cuatro minutos, amenazando dividirla en menudos fragmentos.

En cuanto alcanzaba la vista no se divisaba otra cosa que una terrible desolación. Dos barcos de pocas toneladas que se mantenían amarrados cerca de nosotros se habían visto en la necesidad de usar el hacha para echar abajo sus mástiles por llevar mucha carga; los marineros dijeron que una embar-

cación que estaba a una milla de nosotros acababa de zozobrar. Otros dos buques, levando sus anclas, se largaron sin mástiles a la ventura.

Fácil es comprender el estado en que me encontraría yo, que nunca había



Solamente un marinero, creyéndome muerto, sin duda, me empujó con el pie y se colocó en la bomba en mi lugar.

navegado, y que al primer pequeño temporal me había asustado tanto. Tan pronto como me hallé en estado de reflexionar me pareció que el recuerdo de la lección que acababa de recibir me causaba más espanto que la muerte misma. Estas reflexiones, unidas al terror que me inspiraba la tempestad, me pusieron en una disposición difícil de pintar.

No obstante, no debíamos todavía salir tan bien librados; el temporal arreciaba por instantes, y los marineros mismos confesaron que nunca habían

visto otro parecido. Nuestra embarcación era sólida, pero llevaba mucho cargamento y se sumergía tanto en el agua, que los marineros gritaban de vez en cuando que íbamos a zozobrar. Afortunadamente, entonces ignoraba yo lo que significaba la palabra *zozobrar*, de lo cual me informé después. Para colmo de desgracias, algún tiempo después, un marinero subió diciendo que en la bodega se había abierto una vía de agua, y otro añadió que estábamos cuatro pies. Entonces llamaron a todos para que acudiesen a las bombas. Esto me consternó de tal manera, que caí de espaldas sobre mi cama, en cuyo borde me hallaba sentado. Mas los marineros me sacaron de mi letargo diciéndome que, ya que hasta entonces de nada había servido, desde aquel momento era tan capaz como cualquiera otro para dar a una bomba. Me levanté, me acerqué al aparato y trabajé enérgicamente. Mientras todo esto acontecía, el capitán, viendo algunos barcos pequeños que, no pudiendo resistir el temporal, se habían visto obligados a huir y engolfarse en alta mar, pareciéndole que iban hacia nosotros, mandó tirar cañonazos como señal de socorro. No comprendiendo yo aquello, creí que el buque había estallado y me desmayé. En aquel instante nadie atendía más que a su propia conservación; así es que no hicieron caso del estado en que me encontraba. Solamente un marinero, creyéndome muerto sin duda, me empujó con el pie y se colocó en la bomba en mi lugar. Después de mucho tiempo recobré el sentido.

La bodega cada vez hacía más agua; el buque iba a sumergirse, y aunque el temporal empezó a ceder algún tanto, era imposible que pudiera sostenerse a flote el tiempo suficiente para poder llegar al puerto más cercano. Una pequeña embarcación que pasó por enfrente lanzó un bote para socorrernos; éste se acercó, no sin mucho peligro, pareciendo imposible que nos abordase y que nosotros pudiésemos llegar a él. Finalmente, los remeros, haciendo el último esfuerzo y exponiendo su vida por salvar la nuestra, llegaron a colocarse de tal suerte, que pudimos echar por el lado de popa una cuerda atada a una boya.

Apenas había transcurrido un cuarto de hora después de haber abandonado el buque cuando le vimos hundirse en el mar; entonces comprendí lo que los marinos entienden por la palabra *zozobrar*. Nuestra gente remaba con vigor. En uno de los momentos en que el bote se remontaba por encima de las olas, percibimos una porción de gentes que corrían a la orilla del mar para prestarnos socorro en cuanto nos aproximásemos.

Llegamos, no sin bastantes dificultades, a aquel sitio, y tocamos todos, afortunadamente, la tierra. Desde allí nos dirigimos a pie a Yarmouth, donde fuimos tratados del modo más hospitalario, así por las autoridades, que mandaron se nos colocase en buenas habitaciones, como por los comerciantes, que nos dieron dinero suficiente para pasar a Londres o volver a Hull, según más nos conviniera.



CAPÍTULO III

LA ESTANCIA EN YARMOUTH

SI hubiera pensado como hombre de juicio, sin perder momento me habría dirigido a Hull y en derechura a casa de mis padres.

Pero mi mala estrella me impelía de modo tan pertinaz, que aunque muchas veces la razón y mi juicio me gritasen muy alto que era necesario volver a la morada paterna, no podía resolverme a ello por el pueril temor de aparecer vencido.

Como tenía algún dinero me encaminé por tierra a Londres. Allí, lo mismo que durante el viaje, medité gravemente acerca del género de vida que debía elegir. ¿Me decidiría a regresar a mi casa o a embarcarme de nuevo? Con respecto a la vuelta a mi casa una falsa vergüenza destruía en mi espíritu todo el bien que me habría resultado de esta resolución.

Permanecí varios días en esta irresolución ignorando qué partido y qué género de vida adoptar. Los propósitos de regresar a mi casa se amortiguaron poco a poco hasta que, por último, se disiparon por completo y no pensé más que en emprender un nuevo viaje.

La manía de ver tierras que me había sacado primeramente de mi domicilio y que me había inspirado el deseo caprichoso y temerario de hacer fortuna; aquella influencia que se había apoderado de mí hasta el punto de hacerme desoír los consejos y las advertencias; aquella influencia, de cualquier naturaleza que ella fuese, me hizo concebir la más funesta de las empresas: me embarqué en un buque que iba a la costa de África.

Fué una desgracia para mí que en todas mis excursiones no me em-

barcarse como simple marinero, porque en tal condición habría sufrido más, sin duda, pero hubiera aprendido aquel oficio y tal vez hubiese logrado llegar, si no a capitán, cuando menos a teniente o a piloto.



Con respecto a la vuelta a mi casa, una falsa vergüenza destruí en mi espíritu todo el bien que me habría resultado de esta resolución.

Conocí al capitán de un barco que regresaba de la costa de Guinea que, por haber logrado un buen éxito en su primer viaje, se disponía a realizar el segundo.

Fué grata para dicho capitán mi conversación, que no era desagradable

Robinson Crusoe

por entonces, y como me oyera decir que estaba deseoso de correr mundo, me dijo:



— Si os place venir conmigo, podéis hacerlo sin pensar en gastos...

— Si os place venir conmigo podéis hacerlo sin pensar en gastos de ninguna clase; seréis mi convidado y mi compañero y, si gustáis llevar algunas mercancías, tornaréis con el beneficio que el comercio os reporte, lo que es posible que os anime para futuras y más provechosas empresas.

Aceptada la oferta embarqué para Guinea llevando conmigo una pequeña cantidad de mercaderías.

Aquel fué el único viaje afortunado de cuantos he hecho en mi vida, y durante él adquirí un regular conocimiento de los principios de matemáticas y de náutica; de suerte que podía conocer con exactitud la marcha de un buque, tomar altura, precisando el lugar del mundo en que se hallaba la embarcación, y, en fin, todos aquellos conocimientos que en particular interesan al marino o al comerciante. En todo esto me instruyó mi amigo, el cual disfrutaba enseñándome, tanto como yo con aprender.

Torné a Inglaterra con cinco libras y nueve onzas de oro en polvo, lo que me produjo, en cifra redonda, trescientas libras esterlinas y llenó mi imaginación de quimeras que fueron el complemento de mi ruina.

Ya había yo aprendido una especie de profesión, la de traficante en la costa de Guinea; pero poco después de su regreso murió el capitán. Con el oficial que le sustituía en el mando del buque resolví hacer nuevamente el viaje, y, en verdad, no es posible imaginar navegación más desgraciada; pues aunque no perdí todo el producto de mis beneficios, porque no había llevado más que cien libras esterlinas, dejando las doscientas restantes en poder de la viuda de mi amigo el capitán, experimenté, a pesar de todo, las más terribles desventuras.



CAPÍTULO IV

OTRA VEZ EN ÁFRICA. - ESCLAVITUD DE ROBINSÓN

NAVEGÁBAMOS camino de las Canarias, o más bien entre estas islas y las costas de Africa, cuando nuestra nave fué sorprendida al amanecer por un corsario turco de Salé. Dimos al viento todas las velas que llevábamos, con el objeto de salvarnos; más viendo que nos iba a los alcances nos preparamos para hacerle frente. A bordo contábamos con doce cañones: el pirata tenía diez y ocho.

A las tres de la tarde llegó a ponerse a tiro, empezando el ataque por medio de una falsa maniobra, porque en lugar de hacernos fuego por la popa, como parecía su intento, nos descargó una andanada cogiéndonos de costado. Entonces le asestamos ocho de nuestros cañones por el mismo lado, y habiéndolos descargado a la par le hicimos retroceder; pero solamente después de habernos contestado del mismo modo, añadiendo además un nutrido fuego de fusilería hecho por unos doscientos hombres que tenía a bordo. Por fortuna, los nuestros se hallaban bien a cubierto, y, por consiguiente, a ninguno lograron herir. Entonces el corsario se preparó a renovar el combate y nosotros a defendernos. Acercándose por el costado opuesto nos echó al abordaje por la parte del castillo de popa sesenta hombres, los cuales manejaban con la mayor destreza el hacha, tajando y cortando mástiles y cuerdas. Los recibimos con energía, con un fuego sostenido de mosquetería, defendiéndonos con picas y sables, y por dos veces los rechazamos

de nuestro puente. Por último, para abreviar esta triste parte de mi historia, añadiré que nuestro buque quedó enteramente desmantelado, tres de los nuestros fueron muertos y ocho gravemente heridos; de modo que nos vimos obligados a rendirnos, y los vencedores nos condujeron a Salé, puerto perteneciente a los moros.

El trato que experimenté en esta cautividad no fué tan terrible como yo había temido en un principio. No fui conducido con los demás al lugar donde el emperador tiene su residencia; el capitán pirata se quedó conmigo como parte de su presa. La mudanza de condición, es decir, el cambio que sufrí de comerciante a esclavo me sumió en la desesperación.

Mi amo me había llevado a su casa, y cuando se embarcaba me dejaba en tierra para que cuidase del jardín e hiciera el servicio correspondiente a los esclavos en la casa; a su vuelta me mandaba que fuera a echarme a la cámara del barco para guardarlo.

Cuando iba a dormir a bordo no pensaba más que en los medios de poder escaparme; pero no se me ocurría ninguno que pudiera tener probabilidades de buen éxito.

Al cabo de dos años se presentó una ocasión bastante singular, que dió mayor fuerza al constante pensamiento de recobrar mi libertad. Como mi dueño se quedaba en tierra más de lo que tenía de costumbre y no alistaba su buque (por falta de dinero, según llegué a comprender), tres veces a la semana, cuando el tiempo estaba hermoso, salía con su lancha a pescar en la rada. Entonces me llevaba, juntamente con un joven moro, para que remásemos.

Una mañana que hacía mucha calma se levantó de pronto una niebla tan espesa que nos hizo perder de vista la tierra. Nos pusimos a remar a la ventura y trabajamos así todo el día y toda la noche siguiente. ¡Cuál no sería nuestra admiración al encontrarnos al otro día en alta mar! En vez de acercarnos a la costa nos habíamos separado dos leguas a lo menos.

Este incidente hizo a nuestro dueño más cauto para lo por venir. Resolvió servirse para en adelante de la chalupa del buque inglés que había apresado y no ir más a pescar sin brújula y algunas provisiones. Mandó a su carpintero, que construyese en medio de la chalupa un camarote parecido al de un barco de recreo. Aquella barca bogaba con una vela latina que se amarraba por encima del camarote. En éste, muy bajo, por cierto, el capitán tenía bastante lugar para acostarse, así como también uno o dos esclavos; contenía además una mesa y pequeños armarios, donde colocaba sus licores y sus provisiones de pan, arroz y de café.

Nuestro amo salía con aquella chalupa a pescar, y como yo me daba tanta maña para coger pescado, nunca iba sin mí. Un día concertó una partida de pesca con tres moros de distinción. Realizó preparativos extraordinarios, haciendo embarcar la víspera más provisiones de las acostumbradas; me mandó también que estuviesen limpios tres mosquetes, con la pólvora y plomo correspondientes, a fin de gozar dos placeres a la vez: el de la caza y el de la pesca.

Lo preparé todo como deseaba, y al día siguiente le aguardaba en la chalupa perfectamente limpia, lavada y empavesada, cuando vi a mi dueño

Robinson Crusoe

que iba sólo para decirme que sus convidados habían diferido la partida para otra ocasión, a causa de algunos quehaceres. Al mismo tiempo me



...cuando se embarcaba me dejaba en tierra para que cuidase del jardín...

mandó salir con la lancha, acompañado, como de costumbre, por el moro y el morisco, para llevarle pescado, porque sus amigos debían cenar con él.

La casualidad me proporcionaba el mando de un buque, siquiera fuese pequeño, y ello representaba una oportunidad para intentar mi fuga. Así

que mi amo se ausentó me preparé, no para ir a la pesca, sino para un viaje, siquiera ignorase a qué punto dirigirme.

Mi primer paso fué pedir al moro que nos proporcionase alimento para el tiempo que estuviésemos a bordo y que fuese en seguida a buscar una canasta de *rusk* o galleta y tres barriles de agua fresca. Yo sabía el sitio en que estaba el arca que contenía los licores; la construcción de aquella arca, de origen inglés, revelaba que provenía de una presa. Mientras el moro saltó en tierra, saqué las botellas y las transporté a la chalupa, como si hubieran sido embarcadas antes para el uso de nuestro dueño. Llevé también un gran pan de cera que pesaría medio quintal, un paquete de bramante, un hacha, una sierra y un martillo. Luego tendí al moro un lazo, en el cual cayó con la mejor buena fe del mundo.

— Muley — le dije —, nosotros tenemos aquí los mosquetes de nuestro amo. ¿No podriais adquirirnos un poco de pólvora y plomo? Quizá tendremos ocasión de matar por nuestra cuenta algunas alcamias (pájaros semejantes a nuestros chorlitos). Sé que el amo ha dejado a bordo del buque las municiones.

— Es cierto — me contestó —; y voy a buscarlas en seguida.

En efecto; pronto volvió con dos bolsas de cuero: la una contenía más de libra y media de pólvora, y la otra, perdigones y algunas balas. Por mi parte también había encontrado pólvora en la cámara del capitán. Así, habiéndome proporcionado todo lo necesario, nos hicimos a la vela y salimos del puerto para ir a pescar. Los que estaban en observación a la entrada del puerto, como sabían quiénes éramos, nos dejaron pasar. Cuando ya habíamos andado una milla en alta mar, amainamos la vela y nos preparamos para la pesca. El viento, que soplaba de Nornordeste, contrariaba mis designios, porque si hubiese venido de la parte del Sur hubiera estado seguro de ganar las costas de España, y aun de arribar a la bahía de Cádiz. Mas de cualquier parte que soplara el viento había resuelto abandonar aquel país y encomendar lo demás a la suerte.

Estuvimos pescando largo tiempo sin fruto alguno, porque cuando sentía picar algún pez en mi anzuelo no tiraba de él, cuidando de que el moro no lo viese. Habiendo pasado un rato, le dije:

— Aquí no hacemos nada de provecho, y nuestro amo va a creer que le servimos mal; es preciso que nos alejemos un poco más.

No maliciando nada, Muley se dirigió a la proa del bote y largó la vela. Colocado en el timón, conduje yo la embarcación hasta una legua más allá, donde propuse detenernos, aparentando querer pescar; pero de pronto, dejando la barra al muchacho, me adelanté hacia el moro, y, fingiendo bajarme para recoger cualquier cosa detrás de él, le sorprendí, y, cogiéndole con fuerza, le arrojé al mar. Muy presto tornó a aparecer sobre el agua, porque nadaba como un pez; me llamó y me suplicó que le recibiese a bordo. Con tanto vigor nadaba, que bien pronto iba a alcanzar la chalupa; en su consecuencia, corrí al camarote, cogí uno de los mosquetones y, apuntándole, le dije:

— Amigo mío, no quiero causaros ningún mal, con tal que no os opongáis a mi fuga; sabéis nadar lo suficiente para llegar a tierra; el mar está tranquilo: aprovechaos de su calma para dirigiros a la costa y de ese modo

no tendréis nada que temer. Pero si os acercáis más os disparo un tiro, porque estoy decidido a recobrar mi libertad.

Al oír estas palabras viró de bordo y se puso a nadar hacia la costa. Era un nadador excelente; de suerte que no dudé que llegaría a tierra sin experimentar ningún contratiempo.

Hubiera preferido quedarme con el moro y haber echado al agua al muchacho; pero no podía razonablemente fiarme de Muley. Después que éste se hubo alejado, me volví al niño y le hablé de este modo:

— Xurí, si quieres serme fiel, haré tu fortuna. Es preciso que me seas fiel; si no, te arrojo también al agua.

El chicuelo me miró sonriendo y me habló en un lenguaje tan inocente, que me quitó toda sospecha de desconfianza; en seguida me juró fidelidad y dijo que me acompañaría adonde yo quisiera.

Era tanto mi temor de caer de nuevo en poder de los moros, que no quise pararme, tomar tierra ni anclar en parte alguna. Proseguí, pues, mi camino durante cinco días consecutivos que duró el viento favorable, al cabo de los cuales cambió y se tornó del Sur. Reflexioné que si me perseguían no podrían continuar dándome caza, por lo cual me aventuré a acercarme a la playa. Eché el ancla en la embocadura de un pequeño río, cuyo nombre y situación ignoraba. No divisé a nadie en cuanto abarcaba mi vista. El único sentimiento que tenía era que se nos concluía el agua. A la caída de la tarde traté de ir a tierra a nado para reconocer el país. Estando ya enteramente resuelto y preparado para echarme al agua se hizo de noche, y a poco rato se oyó un ruido tan espantoso, causado por aullidos y rugidos de animales feroces, cuya especie desconocíamos, que el pobre muchacho creyó morir de miedo y me suplicó con vivas instancias que no desembarcase hasta que viniera el día.

Echamos el ancla y permanecemos toda la noche quietos y en silencio, mas no tranquilos, pues durante las dos o tres primeras horas pudimos divisar unos animales de monstruoso aspecto y de diferentes dimensiones, a los cuales no sabíamos qué nombre aplicar, que bajaban a la playa y corrían al agua, donde se revolcaban dando unos rugidos tan espantosos, que jamás he oído otros parecidos. Xurí estaba en extremo asustado, y yo, a la verdad, no lo estaba menos. Pero no fué esto lo peor, sino que, cuando más miedo teníamos, vimos ir nadando en dirección a nosotros uno de aquellos enormes animales. He dicho que le vimos, mas no fué así; sólo conocimos que se acercaba por el resoplido de sus narices. Xurí me suplicaba que levásemos el ancla y huyéramos a fuerza de remos; pero le respondí que no lo creía necesario. No bien había acabado de pronunciar estas palabras, cuando distinguí a la bestia a dos varas del barco. Tuve la suficiente presencia de ánimo para coger un mosquete del camarote y descargarlo sobre el monstruo, que retrocedió y se apresuró a volver a la playa nadando.

Es imposible dar una idea de los espantosos gritos y aullidos que escuchamos, tanto en la orilla del mar como tierra adentro, al producirse la explosión del tiro. Según todas las apariencias, era la primera vez que resonaba en los oídos de aquellos animales. Por tanto, vi que sería una locura arriesgarse a desembarcar en aquel sitio, a lo menos durante la noche, a



*... cogí uno de los mosquetes y, apuntándole, le dije:
— Amigo mío, no quiero causaros ningún mal,
con tal que no os opongáis a mi fuga...*

pesar de que me parecía que tampoco había ninguna seguridad en efectuarlo de día; porque caer en las manos de los salvajes o entre las garras de los leones y tigres era una alternativa cruel, y a mi corto entender igualmente aterradora.

De todas maneras, era necesario desembarcar en cualquier parte para hacer aguada. Saltamos a tierra, no llevando más que nuestras armas y dos toneles.

No me determinaba a separarme de la chalupa por miedo a que los salvajes bajasen por el río con sus canoas. Entre tanto el muchachito descubrió un terreno más bajo, situado a la distancia de una milla tierra adentro, y se encaminó a él. Poco tiempo después vino corriendo a todo escape. Cuando estuvo cerca vi que llevaba alguna cosa sobre los hombros: era un animal que había cazado, muy parecido a la liebre, pero con la diferencia de ser de otro color y con las patas más largas. Aquella caza nos causó tanta mayor alegría cuanto que la carne nos pareció exquisita; pero lo que regocijaba a mi pobre Xurí era el placer de anunciarme que había encontrado agua sin haber visto ningún salvaje.

Llenamos nuestros toneles, nos regalamos con la liebre que Xurí había cogido y nos dispusimos a emprender de nuevo la marcha, sin haber notado en aquella comarca ningún rastro de criatura humana.

Después de nuestra primera escala nos vimos obligados a desembarcar otras muchas veces para proveernos de agua. Un día, nos hallábamos bogando debajo de una pequeña punta bastante elevada en espera de que subiera la marea cuando Xurí, llamándome a media voz, me dijo que sería mucho más conveniente que nos alejásemos de allí cuanto antes.

— Mirad — añadió — aquel terrible monstruo que duerme tendido en la pendiente de la colina.

Dirigí la vista hacia donde me indicaba y vi, en efecto, un león de enorme tamaño echado sobre la vertiente de un montecillo, al pie de un árbol que le protegía con su sombra.

Entonces, haciéndole seña de que se estuviese quieto, cogí el mosquete de mayor calibre y disparé contra la fiera, que quedó herida de muerte.

Después de haber abandonado aquel lugar nos hicimos al mar con rumbo al Sur durante diez o doce días. Hacíamos el menor gasto posible de nuestras provisiones, muy reducidas, y no nos acercábamos a la costa más que el tiempo estrictamente necesario para renovar el surtido de agua dulce. Mi intención por entonces era encaminarme al Senegal, esto es, a la altura de Cabo Verde, donde tenía la esperanza de encontrar algún buque europeo.



CAPÍTULO V

EN LUCHA CON LAS FIERAS

SABIA yo que los buques que parten de Europa para el Brasil, la Guinea o las Indias Orientales tocan en dicho cabo o en alguna de las islas, y hallábame, como digo, ante un dilema: o tenía suerte de encontrar un barco o había de perecer.

Firme en mi resolución, y recorriendo el camino propuesto durante diez o doce días, llegué a advertir que la costa estaba habitada, y aun algunas veces vi gentes que se acercaban a la ribera para vernos pasar; eran negros que estaban completamente desnudos. Un día decidí desembarcar.

—No vayáis — me dijo mi pobre Xurí, que tenía mejor consejo que yo.

No le hice caso y le obligué a remar en dirección a tierra con el decidido propósito de ponerme en relación con aquellos hombres, los cuales echaron a correr en cuanto llegamos a la playa.

No tenían armas; sólo uno de ellos llevaba un palo a guisa de bastón. Xurí me manifestó que aquello debía de ser un dardo o lanza de cortas dimensiones que los salvajes saben lanzar muy lejos con destreza suma. Por precaución me mantuve a razonable distancia, y por señal les di a entender lo mejor que me fué posible que solicitaba de ellos algo que comer.

Contestáronme, también por señas, que parase el barco, pues estaban dispuestos a facilitarme comida. Recogí la vela, anclé en el punto donde se hallaba el barco y al cabo de media hora vi reaparecer dos o tres de aquellos hombres que regresaban con dos trozos de carne seca y granos del país.

Nos costó algún reparo la idea de cómo habríamos de recibir aquellas provisiones pues no me parecía conveniente desembarcar, y a los salvajes, por las trazas, no les merecíamos tampoco ninguna confianza.

Ellos, no obstante, decidieron el caso abandonando las vituallas sobre la playa y alejándose con presteza. Entonces desembarqué, y cuando vieron que había trasladado a bordo las provisiones, tornaron al punto en que las habían abandonado.



... vimos dos animales de gran tamaño que bajaban de un montecillo...

Les dimos gracias con extremosos ademanes, pues no tenía medio de pagarles el servicio.

De pronto vimos dos animales de gran tamaño que bajaban de un montecillo a la playa, uno en persecución de otro. No sabré decir si era verdadera furia o simple jugueteo lo que obligaba a correr a aquellas enormes fieras; más me inclino a creer lo primero, y que el caso no era frecuente, por el terror que se apoderó de los salvajes, en particular de las mujeres.

Huyeron todos y sólo quedó aquel de quien he dicho antes que llevaba un dardo o lanza arrojadiza.

Sin embargo, el miedo parecía infundado, pues las feroces bestias no hicieron caso alguno de los negros, sino que, prosiguiendo su desenfrenada carrera, hajaron prontamente hasta el mar y se zambulleron en el agua, nadando con destreza, ya de un lado o de otro del cuerpo, como si todo ello no fuera más que alegre entretenimiento.

Uno de los dos animales se aproximó al barco más pronto de lo que imaginé, aunque estaba preparado con el arma cargada y había dado igual comisión a Xurí. En el momento en que la fiera se me puso a tiro descargué sobre ella y le di en la cabeza.

El espanto que causó la detonación del disparo a aquellas pobres gentes fué extraordinario; algunos creyeron morir de miedo y cayeron de espaldas; pero luego que echaron de ver que el animal había muerto, que había desaparecido en el fondo del mar y que yo les instaba a volver a la playa, se animaron, se acercaron y se pusieron a buscar la fiera.

Valiéndose de una cuerda que le había pasado alrededor del cuerpo y que les arrojé para que tiraran de ella, la sacaron al instante del agua; era un leopardo de una sorprendente belleza. Los negros, no pudiendo adivinar de qué modo me había valido para matarle, levantaron las manos al cielo para manifestar su admiración.

El otro animal, asustado sin duda, se apresuró a ganar la orilla y huyó a los montes de donde antes había salido, sin que pudiese ver, por la mucha distancia a que me encontraba de él, qué clase de cuadrúpedo fuera.

Les dije por señas que necesitaba agua, enseñándoles una de mis pipas o toneles y poniéndola hacia abajo para mostrarles que estaba vacía y que deseaba que la llenasen. Al punto llamaron a uno de los suyos y muy pronto acudieron dos mujeres llevando una gran vasija de barro que parecía cocida al sol. La pusieron en la arena y se retiraron, lo mismo que hicieron los que nos habían facilitado las provisiones. Mandé por ella a Xurí, que en seguida la llevó al barco, y así llenamos de agua dulce y limpia los tres barriles que teníamos.

Con el agua me regalaron algunas simientes y raíces enteramente desconocidas para mí. Viéndome, pues, en tales provisiones me despedí de los negros, mis amigos, me hice a la vela y continué mi marcha durante once días o cerca de ellos, sin ofrecerse ninguna ocasión de acercarse a tierra. Al cabo de este tiempo divisé a cuatro o cinco leguas delante de mí un grande espacio de tierra que se extendía a lo lejos. Como hacía mucha calma traté de correr una bordada a lo ancho, doblando aquella punta. Llevada a cabo la referida maniobra, y estando a dos leguas de la costa, descubrí tierras que se dibujaban en el horizonte. De todo ello saqué en consecuencia que tenía a un lado el cabo Verde y al otro las islas que llevan su nombre.

— ¡ Señor, señor; un buque de vela! — gritó, de pronto, Xurí.

Parecía que estaba fuera de sí y vivamente asustado porque se imaginaba que era un buque que su amo había enviado en nuestro seguimiento; pero yo estaba bien seguro de que por aquel lado no teníamos nada que temer, pues estábamos muy lejos. Salí presuroso del camarote y desde el punto en que ví el buque conocí que era portugués. A fuerza de remos y velas traté de entrar mar adentro para acercarme a él; pero aunque lo

Robinson Crusoe

puse por obra vi muy pronto que el buque desaparecía sin que me fuese posible hacerle ninguna señal. Mientras que yo, desplegadas todas las velas, empezaba a perder la esperanza de llamar su atención, pareció que con la ayuda de su anteojo divisaron mi buque y lo tomaron por el bote de un barco



— ¡Señor, señor, un buque de vela!

europeo que había naufragado. Al punto disminuyeron sus velas; yo, animado, tomé una bandera de mi patrón, que conservaba a bordo, la icé en señal de socorro y disparé un mosquete. Los del buque notaron bien mis señales y se pusieron al paio, arriando velas, y unas tres horas después estábamos reunidos.

Me preguntaron quién era en portugués, en español y en francés, más yo no entendía ninguno de los tres idiomas. Un marinero escocés que estaba a bordo me dirigió la palabra; le respondí que era inglés y cautivo fugado de la esclavitud de los moros de Salé. Entonces me hicieron subir a su nave, donde fui cordialmente acogido, con todo cuanto llevaba conmigo.



CAPÍTULO VI

SALVADO ROBINSÓN. PASA AL BRASIL

ES fácil comprender la alegría que experimenté al verme a salvo de una situación tan triste y desesperada. Ofrecí al punto al capitán del barco cuanto poseía en pago del favor que me dispensaba; pero él, con generosidad suma, me respondió que no aceptaría recompensa de ninguna especie y que cuanto había de mi pertenencia a bordo me sería entregado libre de toda especie de gastos apenas hubiéramos llegado al Brasil.

En cuanto a mi chalupa, como era muy buena, me propuso que se la vendiera para el servicio de su buque y me preguntó cuánto quería por ella. Le respondí que había sido tan generoso conmigo, que no quería ponerle precio, dejándolo a su arbitrio. Me propuso entregarme ochenta piezas de a ocho por medio de una letra pagadera en el Brasil, añadiendo que si alguien daba más a mi llegada tendría en cuenta la diferencia. Ofreció comprarme el joven Xuri por otras sesenta piezas; pero vacilé, porque no podía resolverme a vender la libertad de quien me había ayudado con tanta fidelidad a recobrar la mía. Hice partícipe de mi repugnancia al capitán, que la consideró razonable, y me propuso firmar una obligación por la cual Xuri sería libre pasados diez años. Con esta condición le cedí a Xuri, con tanta más voluntad cuanto que el mismo interesado accedía a ello de buen grado.

La navegación que tuvimos hasta el Brasil fué dichosa. Al cabo de veintidós días fondeamos en la bahía de Todos los Santos. Entonces me vi libre y sin tener que pensar más que en lo que había de hacer de mi persona.

No elogiaría nunca bastante el desinterés del capitán; no solamente no consintió en cobrar nada por mi pasaje, sino que mandó que se me entregase con la más escrupulosa exactitud todo lo que yo tenía a bordo, y compró lo

Robinson Crusoe

que fué de mi agrado venderle, como la caja de las botellas, mis armas y el resto de la cera, de la cual había fabricado una porción de velas. En fin, saqué de lo que poseía cerca de doscientas veinte piezas de mil reis (1). Con este capital desembarqué en el Brasil.



Vivíamos en muy buena inteligencia.

El excelente capitán me recomendó a una persona muy honrada que tenía lo que ellos llaman un ingenio, es decir, una plantación y una fábrica para elaborar azúcar. Viví algún tiempo en compañía de aquel criollo y aprendí el modo de hacer la zafra del azúcar. Viendo con cuánta comodidad

(1) Aproximadamente unas 550 pesetas.



lo pasaban aquellos colonos y con qué facilidad labraban su fortuna, resolví, si podía obtener permiso, establecerme en aquel país y hacerme plantador como los demás, proponiéndome al mismo tiempo mandar a buscar a Lon-



Cuando llegó el cargamento me quedé de tal modo sorprendido...

dres los fondos que había dejado allí. Luego que me hube provisto de una especie de carta de naturalización, en virtud de la cual compré terrenos incultos por el valor de mi capital, tomé las disposiciones necesarias para mi plantación y mi establecimiento, la una y el otro en proporción a los fondos que yo contaba recibir de Inglaterra.

Tenía por vecino a un portugués, de Lisboa, pero hijo de padres ingleses: su nombre era Wells, y sus negocios se encontraban, con poca diferen-

cia, en la misma situación que los míos. Su plantación lindaba con la mía, y por esto le llamo vecino. Vivíamos en muy buena inteligencia.

Había ido adoptando las mejores medidas para la buena dirección de mi establecimiento, cuando se efectuó la partida del capitán, mi salvador y amigo; su permanencia había durado tres meses, empleados en el cargamento del buque y en la reparación del mismo. Cuando le hice presente mis deseos respecto al pequeño capital que había dejado en Londres, me dijo:

— Señor inglés — nunca me llamaba de otro modo —, si usted quiere, podría darme un poder en forma para trasladar sus fondos de Londres a Lisboa. Entonces yo invertiría la mitad de su dinero en mercaderías que tengan aquí buena salida y se las traeré en mi próximo viaje. Le aconsejo que sólo arriesgue la mitad de su pequeño capital, porque de este modo siempre le quedaría una reserva para prevenir cualquier desgraciado accidente.

Era consejo tan razonable y cariñoso que no dudé un punto en seguirle. En su consecuencia, entregué al capitán una carta para la señora depositaria de mis fondos y un poder a su favor en los términos que él quería. Dirigí a la viuda del capitán inglés una relación exacta de mis aventuras y añadí a la narración todas las instrucciones necesarias para recuperar mis fondos.

Apenas el capitán llegó a Lisboa envió a un comerciante de Londres, por medio de otro inglés establecido en Portugal, mi orden y la noticia de mis aventuras. Aquél cumplió tan bien la comisión que no solamente la viuda le entregó la cantidad pedida, sino que, además, añadió un regalo de cinco libras para el capitán portugués, que se había portado tan noblemente conmigo. El corresponsal de Londres convirtió las cien libras esterlinas en mercaderías inglesas, y las mandó a Lisboa, desde donde mi amigo me las llevó muy pronto al Brasil.

Cuando llegó el cargamento me quedé de tal modo sorprendido, que creí tener ya realizada mi fortuna. Mi diligente amigo el capitán había empleado las cinco libras esterlinas que le habían regalado en tomarme por seis años un criado, que él mismo me llevó, sin querer aceptar nada en cambio, a no ser un poco de tabaco que le presenté como de mi cosecha.

No era esto todo: las mercancías inglesas, como paños, lienzos y bayetas, eran muy solicitadas en el país. Lo vendí todo tan ventajosamente, que saqué el cuádruple de su valor. Así, dejé bien pronto atrás a mi pobre vecino, pues en seguida compré un esclavo negro y tomé a mi servicio otro criado europeo (1).

Más la excesiva prosperidad conduce a menudo a grandes desgracias, y esto fué lo que me sucedió. Obtuve grandes ganancias al año siguiente y a medida que mis negocios aumentaban, mi cabeza se llenaba de ciertos proyectos que tendían a precipitarme de nuevo en el profundo abismo de la miseria.

(1) En toda la obra se repite el caso de comprar y vender esclavos. Hay que tener presente que de Foë escribió esta obra en el siglo XVII.



CAPÍTULO VII

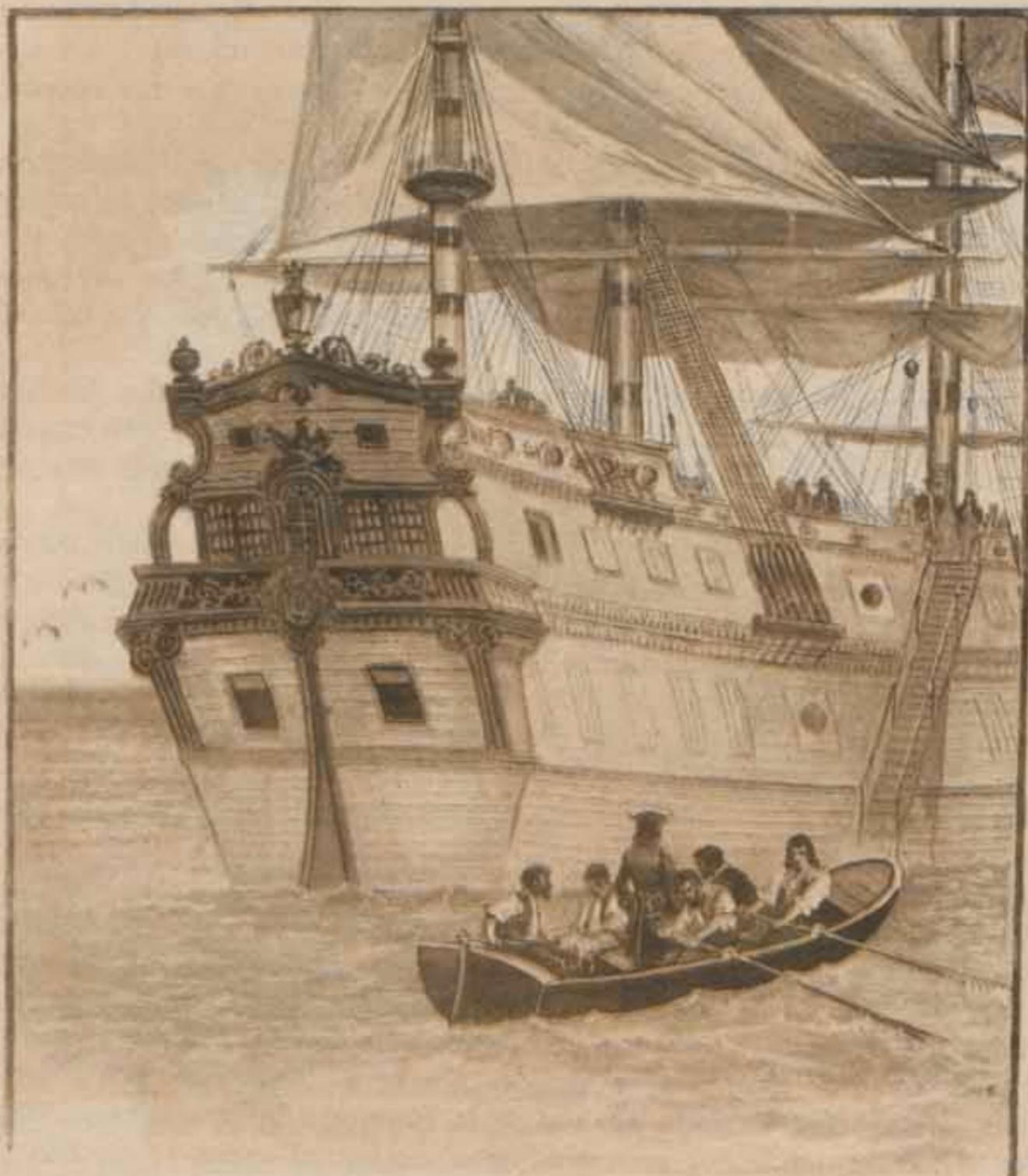
NUEVO VIAJE A LA COSTA DE GUINEA

Ano moverme una insensata ambición hubiera podido llegar a disfrutar todas las ventajas de que mi padre me había hablado, aconsejándome una vida moderada y tranquila; pero otra suerte me estaba reservada.

Domiciliado en el Brasil por espacio de cuatro años, y en visperas de obtener una posición ventajosísima, no solamente había aprendido la lengua del país, sino que también estaba ligado con relaciones de amistad y con las que proporcionan los negocios, ya con los plantadores mis vecinos, ya con los comerciantes de San Salvador, que era el puerto que nos ofrecía comunicación con el mar. En algunas conversaciones había yo hablado de mis dos viajes a la costa de Guinea, del modo de comerciar con los negros y de la facilidad con que se podía obtener polvo de oro, granos de aquél país, colmillos de elefante y negros para el servicio de los cultivos brasileños, a cambio de artículos europeos, tales como collares, cuchillos, tijeras, hachas, pedazos de cristal y otros efectos del mismo género.

Todos los colonos me escuchaban con la mayor atención, especialmente cuando me refería al tráfico de negros, comercio infame, entonces naciente, cuyo monopolio se explotaba en virtud de permisos especiales, difíciles de conseguir, causa de que los negros estuviesen a la vez muy escasos y muy caros. Habiendo hablado cierto día de este negocio delante de varios plantadores y comerciantes amigos míos, tres de ellos fueron a buscarme a la mañana siguiente y me dijeron que, habiendo reflexionado sobre la conversación que habíamos tenido la víspera, iban a proponerme una operación,

sobre la cual me hicieron prometer la mayor reserva. Declararon que querían fletar un barco para la costa de Guinea; que ellos, como yo, sufríamos con la escasez de esclavos; que no pudiendo hacerse este comercio libremente porque la venta pública de los negros estaba prohibida, su intención era no



... me embarqué el 1.º de Septiembre de 1659, aniversario fatal del día en que, rebelde a los consejos de mis padres...

hacer más que un solo viaje y desembarcar los negros de contrabando para repartírselos luego en sus plantaciones; en una palabra, me preguntaron si quería embarcarme como agente suyo, comisionado por ellos en aquel viaje a la costa de Guinea, y me ofrecieron una parte en la repartición de los negros, sin que tuviese que contribuir en nada a los gastos de la expedición.

Esta proposición hubiera sido muy ventajosa para quien no tuviera intereses que cuidar. Pero en mi situación, con muy prósperas plantaciones que

en tres o cuatro años más de trabajo me hubieran permitido retirarme con un bonito capital, era completamente disparatado abandonar tan excelente posición para correr los graves riesgos que representaba el viaje proyectado.

Cualquier persona sensata hubiera rechazado rotundamente la proposición, lo reconozco; pero mi sino debía cumplirse y me sentí fuertemente atraído por la idea de aquella excursión. Me mostré dispuesto a realizarla siempre que se comprometieran a cuidar de mis plantaciones y a disponer de ellas con arreglo a mis instrucciones en el caso de que me aconteciera alguna desgracia.

Habiendo consentido en esta obligación, y después de haberla firmado, hice testamento, instituyendo por mi legatario universal al capitán portugués, a quien dejaba la mitad de mis bienes bajo la condición expresa de que mandaría la otra mitad a Inglaterra; en fin, tomé todas las precauciones necesarias para la conservación de mis bienes y para el buen cuidado de mi hacienda.

Equipado el buque, hecho el cargamento y bien ordenados los asuntos por mis socios, me embarqué el 1.º de Septiembre de 1659, aniversario del día en que, rebelde a los consejos de mis padres y desconociendo mis propios intereses, había salido de Hull ocho años antes.

Apenas subí a bordo aparejamos y tomamos rumbo al Norte, con la intención de navegar hacia la costa de Africa. Después de doce días de navegación una violenta tempestad nos echó de repente fuera de nuestra ruta.

El buque, estropeado por haber luchado varios días con el temporal, hacía agua, y el capitán era de opinión que arribásemos lo más pronto posible a la costa brasileña. Mi parecer era diferente. Resolvimos dirigirnos hacia las Barbadas, donde podríamos tomar abrigo por quince días, descanso indispensable, tanto para nosotros como para el buque, que no podía, sin ser reparado, llegar hasta la costa de África.

Cambiando, pues, de ruta dirigimos el rumbo al Noroeste; mas una segunda tempestad nos lanzó hacia el Oeste, tan lejos de toda vía frecuentada por los barcos que si, por fortuna, escapábamos de los peligros del mar, era muy probable que fuésemos devorados por algún pueblo antropófago. Nos hallábamos en aquel momento de angustia luchando con el viento, cada vez más furioso, cuando al amanecer oímos a un marinero que gritaba: «¡Tierra!» Apenas habíamos salido de la cámara, con la esperanza de reconocer el paraje donde nos encontrábamos, cuando el barco se estrelló con la mayor violencia contra un banco de arena; estando de este modo encallado era azotado por el mar con tanta furia que creímos perecer en el acto.

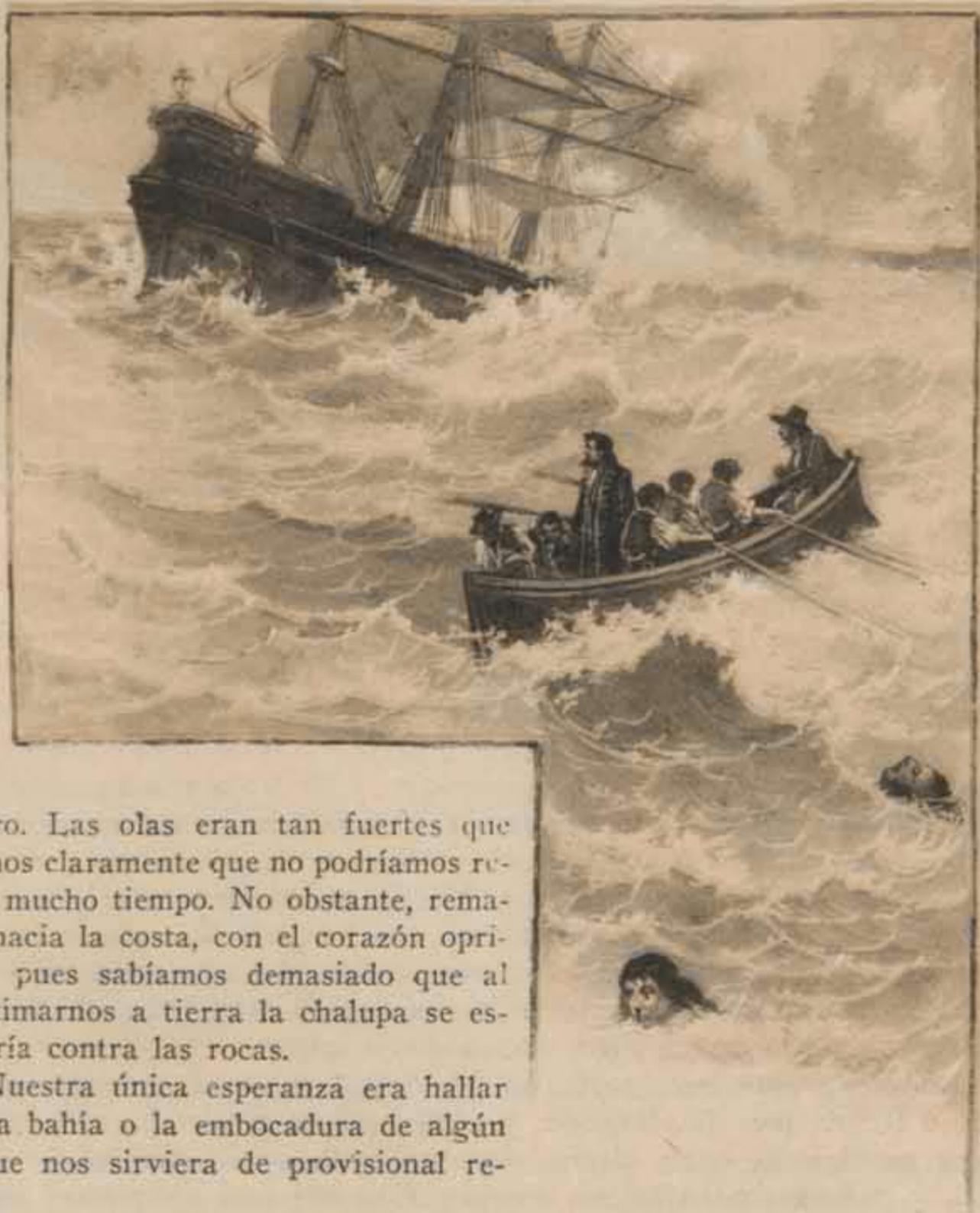
Ignorábamos a qué país nos había arrojado el huracán. El viento, aunque había calmado un poco, soplaba todavía con tal fuerza que no se podía esperar que el buque resistiese, a menos que sobreviniera, como por milagro, una calma. Lo único que pudo sostener nuestra esperanza fué el ver que, a pesar de todos nuestros temores, el buque no se había abierto. Mas la embarcación estaba demasiado fuertemente encallada en la arena para esperar que pudiera ponerse a flote. Estábamos, pues, reducidos a no pensar más que en salvar nuestra vida.

Arrebatado el bote de popa por la tempestad, sólo nos restaba una cha-

Robinson Crusoe

lupa a bordo. Gracias a los esfuerzos del contramaestre y de los marineros la chalupa fué bajada a lo largo de la embarcación.

Embarcados en la chalupa reconocimos mejor toda la extensión del



peligro. Las olas eran tan fuertes que veíamos claramente que no podríamos resistir mucho tiempo. No obstante, remamos hacia la costa, con el corazón oprimido, pues sabíamos demasiado que al aproximarnos a tierra la chalupa se estrellaría contra las rocas.

Nuestra única esperanza era hallar alguna bahía o la embocadura de algún río que nos sirviera de provisional refugio.

Después de haber remado por espacio de legua y media, según nuestro cálculo, una ola furiosa, alta como un monte, precipitándose sobre la popa de la chalupa pareció anunciarnos el golpe de gracia. Con efecto, se arrojó con tanto ímpetu sobre nosotros que del primer choque volcó el bote, echándonos a todos al mar, lejos de la chalupa y distantes los unos de los otros.

Embarcados en la chalupa, reconocimos mejor toda la extensión del peligro.



CAPÍTULO VIII

¡SOLO EN EL MUNDO!

CUANDO fuí precipitado al fondo del mar, aunque era muy buen nadador, el agua me cortó la respiración, arrojándome sobre un pequeño banco de arena, medio asfixiado. Vuelto en mí comprendí que el mar era un enemigo demasiado terrible para que yo pudiera sostener la lucha. Todo lo que podía hacer era mantenerme encima del agua para economizar energías, y tratar de llegar a la orilla a nado; mi mayor temor era que se apoderase de mí la resaca y me llevara mar adentro.

Una oleada que cayó sobre mí me cubrió con una mole de agua de veinte o treinta pies de elevación, y sentí que me arrastraba con fuerza y rapidez prodigiosas hacia tierra. Aprovechando aquel impulso detenía el aliento y nadaba con todas mis fuerzas. Una vez creí ahogarme; pero un feliz movimiento me puso la cabeza y los brazos fuera del agua durante algunos segundos, que me bastaron para respirar y para que cobrase ánimos. Cubierto de agua de nuevo, me mantuve firme, y conociendo que la ola comenzaba a retroceder, me lancé hacia adelante y sentí la tierra firme bajo mis pies.

Por espacio de algunos minutos me quedé inmóvil para tomar aliento; después corrí hacia la playa con toda la ligereza de que era capaz.

No faltó mucho para que la última ola me hubiera sido fatal, porque me lanzó de tan violento modo contra una roca que hube de quedar casi desma-

yado y sin fuerzas para procurar mi salvación. Cuando me ví en un punto adonde no llegaban ni aun salpicones de espuma, me eché sobre la hierba de que estaba alfombrado el suelo y allí me tendí como seguro lecho, extenuado y jadeante.

Volví los ojos en la dirección donde estaba encallado el buque; más se distinguía tan lejano y el mar se conservaba tan soberbio y espumoso, que apenas lo distinguía.

Luego me acordé del desastroso fin de mis compañeros, ahogados todos, y de quienes hallé como único vestigio tres sombreros, una gorra y dos zapatos que no hacían pareja.

Dirigí la vista a mi alrededor, con objeto de ver en qué sitio me hallaba; pero pronto caí en hondo abatimiento, porque veía que las consecuencias de haberme salvado eran terribles. Me encontraba empapado en agua y no podía cambiar de vestidos, no tenía qué comer ni qué beber para tomar fuerzas; no me quedaba, pues, otro recurso que morir de hambre o ser devorado por las fieras. Pero lo que más sentía era no tener armas con que pudiese matar algún animal para proveer a mi subsistencia o defenderme contra los que me atacaran. Lo que poseía estaba reducido a muy poca cosa: un cuchillo, una pipa y un poco de tabaco dentro de una cajita.

Mientras tanto, la noche se aproximaba. Como estaba rendido, se apoderó de mí un sueño tan tranquilo y profundo, que pocas personas, en igualdad de circunstancias, habrán disfrutado de otro más delicioso.

Era muy tarde cuando desperté; el tiempo estaba sereno, la tempestad se había disipado y el mar parecía tranquilo. Júzguese de mi sorpresa a la vista de mi buque: la marea, que subía, lo desprendió del banco de arena en donde estaba encallado y lo arrastró junto a la roca en que tan cruelmente me había magullado el día antes. Apenas me separaba una milla de la varada embarcación; y como parecía que aun se conservaba derecha sobre la quilla, sentí vehementes deseos de ir a su bordo para poder tomar lo que fuera más preciso.

Subido en un árbol miré a mi alrededor, y lo primero que descubrí fué el bote, que el viento y la marea habían arrojado sobre la costa, a dos millas a la derecha de donde yo me encontraba. Me dirigí a lo largo de la orilla, y después de haber andado bastante, pude acercarme a la débil embarcación; pero no me fué posible pasar más adelante por detenerme un brazo de mar de cerca de media milla.

Poco después de las doce el mar estaba muy tranquilo y la marea tan baja que pude adelantarme hasta un cuarto de milla del barco.

Hacía un calor excesivo; me despojé de parte de mis vestidos y me lancé al agua. Cuando llegué al pie del buque, encontré más dificultad en subir a él de la que yo había imaginado, porque la quilla se sostenía apoyándose en la arena, de manera que el puente estaba muy elevado. Nadando alrededor de la embarcación divisé una cuerda que pendía de los portaobnques del trinquete, y con su ayuda pude subir al castillo de proa. La embarcación estaba casi rajada y había mucha agua en el fondo de la bodega; pero, encallada en un banco de arena muy duro, su popa se elevaba mucho, mientras que la proa casi lamía el agua. Por tanto, el castillo de

popa se conservaba en buen estado, y todo lo que en él se encerraba estaba libre de la acción destructora del agua. Lo primero que hice fué recorrer todo el barco para ver lo que no se había estropeado; las provisiones no



Subido en un árbol miré a mi alrededor...

habían experimentado ningún contratiempo. Obligado por el hambre acudí ante todo a la despensa, y llenándome los bolsillos de galleta comencé a devorarla mientras continuaba mi inspección, porque no podía perder un instante. En la cámara del capitán encontré varias botellas de ron, del cual bebí un buen trago, pues tenía gran necesidad de algo que me confortara.

Era indispensable una lancha para cargar los objetos que pudieran serme útiles, y como no la había tuve que pensar en el modo de sustituirla. A bordo

teníamos, de reserva, muchas vergas, dos o tres pequeños mástiles y uno o dos masteleros de juanete. Tiré al mar todos los palos que mejor pudieran flotar y los até separadamente con una cuerda, a fin de que no se alejasen. Hecho esto bajé por un costado del barco, y tirando de los palos hacia mí, até cuatro juntos por los dos extremos lo mejor que pude y les di la forma de una balsa. Después de haber fijado al través dos o tres planchas de madera conocí que podría caminar con aquella especie de ensambladura, pero que no sería bastante sólida para soportar una gran carga, pues las piezas que la componían eran demasiado débiles. Me puse a trabajar, y con el auxilio de la sierra partí en tres pedazos un mantelete de juanete, que añadí a mi balsa no sin mucho trabajo.

Mi balsa era ya bastante fuerte para llevar un peso mediano y estudié el modo de colocar la carga. Primero cargué todas las planchas o tablones que pude hallar; después de haber calculado las cosas que podrían serme más necesarias, tomé tres arcas pertenecientes a los marineros; forcé las cerraduras y las desocupé una tras otra; las bajé a la balsa e hice en ellas acopio de pan, arroz, queso de bola, carne de carnero y un pequeño resto de trigo. Había también en el buque cierta cantidad de cebada y de trigo candéal, todo revuelto, pero, a mi parecer, aquel grano estaba echado a perder. Encontré varias cajas de botellas pertenecientes al capitán, entre las cuales había de veinte a veinticuatro tarros de bebidas alcohólicas. Las coloqué separadamente, porque no era posible ponerlas en las arcas.

Durante estas operaciones, observé que la marea empezaba a subir y vi mi chaqueta y mi camisa, que había dejado en la orilla, flotando en el agua; sólo me quedaban mis pantalones y las medias, que no me había quitado cuando me eché a nado para llegar adonde se hallaba el buque. Aquella circunstancia me hizo pensar en la necesidad de proveerme de vestidos, los cuales encontré en abundancia; pero me contenté con tomar los absolutamente indispensables por el momento, pues el barco contenía una multitud de cosas que me eran mucho más útiles. Después de mil investigaciones descubrí, por fin, el arca del carpintero, más preciosa para mí que lo hubiera sido un galeón cargado de oro. La bajé a mi balsa tal como estaba sin perder tiempo en examinar su contenido.

En seguida pensé en las armas y municiones. En la cámara del capitán había dos hermosas escopetas de caza y dos pistolas; las cogí, así como también varios frascos llenos de pólvora, un taleguito de balas y dos espadas enmohecidas. Sabía, además, que había a bordo tres barriles de pólvora; pero ignoraba dónde estaban guardados. A fuerza de pesquisas, dí, al fin, con ellos: uno estaba enteramente mojado; los otros dos, que se conservaban secos y en muy buen estado, los coloqué en la balsa con las armas.

Estaba muy contento con mi cargamento; pero necesitaba buscar un medio seguro para conducirlo a tierra, porque ni tenía vela, ni remos, ni timón, y el menor soplo de viento podía sumergirlo todo.

Tres observaciones que hice me alentaron, sin embargo: el mar estaba tranquilo, la marea subía y el viento, aunque débil, no dejaba de ser favorable. Encontré dos o tres remos estropeados que pertenecían a la chalupa, y, finalmente, dos sierras, un hacha y un martillo, los junté a las demás he-

rramientas y me encaminé a la playa con mi carga. Mi balsa bogó muy bien durante cerca de una milla; solamente me pareció que se apartaba un poco del sitio en que había tomado antes tierra.

Reflexioné que allí existía una corriente de agua y concebí la esperanza de encontrar una bahía o una playa que me sirviese de puerto para desembarcar mi cargamento.

Mis previsiones se realizaron, pues descubrí muy pronto delante de mí una pequeña cortadura de tierra hacia la cual me sentí impulsado por una fuerte corriente. Goberné mi balsa lo mejor que pude, pero como no conocía la costa, uno de los extremos de mi balsa tropezó en un banco de arena, de modo que por el otro lado quedó sumergida. En esta posición, faltó muy poco para que el cargamento, deslizándose hacia la parte inclinada, cayese al agua. Hice todo lo posible para mantener las arcas en el lugar en que estaban situadas, deteniéndolas con mi cuerpo, porque mis esfuerzos hubiesen sido infructuosos para desencallar la balsa. No me atrevía a abandonar el sitio que ocupaba. Sosteniendo la carga con todas mis fuerzas, hacía media hora que conservaba aquella violentísima actitud; al cabo de este tiempo, la marea, elevando a poco la balsa, acabó por ponerla a flote. Algunos momentos después, el agua, que continuaba elevándose, la desencalló, y entonces, por medio de los remos, la dirigí hacia el canal y me encontré en la embocadura de un pequeño río, a la cual me arrastró rápidamente el flujo del mar.

Distinguí a mi derecha un pequeño fondeadero y hacia el cual me dirigí, no sin muchas dificultades. Llegué a aproximarme tanto a tierra que el remo tocaba en la arena. Podía ya muy bien alcanzar la orilla, pero efectuándolo me exponía otra vez a que se sumergiese la balsa. Decidí esperar a que la marea hubiese subido del todo; sirviéndome de uno de los astillados remos lo clavé en el suelo a guisa de ancla y me detuve en un terreno llano. Cuando vi que lo cubría ya cerca de un pie de agua llevé la balsa a la playa; hundiéndola en tierra sujeté a cada uno de sus extremos un remo y esperé a que la marea bajara y dejara la balsa sobre la playa y en perfecta seguridad.

Ignoraba aún si la tierra adonde el naufragio me había arrojado era un continente o una isla, si estaba habitada o deshabitada y, en fin, si tenía o no que temer algo de las fieras. Cogí una escopeta, una de mis pistolas y un frasco de pólvora, y, armado de esta manera, empecé a trepar hasta lo alto del monte. Me encontraba en una isla solitaria en medio del Océano; no descubrí más que rocas muy lejanas por un lado, y por otro dos islas más pequeñas que la mía, situadas a unas tres leguas de distancia. La isla estaba inculta, y parecía deshabitada o poblada, a lo más, de animales salvajes. Vi multitud de aves de una especie para mí desconocida y muy cerca una muy grande, posada en lo más alto de un árbol, en la ladera de un gran bosque; tiré y cayó sin vida. Aquel era, probablemente el primer disparo que había retumbado en aquellas soledades desde la creación del mundo. No bien hube disparado el arma cuando de todas partes del bosque se levantó un increíble número de pájaros de distintas especies con un ruido confuso de aleteos y de estridentes chillidos. El pájaro que había matado me pareció

Robinson Crusóe

que era una especie de gavián: tenía, en efecto, el color y el pico como los gaviñanes, sin tener ni sus espolones ni sus uñas; la carne era de olor fuerte



... se levantó un increíble número de pájaros...

y en absoluto podía servir como alimento. Torné a mi balsa y me puse a descargarla, trabajo que me ocupó el resto de aquel día; mas vino la noche y me pregunté con espanto qué iba a hacer. No me atrevía a dormir en el suelo por temor a las fieras, aunque en realidad no las había, según pude comprobar después. Me parapeté lo mejor que pude con las cajas y tablones

que había desembarcado y de esta manera hice una especie de choza que podía servirme de abrigo, a lo menos durante aquella primera noche.

Pensé que podía sacar del buque muchas cosas que pudieran serme útiles especialmente cuerdas, velas y otros objetos susceptibles de ser transportados a tierra. Traté, pues, de hacer un nuevo viaje a bordo; y como previa que la embarcación no tardaría en hacerse pedazos, renuncié a toda empresa hasta que hubiera sacado del buque cuanto pudiera servirme. Tomé el partido de ir a nado, como la primera vez, cuando bajase la marea.

Una vez a bordo proyecté la construcción de otra balsa, lo que hice, mucho mayor que la vez anterior. Recogí muchas cosas que me eran muy necesarias; entre otras, diversos objetos que encontré en el almacén de carpintería, tales como sacos de clavos, una gran barrena, dos docenas de hachas y una piedra de afilar, instrumento muy útil y precioso. Lo reuní todo cuidadosamente con otros muchos efectos que habían pertenecido al artillero, particularmente dos o tres palancas de hierro, dos barriles de balas, siete mosquetes, otra escopeta de caza, una pequeña cantidad de pólvora y un gran saco de perdigones. Encontré asimismo un fardo de plomo en planchas; pero pesaba tanto, que no tuve fuerza suficiente para levantarlo y hacerlo pasar por encima de la borda del buque. Me llevé todos los vestidos que pude encontrar, una vela de la gavia del trinquete, una hamaca, colchones y algunas mantas. Coloqué mi cargamento en la nueva balsa y la conduje sin novedad a tierra.

Me puse a construir una especie de tienda con una vela y unas estacas que corté al efecto. Coloqué dentro lo que podía echarse a perder con la lluvia y el sol, puse alrededor las arcas vacías y ordené los toneles, colocándolos unos encima de otros para fortificar mi tienda contra los ataques de los hombres o de las fieras. Ejecutado esto, cerré lo que pudiéramos llamar la puerta, por dentro con tablones y por fuera con una caja vacía; después, habiendo extendido un colchón y colocado mis dos pistolas a la cabecera y mi escopeta al lado, me acosté por primera vez y dormí toda la noche muy tranquilo, porque estaba rendido de fatiga; no había descansado casi nada la noche anterior y había trabajado mucho durante el día, tanto para ir a buscar provisiones al buque como para desembarcarlas y conducir las hasta la playa.

Tenía entonces el depósito más considerable de toda especie de vituallas que juzgo haya podido reunirse jamás para una sola persona; pero no estaba satisfecho aun: calculé que mientras el buque estuviese allí parado debía sacar todo lo que pudiera. Todos los días iba, pues, a bordo, cuando bajaba la marea, y conducía lo que en él encontraba. La tercera vez que fui cargué con los aparejos, las cuerdas, una porción de lienzos destinados a reparar el velamen y el barril de pólvora que se había mojado.

En el quinto o sexto viaje, y cuando creía que nada había en el buque que valiese la pena de ser trasladado a tierra, encontré un gran barril de galletas, tres buenas pipas de ron y de aguardiente, una caja de azúcar y un tonel de harina de flor. La sorpresa que me causó este descubrimiento fué tanto más agradable cuanto que no esperaba hallar ninguna otra provisión que el agua no hubiese echado a perder.

Al día siguiente hice otro viaje; esta vez, como ya había despojado al buque de todo lo que podía llevarme fácilmente, pensé en los cables. Empecé por los más gruesos, cortándolos en pequeños pedazos para poderlos mover. Así llegué a trasladar dos cables, al mismo tiempo que todo el herraje que pude arrancar. En seguida corté la verga de la vela cebadera y la del palo de mesana para hacer una gran balsa que cargué con todo aquel peso, y me encaminé a tierra. Pero mi suerte empezó a abandonarme: la nueva balsa iba tan cargada, que, habiendo llegado a la pequeña ensenada donde había desembarcado todos mis pertrechos, a pesar de los esfuerzos que hice para dirigirla como otras veces, zozobró con todo el cargamento. En cuanto a mí, el accidente no tenía nada de peligroso, porque estaba cerca de tierra; pero perdí la mayor parte de lo que conducía, sobre todo el hierro, que me hubiera sido de gran utilidad. Sin embargo, como bajaba la marea, salvé unos pedazos de cable y algún poco de hierro, aunque con mucho trabajo, porque me vi obligado a bucear.

Habían pasado ya trece días del naufragio, y en este tiempo había hecho once viajes a bordo del buque. Me llevé todo lo que una persona sola era capaz de llevarse, y creo no exagerar diciendo que si la calma hubiese continuado, habría transportado a tierra todo el buque, pieza por pieza. Me disponía para el duodécimo viaje, cuando empezó a levantarse viento, lo que no me impidió volver a bordo mientras estuvo bajando la marea. Aunque había registrado muchas veces la cámara del capitán sin hallar cosa alguna de provecho, descubrí un armario guarnecido de cajoncitos, en los cuales encontré dos o tres navajas de afeitar, unas tijeras y unos diez u once cuchillos con otros tantos tenedores; en otro cajón había el valor de treinta y seis libras esterlinas en monedas de Europa y del Brasil, parte en oro, parte en plata, y, entre otras algunas piezas de a cuatro chelines.

— ¡Metal despreciable! — exclamé —. ¿De qué puedes servirme? ¡Uno solo de estos cuchillos es más precioso para mí! ¡Quédate donde estás, o más bien, ve a sumergirte en el fondo del mar como cosa inútil!

Después de este arrebató volví en mí, y tomando aquel dinero con los demás utensilios que había encontrado en el armario, le envolví en un pedazo de lona. Viendo que el cielo se cubría, que empezaba a arreciar el viento y que algunas fuertes ráfagas soplaban de tierra, comprendí que si quería llegar a la orilla era necesario apresurarme antes de que el reflujo se hiciera sentir. Me eché, pues, a nado para atravesar el brazo de mar que me separaba de tierra. Llegué con sumo trabajo, tanto a causa del peso que llevaba como por la agitación del mar, y porque el viento arreció con tanta rapidez que la tempestad estalló bruscamente. La noche fué borrascosa, y por la mañana, cuando dirigí la vista al mar, vi que el casco del buque había desaparecido. Me consolé bien pronto de esta pérdida considerando que no había perdido el tiempo para sacar del buque cuanto pudiera serme de alguna utilidad.



CAPÍTULO IX

LA CASA DE ROBINSÓN

TODOS mis cuidados se encaminaron a ponerme a cubierto de una posible agresión de los salvajes, si alguno hubiera en aquellas latitudes, o de las fieras, si por acaso habitaban en la isla. Reflexioné mucho sobre los medios de realizar mi intento y sobre el género de construcción que debía preferir: si una caverna subterránea o una cabaña a flor de tierra. Resolví hacer lo uno y lo otro.

El lugar donde me había instalado no era el más conveniente para una larga permanencia, y me decidí a buscar otro punto que reuniera mejores condiciones de habitabilidad.

En primer término, necesitaba un lugar saludable y agua potable próxima; después, un albergue defendido contra los rigores del Sol y resguardado de los vientos, de las fieras o de los hombres, y por fin, que estuviese cercano al mar, por si divisaba algún barco que pudiera sacarme de tanto desamparo y soledad.

Buscando terreno adecuado, encontré una llanura situada al lado de una eminencia y que ofrecía la perspectiva de un plano en declive, semejante al tejado de una casa. Frente al cerro había una hondonada, a manera de cueva, de unos cien palmos de ancho por doble de largo; allí decidí edificar mi cabaña, que tendría delante una explanada semejante a un jardín y que bajaba suavemente en dirección al mar.

Antes de establecer mi campamento señalé en la hondonada un semi-

círculo cuyo radio tendría treinta palmos y distaría veinte brazas del monte.

Clavé en el semicírculo una doble hilera de estacas, profundizando lo necesario para que tuvieran la resistencia de pies derechos, y de modo que su parte más recia quedara al aire y a unos cinco pies y medio del suelo; la primera fila de estacas se hallaba a unas seis pulgadas de la segunda.

Tomé luego algunos trozos de los cables encontrados en el barco y los coloqué unos sobre otros en los espacios que quedaban libres, hasta la altura de la empalizada, donde los até fuertemente. Luego clavé encima de todo, entre una y otra fila de la empalizada nuevas estacas, que tendrían una altura menor de tres pies, resultando así reforzado aquel atrincheramiento y mejor defendido con una valla más elevada, que no pudieran escalar los animales ni los hombres y que levantaría más tarde. Mucho tiempo y muchísimas fatigas me exigió la construcción, porque tuve que cortar la madera en el bosque, conducirla al lugar a que la destinaba y completar la obra hasta una altura suficiente.

No se podía entrar en aquel recinto por ninguna puerta, sino por una especie de escalera que llegaba a lo alto de la estacada y que podía retirar después de haberme recogido. Con tal artificio me pareció estar libre de toda clase de asaltos, y dormí muy tranquilo.

Al interior de aquella improvisada fortaleza conduje con inmensa fatiga los que yo titulaba mis tesoros: alimentos, municiones y enseres. Luego construí una doble tienda y la cubrí con una tela encerada.

Cuando hubé conducido al interior del recinto todos mis víveres y cuantas cosas podían echarse a perder por efecto de la humedad, cerré la entrada por completo, y no entraba ni salía de mi fortaleza sin utilizar la escala de que hablé antes.

Hecho esto comencé una excavación en el terreno, aprovechando las piedras y la tierra que extraía para reforzar la empalizada con una especie de terraplén de pie y medio de espesor y otro tanto de altura. También hice una especie de bodega para conservar frescos los víveres.

Mucho trabajo y no escasa porción de tiempo invertí en unas obras tan interesantes como complicadas para un hombre solo, y en cuya ejecución no faltaron accidentes y sustos. Recuerdo, entre otros varios, que cierto día, cuando aún no tenía terminadas mis construcciones, se nubló repentinamente el cielo, que de pronto tomó un aspecto amenazador, y cayó un enorme aguacero; al poco rato, un vivísimo relámpago iluminó el espacio, y retumbó el horizonte con los fragores de un espantoso trueno. Pero no fueron aquellos fenómenos los que me produjeron terror por sí mismos, sino la idea de las consecuencias que podían haber traído.

—¡Mi pólvora!— exclamé con espanto indecible, y luego quedé como sumido en un estupor, considerando que un leve soplo de viento o una cantidad de agua podían destruir cuanto era mi esperanza y mi consuelo.

En efecto, una circunstancia cualquiera podía inutilizar aquella pólvora necesaria para mi defensa y para proporcionarme alimentación con la caza. Así es que me produjo gran sobresalto la idea de que si un rayo hubiera prendido fuego a mi cabaña no hubiese podido ni aun conocer el daño hasta que ya fuera inevitable.



Entonces tomé el partido de no casarlas más que desde lo alto.

Tanto influyó en mi ánimo aquel susto, que cuando cesó la tormenta suspendí los trabajos de edificación para dedicarme con preferencia a envasar la pólvora en cajas. La dividí en tantas porciones y separé tanto unas de otras, que no quedó ningún peligro de que, si ardía una parte, pudiera incendiarse el resto.

Poco menos de quince días invertí en tal operación, pues dividí en más

de cien porciones las doscientas cuarenta libras de pólvora que tendría. Por lo que se refiere al barril cuyo contenido se había mojado tuve cuidado de ponerlo en la bodega bien aislado, aunque no me inspiraba temor, y el resto de la pólvora lo escondí en unos agujeros que abrí con tal objeto en lo más pedregoso del monte, poniéndola resguardada de la humedad y haciendo señales que me permitiesen hallarla cuando me fuera preciso.

Todos los días salía, cuando menos una vez, con mi escopeta, ya para recrearme dando un paseo y haciendo ejercicio al aire libre, ya para buscar algún ave para mi alimento, o también para saber cuáles eran los productos de la isla. Vi que en ella se criaba una especie de cabras, lo que me causó indecible alegría, amenguada por alguna contrariedad, porque aquellos animales eran tan asustadizos, que no era posible acercarse a ellos; el más leve ruido les hacía huir con gran velocidad hacia lo alto de la montaña. De todas maneras, me interesaron tanto, que no me quedaba la menor duda de que llegaría a matar alguno, como lo conseguí pocos días después. Estuve en observación, calculando los medios de que había de valerme para darles caza, y noté que cuando yo estaba en la llanura y veía a las llamas (que luego he sabido que así se llaman) sobre las rocas, huían espantadas; pero cuando pasaban por el valle y las miraba desde lo alto de la montaña, no se movían ni daban muestras de sobresalto. Entonces tomé el partido de no cazarlas más que desde lo alto, y por este medio encontré muchas veces la ocasión de disparar sobre ellas.

Construída mi habitación, era absolutamente indispensable proveerme de un fogón y tener almacenados algunos combustibles. Más tarde diré lo que resolví con respecto a estos planes, el modo empleado para ensanchar la bodega y las mejoras que hice; pero antes debo dar cuenta de lo que personalmente se refiere a mí.

Comprendí que no tenía delante una perspectiva muy halagüeña. Como había sido arrojado a aquella isla a consecuencia de una violenta tempestad que me había separado más de cien leguas fuera del camino ordinario de los navegantes era lógico suponer que existían muy pocas probabilidades de que llegara algún barco a aquella isla desierta.

Reflexioné que estaba ventajosamente provisto de todo lo necesario a mi subsistencia. ¿Cuál hubiera sido mi suerte si, por una dichosa casualidad que no volvería a presentarse una vez entre mil, el buque no hubiera sido arrojado por el mar bastante cerca de la orilla para darme tiempo de sacar de él todo lo que me era preciso? ¿Qué hubiese hecho si me hubiera sido necesario vivir tal como había llegado a la playa, privado de las cosas más indispensables? ¿Qué sería de mí — exclamaba — sin escopeta, sin municiones, sin herramientas, sin vestidos, sin cama y sin abrigo de ningún género? Yo disfrutaba de todas estas cosas y tenía a mi disposición el medio de pasarme sin mi escopeta cuando las municiones se hubiesen agotado; estaba, pues, al abrigo de todas las necesidades para el resto de mi vida.

Ahora que debo pintar el cuadro de una vida solitaria, de una vida tal como quizás no haya otro ejemplo en el mundo, quiero emprender mi relación desde el principio y continuarla con orden.

Según mis cálculos, llegué a aquella isla desierta el 30 de Septiembre, en

la época del equinoccio, cuando el Sol lanzaba sus rayos perpendicularmente sobre mi cabeza. Por esta observación que hice, juzgué que me encontraba a nueve grados y veintidós minutos al Norte del Ecuador.



Me resigné con mi posición, y abandoné la costumbre de mirar al mar para ver si descubría alguna embarcación...

Al cabo de diez o doce días reflexioné que, falto de papel, plumas y tinta no podría calcular la marcha del tiempo ni distinguir los días de fiesta de los de trabajo. Para orillar este inconveniente fijé en el suelo un poste de madera, en el cual grabé con la punta de un cuchillo las palabras siguientes:

Llegué a este sitio el 30 de Septiembre de 1659.

A los lados del poste hacía una raya todos los días, cada siete una doble y el primero del mes otra mucho mayor; de este modo tuve un calendario que marcaba exactamente los días, las semanas, los meses y los años.

Sin embargo, entre el gran número de objetos que saqué del buque en las diferentes veces que fui a él hallé algunos menos necesarios que los de que he hecho ya mención, pero no obstante llegaron a serme muy útiles después, tales como, por ejemplo, papel, tinta, plumas y otros muchos utensilios que encontré en las cámaras del capitán, de su segundo, del artillero y del carpintero; tres o cuatro compases, algunos instrumentos de matemáticas, cuadrantes, anteojos de larga vista, mapas y libros de marina. También había en el buque un perro, cuya importante historia ocupará su correspondiente lugar. Aquel animal fué para mí un amigo fiel durante muchos años; me ayudaba en todo lo que podía y me acompañaba tanto, que hubiera querido enseñarle a hablar; pero esto no era posible, por desgracia.

He dicho ya que había encontrado plumas, papel y tinta, lo que economicé bastante. Hice una relación exacta de cuanto me había sucedido mientras me duró la tinta; pero cuando se concluyó me fué imposible continuar, porque no encontré ningún medio de reemplazarla. Independientemente de la tinta, faltaban aún en mi pequeño almacén multitud de cosas; en este número se contaban una azada, un azadón y una pala para remover la tierra; luego, agujas, alfileres e hilo; en cuanto al lienzo, me acostumbré muy pronto a pasarme sin él. Esta falta de útiles atrasaba todos mis trabajos; por esta causa tardé un año en concluir enteramente mi cabaña; las estacas con que estaba formada eran tan pesadas, que su colocación me costó muchísimos esfuerzos.

Pero la duración del trabajo, cualquiera que fuese, no debía desanimarme, pues me sobraba tiempo, que no hubiera sabido cómo emplear si mi obra hubiese terminado pronto. Aparte de mis trabajos, recorría la isla para proporcionarme alimentos y para distraerme todos los días durante algunas horas. Empecé desde entonces a examinar formalmente mi posición y los recursos a que estaba reducido. Formé una nota del estado de mis negocios, no para dejarla a mis herederos, que no debían ser muchos, sino para distraer mi imaginación de las ideas dolorosas que me asaltaban continuamente. Ya la razón tomó algún imperio sobre mí: me consolaba analizando mi situación, estableciendo una especie de cargo y data, cotejando de un lado los placeres que disfrutaba, y del otro los males que padecía, del modo siguiente:

MALES

Soy arrojado a una isla desierta, sin tener esperanza de volver a salir de ella.

He sido separado del resto del mundo, para caer en el estado más lastimoso.

Me veo apartado del mundo como un solitario desterrado de la sociedad y de sus semejantes.

No tengo vestidos con que cubrirme.

Me veo sin medios de defensa para resistir a los ataques de los salvajes y de las fieras.

No tengo a nadie con quien hablar, ni nadie que me consuele.

BIENES

Pero veo que no me he ahogado, como mis compañeros de viaje.

Pero soy el único de la tripulación que ha sido arrancado a la muerte, y el que ha salvado tan milagrosamente mi vida puede también sacarme de esta triste situación.

Pero no sufriré los horrores del hambre; no estoy expuesto a perecer en lugar estéril que me niegue los alimentos.

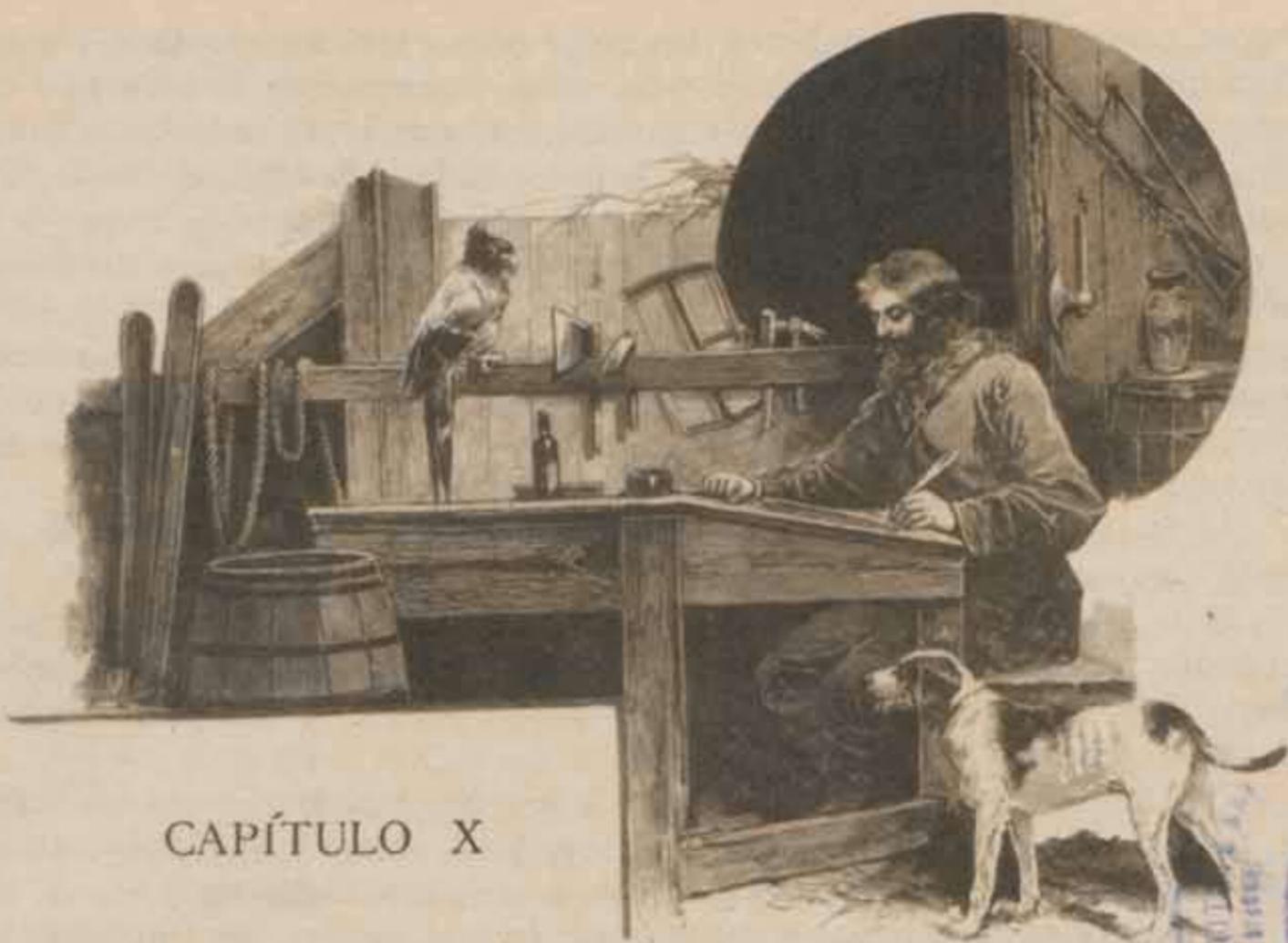
Pero estoy en un clima caluroso, donde me serían casi inútiles los vestidos.

Pero en la isla en que he sido arrojado no hay ningún animal dañino, como los que he visto en la costa de África. ¡Qué sería de mí si hubiese naufragado en ella!

Pero el navío ha sido conducido bastante cerca de tierra para que pudiese ir a buscar cuantos objetos me ponen en estado de proveer a mis necesidades presentes y futuras.

Resultó para mí de esta comparación una verdad incontestable: esto es, que no hay condición tan desgraciada en la vida que no tenga algo de consolador y de grato.

Me resigné con mi posición y abandoné la costumbre de mirar al mar para ver si descubría alguna embarcación, bien resuelto a consagrar mi tiempo a asegurarme todas las comodidades posibles en mi lamentable estado.



CAPÍTULO X

DIARIO DE ROBINSÓN

HE descrito ya mi habitación, situada al pie de un peñasco y cercada por una doble empalizada guarnecida de cables. A este cercado, que podría llamar muralla, al cabo de año y medio le añadí unos palos o maderos que, saliendo de lo alto de la empalizada, descansaban sobre el peñasco vecino, cubriéndolos después con ramas de árbol y otros materiales para preservarme de las lluvias, que caían en abundancia durante una parte del año.

En seguida me dediqué a fabricar los muebles más necesarios, comenzando por una silla y una mesa. Careciendo de estas dos comodidades, no podía gozar las pocas dulzuras que me restaban aún en la vida: por ejemplo, no podía escribir a gusto ni comer con placer sin disponer de una mesa.

Construí, pues, una silla y una mesa, valiéndome de varios trozos de madera que había traído del buque. Luego hice en la cueva, con tablones de pie y medio de largo, anaqueleras para colocar en ellas mis instrumentos, clavos y herraje; en una palabra, todos mis utensilios, de modo que los tuviese siempre a la mano; igualmente clavé en el peñasco algunas pequeñas argollas para colgar mis escopetas y otros varios objetos. Mi bodega hubiera podido tomarse por un almacén general de todas las cosas necesarias; el buen orden que reinaba en todo me hacía encontrar al momento lo que iba a buscar; y este orden, unido a la abundancia de objetos útiles y cómodos, me causaba la más viva alegría por aquel relativo bienestar que había logrado crearme.

Entonces fué cuando comencé a escribir un diario, en el cual consigné el



empleo exacto de todas mis horas. En un principio viví muy agitado y excesivamente agobiado por el trabajo para sacar la cuenta de la inversión del tiempo, y mi relación no hubiera contenido más que cosas insípidas o insignificantes. Algunos días después de haber estado a bordo del buque, del cual había sacado todo lo posible, no pude resistir el deseo de trepar a la cumbre de un pequeño monte con objeto de mirar el mar, esperando descubrir alguna embarcación. Imaginé que venía una vela lejana hacia el horizonte; pero luego de haberme entregado a esta ilusión y de haber mirado fijamente hasta quedarme casi ciego, me senté en el suelo desengañado de repente, y me eché a llorar como un niño, aumentando así mi infortunio con una locura sin objeto.

Al fin, empecé a escribir el diario, del cual daré una copia aun cuando repita algunas cosas que ya he referido.

30 de Septiembre de 1659. — Yo, Robinsón Crusoé, después del naufragio del buque en que navegaba, fui arrojado a esta isla, a la cual doy el nombre de isla de la Desesperación. Toda la tripulación pereció, y aun yo mismo me encontré en la playa medio moribundo.

Pasé el resto del día lamentándome de la triste posición en que me hallaba, falto de alimentos, de asilo, de vestidos y de armas y sin esperanza de socorro de ninguna clase. De un momento a otro aguardaba ser presa de las fieras, víctima de los salvajes o del hambre; en una palabra, no tenía ante mí otra cosa que la imagen de la muerte. Al aproximarse la noche me subí a un árbol por miedo de los animales salvajes y dormí apaciblemente, a pesar de haber estado lloviendo hasta el amanecer.

1.º de Octubre. — Por la mañana quedé sumamente sorprendido cuando advertí que el buque, impulsado por la marea, había sido arrojado mucho más cerca de la orilla. Esto me sirvió de gran consuelo, porque, viendo que no se había roto y que se conservaba derecho sobre su quilla pensé que si calmaba el viento podría ir a visitarlo, encontrar qué comer y tomar los objetos que pudieran serme útiles. Por otro lado, la vista del barco renovó el dolor que me causó la pérdida de mis camaradas. Una parte de este día lo pasé en penosas reflexiones. Finalmente, viendo que el buque se había quedado casi en seco me dirigí a él a nado. La lluvia continuó todo el día, pero el viento había calmado.

Desde 1.º hasta el 24 de Octubre. — Todos estos días los empleé en hacer muchos viajes a la embarcación. Saqué de ella cuanto pude llevar en una balsa que dirigía hacia la playa con la ayuda de la marea. Durante todo este tiempo llovió muchísimo; parecía que estábamos en la estación de las lluvias.

24 de Octubre. — Mi balsa volcó con su cargamento; pero como aquel paraje era muy poco profundo y la carga se componía en su mayor parte de objetos pesados, los recobré casi todos ellos después de bajar la marea.

25 de Octubre. — La lluvia continuó todo el día y toda la noche, acompañada de ráfagas de viento que, siendo cada vez más violentas, hicieron pedazos el buque. Apenas divisé algunos restos durante el reflujo. Me ocupé este día en tratar de preservar mis efectos y buscar para ellos un refugio, ante el temor de que con el agua pudieran echarse a perder.

26 de Octubre. — Estuve paseándome casi todo el día, buscando un lugar

a propósito para construir un albergue, lo que, por otra parte, me era preciso para ponerme en seguridad contra los ataques nocturnos de los salvajes o de las fieras. Por la noche me establecí ya en un lugar conveniente al pie de un peñasco y tracé un medio círculo para marcar los límites de mi morada, que resolví fortificar poniendo dos estacas entrelazadas con cables y reforzadas por la parte de fuera por un declive formado de tierra y piedras cubiertas de césped.

Desde el 26 hasta el 30 de Octubre. — Trabajé con ardor en trasladar los efectos a mi nueva habitación, aunque la lluvia no cesó de caer durante aquellos cuatro días.

31 de Octubre. — Por la mañana salí con la escopeta para ver si cazaba y descubría algo nuevo. Maté una llama para alimentarme con su carne.

1.º de Noviembre. — Construí mi tienda al pie del peñasco y la hice tan espaciosa como me fué posible, sosteniéndola por medio de estacas que clavé, y de las cuales suspendí la hamaca del segundo del barco, en la que duermo desde entonces.

2 de Noviembre. — Coloqué cerca de mí todas las cajas, tablas y pedazos de madera, e hice una especie de muralla dentro del semicírculo que había construído para que me sirviese de fortaleza.

3 de Noviembre. — Salí con mi escopeta y maté dos aves parecidas a los ánades, que me gustaron mucho. A mediodía empecé a trabajar para hacer una mesa donde pudiera escribir y comer.

4 de Noviembre. — Desde este día distribuí con regularidad las horas de trabajo, de salidas, de reposo y de recreo. Todas las mañanas, cuando no llovía, invertía en la caza dos o tres horas; en seguida me ponía a trabajar hasta cerca de las once, después de lo cual comía. Al mediodía me echaba a dormir la siesta hasta las dos, porque entonces hacía un calor extremado, y por la tarde volvía al trabajo. Este día y los siguientes los empleé en construir la mesa, porque yo no era más que un detestable aprendiz en muchas cosas y regular artesano en muy pocas; luego el tiempo y la necesidad me han hecho un consumado maestro en artes mecánicas, como le hubiese ocurrido, según creo, a cualquiera otro que se encontrara en mi caso.

5 de Noviembre. — Salí con mi escopeta y mi perro y maté un gato montés de piel muy fina. Siempre quitaba la piel a los animales que cazaba y la guardaba cuidadosamente. Recorriendo la costa vi muchas aves acuáticas desconocidas para mí; pero quedé sorprendido y casi asustado al divisar dos o tres vacas marinas. Me paré a mirarlas pero se arrojaron al mar y no tardaron en desaparecer.

6 de Noviembre. — Después del paseo de la mañana me puse a trabajar en mi mesa hasta concluir la; pero no quedó a mi entera satisfacción. Sin embargo, bien pronto tuve habilidad para mejorarla.

Desde el 7 hasta el 12 de Noviembre. — El tiempo empezó a serenarse. Durante los días 7, 8, 9, 10 y una parte del 12, porque el 11 era domingo, según mi calendario, construí una silla y llegué con mucho trabajo a darle una forma regular, a pesar de que no me gustaba del todo, aunque la había roto y empezado de nuevo varias veces.

Nota. — Poco tiempo después descuidé hacer doble de larga la raya co-

rrespondiente a los domingos; perdida la idea de cuáles eran éstos, olvidé el orden de los días, me costó sumo trabajo rehacer mi calendario, de cuyas indicaciones no estoy ya muy seguro.

13 de Noviembre. — Cayó una abundante lluvia que hizo un gran bien a la tierra; pero los truenos y relámpagos que la acompañaban me hicieron temer por mi pólvora. Luego que pasó la tempestad dividí mi provisión de pólvora en muchos paquetes para ponerla en seguridad.

14, 15 y 16 de Noviembre. — Empleé estos tres días en hacer pequeñas cajas cuadradas, las cuales contenían una o dos libras de pólvora todo lo más, y las coloqué en distintos parajes, alejándolas lo más posible unas de otras. Maté un gran pájaro, cuya carne era muy buena.

17 de Noviembre. — Empecé a cavar el montículo que estaba detrás de mi tienda para agrandarla más. Sólo me faltaban tres cosas de mucha utilidad: un azadón, una pala y un carretón o una banasta. Me vi obligado a suspender el trabajo y me puse a reflexionar sobre los medios de salvar aquellas deficiencias. Reemplacé fácilmente el azadón por medio de palancas de hierro, que daban resultados muy parecidos a los de aquél, aunque eran un poco pesadas; pero con respecto a la pala, necesitaba tanto de ella, que no teniéndola no podía hacer nada y no sabía cómo sustituirla.

18 de Noviembre. — Este día, registrando el bosque, encontré una especie de árbol que si no era el que en el Brasil se llama palo de hierro a causa de su extremada dureza, a lo menos se le asemejaba bastante.

A fuerza de trabajo y estropeando un hacha, llegué a cortar un tronco de aquel árbol, y lo llevé hasta mi albergue después de muchos esfuerzos, porque era excesivamente pesado. La dureza de la madera, me hizo emplear mucho tiempo en partirla. Poco a poco fui dándole la forma de una pala. Terminaba exactamente como las que se usan en Inglaterra; pero no estando guarnecida de hierro la parte llana, es claro que había de ser de poca duración; sin embargo, por de pronto me servía para el uso a que la destinaba. No creo que nunca se hayan empleado tales medios ni tan empeñado trabajo para construir una pala.

Aún me faltaba una canasta o un carretón. De ninguna manera podía hacer una canasta no teniendo mimbre u otra cosa que se le pareciese y no sabiendo si lo había en la isla. En cuanto al carretón me parecía que, a excepción de la rueda, lo haría fácilmente; pero la rueda no sabía como hacerla, y, por otra parte, carecía de medios para forjar el eje que debía pasar por medio. Tuve que renunciar a ello, y para transportar la tierra que sacaba de la cueva hice una especie de artesón como el que usan los albañiles.

La hechura de este último no me costó tanto trabajo como la de la pala; sin embargo, empleé tres o cuatro días en construir los dos instrumentos, contando el tiempo invertido en el intento de construir el carretón. Entretanto debo decir que rara vez dejaba de dar el paseo de la mañana, con la escopeta a la espalda, lo cual me proporcionaba casi siempre algunas provisiones para mi despensa.

23 de Noviembre. — Habiendo interrumpido mi trabajo principal para la fabricación de los artefactos dichos, volví a proseguirlo luego que los hube terminado. Todos los días trabajaba tanto como mis fuerzas lo permitían, y en

Robinson Crusoe

diez y ocho días alargué y ensanché mi bodega de tal modo, que al cabo de ese plazo pude guardar en ella todos mis efectos cómodamente.



...maté un gato montés... vi muchas aves acuáticas...

Nota. — Empleé todo aquel tiempo, hasta el 10 de Diciembre, en hacer de mi gruta un lugar espacioso que me servía de depósito o almacén, de cocina, de comedor y de bodega. Fuera de los ratos que como tal la utilizaba, habitaba en mi tienda, excepto los días lluviosos, en que el sitio era incómodo, obligándome tal circunstancia a colocar sobre todo el espacio que encerraba

la empalizada largas p ertigas, a manera de tirantes, apoyadas contra la roca y cubiertas de juncos y de anchas hojas, lo que le daba el aspecto de una cabaña.

10 de Diciembre. — Creyendo concluida ya mi bodega, sin duda por haberle dado excesiva anchura, sobrevino un hundimiento por un extremo y por los costados, lo que me ocasionó grandísimo espanto. Razones había para ello, porque si en aquel momento me hubiese encontrado en la cueva hubiera quedado enterrado en ella sin remedio. Mucho trabajo me costó reparar el desastre; fué necesario sacar la tierra que había caído, y en seguida apuntalar el techo y las paredes para prevenir otro hundimiento.

11 de Diciembre. — A consecuencia de lo dicho coloqué dos puntales sosteniendo la bóveda, añadiendo dos tablas cruzadas sobre cada uno de ellos. Esta obra se termin  al día siguiente; pero continu  cerca de una semana añadiendo más puntales, parecidos a los primeros, que consolidaron perfectamente mi cueva, formando todos aquellos puntales unas hileras de pilares que me sirvieron para dividir mi casa en varios departamentos.

17 de Diciembre. — Desde este día al 20 me ocup  en colocar tablillas y clavos en los pilares citados para colgar los útiles y telas con lo cual puede decirse que hasta entonces no tuve nada en orden en mi morada.

20 de Diciembre. — Traslad  mis muebles a la caverna; me dediqué a adornar mi casa y a hacer con dos trozos de tabla una especie de mesa de cocina para disponer la comida. Empezaron a faltarme tablas; sin embargo, construí otra mesa.

24 de Diciembre. — Llovi  todo el día y toda la noche.

25 de Diciembre. — Continu  la lluvia todo el día.

26 de Diciembre. — Este d o no llovió; la tierra desde entonces se refresc  y su aspecto era muy agradable.

27 de Diciembre. — Mat  una llama y her  a otra que al fin cogí. Me la llevó a mi habitación y tan pronto como llegué a ella entablill  y vend  la pata que ten  rota el pobre animal.

Nota. — La cuid  tanto y llegó a curarse tan perfectamente, que no se distinguía la pata rota de la que no lo había estado, pudiendo el animal andar y correr lo mismo que antes. Después de haber andado mucho tiempo se domestic  y se paseaba sobre el césped, delante de la puerta de mi cercado, sin pensar en escaparse. Esto hizo nacer en mí la primera idea de criar animales y domesticarlos a fin de tener con qué alimentarme cuando hubiera consumido las provisiones y no pudiera salir.

28, 29, 30 y 31 de Diciembre. — Grandes calores y ningún viento. Apenas podía salir al anochecer para ir a buscar algo que comer; empleaba el tiempo en ordenarlo todo en el interior de mi habitación.

1.  de Enero. — Comenzó el año con excesivo calor. Sal  por la mañana y por la tarde con mi escopeta, descansando al mediodía. Por la tarde avancé hasta los valles centrales de la isla, donde divis  una multitud de cabras, pero tan salvajes, que era muy difícil acercarse a ellas. Trat  de volver con mi perro, a fin de que las echase hacia el lado donde yo estaba. Al día siguiente, en efecto, hice la prueba. Me engañ  en mis esperanzas; en lugar de huir delante del perro, las cabras le hicieron frente, presentándole los cuernos; el animal comprendí el peligro y no quiso acercarse a ellas.

3 de Enero. — Empecé mis trincheras, que casi no exagero llamándolas murallas, por miedo de ser atacado y resolví construirlas espesas y de gran solidez.



Encontré una especie de palomas silvestres que no anidaban en los árboles, como las torcaces, sino en los huecos de las peñas...

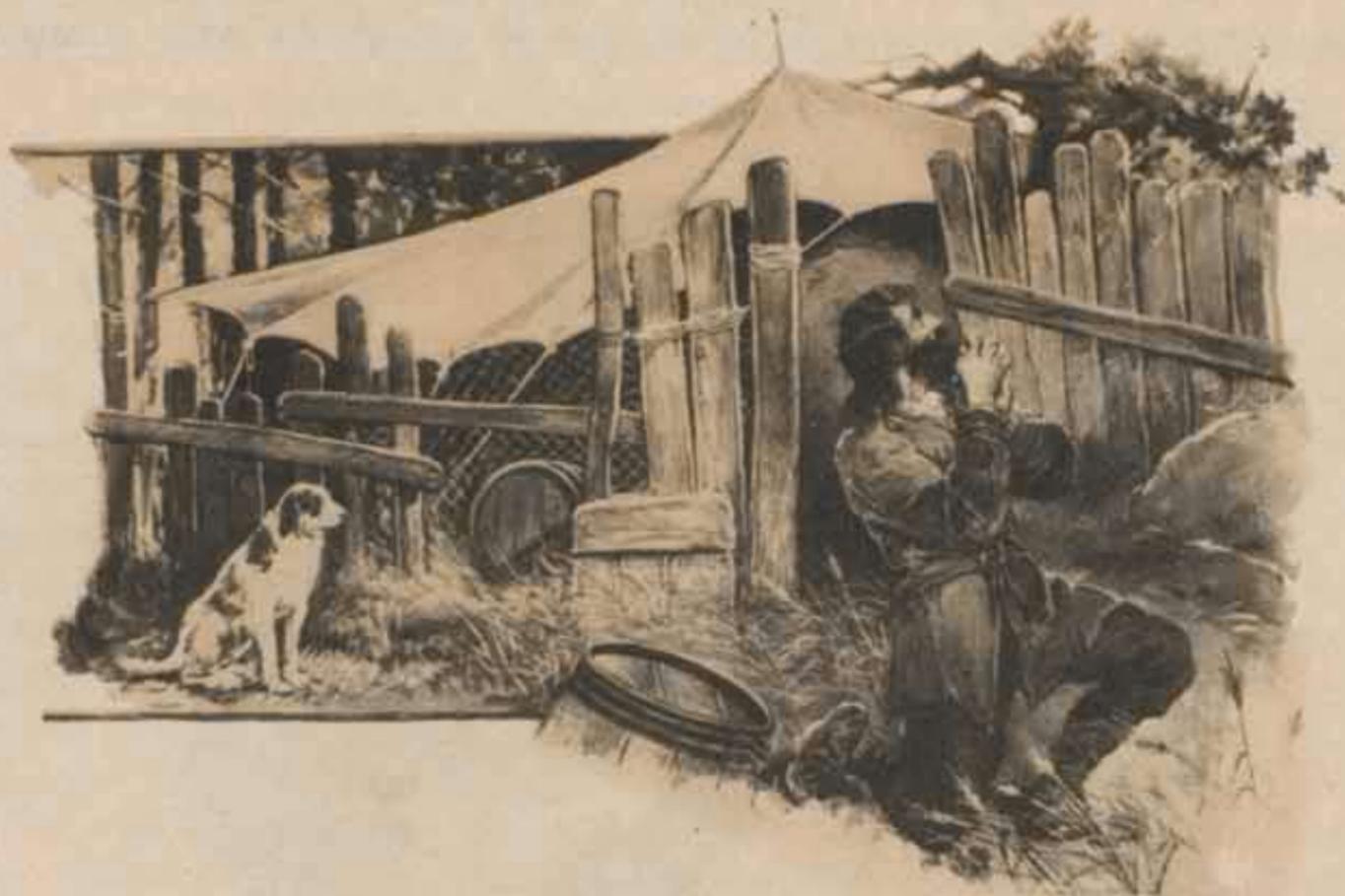
Nota. — Habiendo descrito ya la fortificación defensiva de mi albergue no he de repetir lo que tengo indicado con respecto a ella en mi diario; sólo diré que necesité desde el 3 de Enero hasta el 14 de Abril para perfeccionar aquella obra, que medía unas veinticinco varas de extensión. El recinto formaba un semicírculo desde un lado de la roca al otro con un radio de doce varas. La puerta de la gruta estaba en el centro de la trinchera.

Durante este intervalo trabajé con energía y sin reposo, a pesar de que la lluvia me contrariaba, no sólo días enteros, sino también algunas semanas. Me daba ánimos la idea de que terminada la obra estaría perfectamente resguardado del agua. Es increíble el mucho trabajo que me costó transportar las estacas desde el bosque a la cueva y clavarlas en la tierra; trabajo tanto más penoso, cuanto que lo hacía mayor de lo necesario. Una vez concluida la muralla y revestido su exterior con el césped que la ocultaba, me persuadí de que si desembarcase en la isla alguna gente extraña, no descubrirían la existencia en aquel paraje de ninguna habitación. Aquellos cuidados míos fueron un pensamiento excelente, como se verá más adelante.

Todos los días, si un temporal de aguas no me lo impedía, iba a cazar al bosque, donde a menudo hacía importantes descubrimientos. Encontré una especie de palomas silvestres que no anidaban en los árboles, como las torcaces, sino en los huecos de las peñas, como las domésticas. Cogí algunos pichoncitos para domesticarlos, y lo conseguí; pero luego que crecían, echaban a volar y no volvían más, quizás porque no les daba de comer, pues no tenía qué darles; sin embargo, descubría muchos nidos, de los cuales tomaba los pichones, que eran un bocado exquisito y delicado.

A medida que iba proporcionándome comodidades, conocía que me faltaban multitud de cosas cuya construcción me parecía imposible llevar a cumplido término, como, por ejemplo, hacer un tonel y ponerle aros. Aunque tenía dos barriles, nunca pude construir ninguno igual, por más esfuerzos y tiempo que empleé para conseguirlo; no podía poner los suelos, ni unir las duelas con bastante perfección para que el agua no se saliera, y en su vista abandoné este proyecto.

Otra cosa muy esencial me faltaba: la luz, falta insoportable para mí, porque me veía precisado a acostarme irremisiblemente al anochecer. Entonces me acordé de aquel gran pedazo de cera que poseía cuando escapé de la esclavitud en Africa. El único medio de satisfacer aquella necesidad fué conservar toda la grasa de las cabras o llamas que cazaba; luego hice un platillo de tierra arcillosa y lo puse a secar al sol; finalmente traté de arreglar una mecha de hilo de filástica, con todo lo cual obtuve una especie de candil.



CAPITULO XI

EMOCIONES DEL POBRE ROBINSÓN

DURANTE la ejecución de los trabajos que van indicados hallé cierto día un saco, que había sacado del naufragado barco, donde había servido para guardar el grano que se destinaba a las aves, no en aquel último viaje, sino en el que el buque hizo saliendo de Lisboa.

Como es de suponer, los pocos granos de cebada que aun quedaban estaban descascarillados y casi convertidos en polvo.

Necesité el saco para meter la pólvora cuando me propuse guardarla en paquetes, y al efecto lo sacudí al pie del peñasco, al lado de la estacada. Luego sobrevinieron las grandes lluvias de que ya he hecho mención. No me acordaba ya de haber echado nada en aquel paraje, cuando cerca de un mes más tarde vi que asomaban en la superficie de la tierra algunos tallos. Al principio los tuve por plantas desconocidas; pero mi admiración llegó al colmo cuando al cabo de algún tiempo noté que brotaban diez o doce espigas de cebada que no era aventajada por la mejor del continente europeo.

Es ocioso manifestar que tuve cuidado de recoger el grano a su debido tiempo, que era a últimos de Julio, y guardando mi pequeña cosecha resolví sembrarla toda entera con las esperanzas de hacer algún día una recolección suficiente para proveerme de pan para todo el año, cosa que intenté cuatro veces sin haberlo conseguido. El grano que sembré la primera vez se perdió

casi todo por haber hecho la siembra durante la estación que no llovió, lo cual hizo que se malograra y perdiese una gran parte. Además de la cebada había veinte o treinta espigas de arroz, que yo conservaba para el mismo



... Salté la muralla para no ser aplastado por los pedasos de roca...

uso, es decir, para hacer pan o, más bien, otra clase de alimento, porque había encontrado el medio de cocerlo sin necesidad de horno; pero así y todo construí uno después.

Tras un ímprobo trabajo que duró por espacio de tres meses y medio, construí mi fortificación, cerrándola el 14 de Abril. Calculé que para introducirme en el recinto sería mejor una escalera de mano que una puerta, a

fin de que no se percibiera ninguna señal exterior de mi habitación y para que ésta no pudiera ofrecer punto vulnerable.

16 de Abril. — Terminé la escalera mediante la cual pasaba por encima de la estacada, retirándola después en seguida al interior. Mi albergue se hallaba de esta manera completamente cerrado; tenía bastante espacio en el interior y nadie hubiera podido penetrar allí sin escalar la muralla.

Al día siguiente de la conclusión de la pared faltó poco para que todos mis trabajos quedasen destruidos y aun yo mismo hubiera podido perecer. He aquí cómo: trabajaba detrás de mi tienda, a la entrada misma de la cueva, cuando un acontecimiento espantoso me atemorizó: la bóveda de tierra que formaba el techo de la caverna se desplomó de repente; dos de los pilares que había colocado estallaron horriblemente partiéndose en trozos. Quedé lleno de estupor. No conociendo aún la verdadera causa de aquel suceso, creí que toda la cueva se venía abajo. Por miedo de quedar sepultado entre los escombros corrí rápidamente a la escalera, y no considerándome seguro todavía salté la muralla para no ser aplastado por los pedazos de roca que veía suspendidos sobre mi cabeza. Apenas hube puesto el pie en tierra al otro lado de la estacada cuando vi claramente que un horrendo terremoto conmovía la tierra. Tres veces, y con ocho minutos de intervalo, el terreno sobre el cual estaba tembló bajo mis pies; los sacudimientos fueron tan violentos, que los edificios más sólidos no los hubieran resistido. Una gran mole de roca situada cerca del mar cayó con tanto estrépito, que creí quedarme sordo. El Océano mismo, violentamente agitado, presentaba un aspecto tan terrorífico como la tierra.

Fué tal el sobresalto que me causó aquel terrible suceso, que quedé como anonadado y casi moribundo. Las convulsiones subterráneas produjeron en mi estómago el efecto habitual del mareo en las personas no acostumbradas a navegar; pero el ruido causado por la caída del peñasco me volvió a la realidad. Saliendo entonces de mi estado letárgico y de aquella insensibilidad extraña dirigí la vista alrededor de mí y advertí con horror que la montaña estaba próxima a desplomarse sobre mi tienda, amenazando sepultar a la vez todos mis recursos. De nuevo perdí el sentido, pero por fin, no habiendo seguido a las tres sacudidas ninguna otra, empecé a recobrar el valor, sin atreverme, no obstante, a franquear la empalizada, por miedo a ser enterrado vivo. Me quedé inmóvil, sentado en el suelo, abatido y sin saber qué hacer.

Mientras estaba acostado en el suelo, el tiempo tornóse tempestuoso y sombrío; poco después el viento ganó en velocidad y llegó a ser tan violento, que en menos de media hora se formó una horrorosa tempestad. El mar, blanco de espuma y con olas de color terroso, cubrió bien pronto la playa; los árboles fueron arrancados de raíz; en una palabra, era un huracán terrible. Duró cerca de tres horas, al cabo de las cuales sobrevino la calma, y con ella abundantísima lluvia.

Permanecía aún sentado en el suelo, tembloroso y agitado, cuando a mi imaginación acudió repentina idea: "El viento y la lluvia — me dije — manifiestan que ya no se repetirá por ahora el temblor de tierra; puedo, pues, atreverme a volver a mi habitación." Un poco animado por esta reflexión,

salté la empalizada y fui a sentarme a la tienda; pero, ahuyentado de aquel paraje por los torrentes de agua que amenazaban destruirlo, me refugié en la cueva, temiendo también que se desplomara sobre mí.

Aquella especie de diluvio me obligó a construir un canalito en medio de la fortificación, con el objeto de dar vertiente a las aguas, que, a no ser así, hubieran inundado mi albergue. Después de haber permanecido algunos instantes en la bodega sin percibir nuevos sacudimientos, empecé a recobrar la tranquilidad; me dirigí a tomar un poco de ron, el cual economizaba mucho, sabiendo que no podría reemplazarlo cuando se concluyera. Toda la noche y parte del día inmediato llovió de tal modo, que me fué imposible poner el pie fuera de la morada; más calmado entonces, empecé a reflexionar qué partido debía adoptar. He aquí cuál fué mi decisión: estando la isla sujeta a temblores de tierra, no debía establecer mi residencia en una cueva; convenía construir una cabaña en lugar descubierto y circuiria con una muralla parecida a la que tenía mi casa entonces. Estaba convencido de que si continuaba en la cueva, un día u otro llegaría a ser mi tumba. Con esta idea resolví llevar a otra parte mi tienda, pues encontrándose entonces debajo de un peñasco podía ser sepultada al primer terremoto que ocurriese. Empleé los días 19 y 20 de Abril en calcular adónde trasladaría mi morada. El temor de ser enterrado vivo me impedía dormir tranquilo; por otro lado, no me atrevía a acostarme fuera del recinto de la empalizada, sin ninguna clase de defensa. Finalmente, cuando consideraba el orden que reinaba en mi cueva y cuán agradable y seguro era aquel retiro, retrocedía ante la idea de mudar de habitación. Pensé también que necesitaba mucho tiempo para rehacerlo todo; por lo demás, cualesquiera que fuesen los peligros, me veía obligado a quedarme donde estaba hasta tanto que hubiese construido un albergue más conveniente. Esta determinación calmó por algún tiempo mis inquietudes y temores; pero resolví construir a toda prisa una muralla circular con maderos y cables, como había hecho la primera vez, y armar mi tienda cuando aquélla estuviese concluída, aguardando para mudarme a que todo estuviera terminado y bien dispuesto. Era entonces el día 21 de Abril.

22 de Abril. — Desde por la mañana estuve pensando en los medios de poner mi proyecto en ejecución; pero me faltaban las herramientas. Tenía tres hachas y una multitud de pequeñas hachuelas (habíamos embarcado una gran provisión para comerciar con los indios); mas estos instrumentos, a fuerza de cortar madera dura y nudosa, tenían el filo mellado y embotado. En verdad que poseía una piedra de afilar, pero no sabía cómo hacerle dar vueltas para poner las herramientas en buen estado. Este problema me hizo reflexionar tanto tiempo como a un hombre de Estado una cuestión política y a un juez una sentencia de vida o muerte. Al fin, imaginé un medio con el cual, atando al manubrio o manecilla una cuerdecita, pondría la piedra en movimiento con el pie, quedándome las dos manos libres.

Nota. — Yo no había visto nada semejante en Inglaterra, aunque este mecanismo, por lo que he notado después, era muy común. Como mi piedra era grande y pesada, me costó trabajar una semana entera para poder ponerla en estado de manejarla y hacer uso de ella.

28 y 29 de Abril. — Empleé estos días en afilar las herramientas; el mecanismo que había conseguido inventar funcionaba con muy buen resultado.

30 de Abril. — Vi que la provisión de galleta disminuía considerablemente, y me reduje a comer una por día.

1.º de Mayo. — Mirando a la playa vi, al tiempo del reflujo una cosa bastante grande que se asemejaba a un tonel. Habiéndome acercado, divisé un pequeño barril y algunos restos del buque que habían sido arrojados a la costa por el último huracán. Dirigiendo la vista hacia el casco de la destrozada embarcación lo vi mucho más fuera del agua que en los días anteriores.

Examiné primeramente el barril: contenía pólvora; pero estaba tan mojada, que no formaba más que una masa compacta y dura como una piedra. Lo conduje rodando bastante lejos y después me adelanté hacia la orilla tanto cuanto me lo permitió el mar, para ver mejor el casco. Cuando estuve cerca, vi que había cambiado completamente de posición. El castillo de proa, enterrado antes en la arena, se hallaba entonces elevado más de seis pies; la popa, separada del resto del buque, se había dividido en varias partes y estaba echada sobre el costado; la arena se había acumulado a tan grande altura por aquel lado de popa que mientras duraba el reflujo se podía llegar a pie adonde antes no se llegaba sino teniendo que nadar un cuarto de milla. Aquel cambio me sorprendió en un principio; mas luego reflexioné que debía de haber sido causado por el terremoto. Con motivo de los sacudimientos, el buque se había roto y desunido más de lo que estaba, y todos los días eran arrojados a la playa multitud de efectos por el viento y la olas.

Esta circunstancia me hizo olvidar enteramente el proyecto de mudar de habitación: mi principal objeto aquel día fué buscar un medio de introducirme en el casco del buque; pero conocí que era impracticable. El interior estaba lleno de arena hasta los bordes. Sin embargo, como la experiencia me había enseñado a no desesperar de nada, traté de arrancar a pedazos lo que pudiera, sabiendo que cada objeto sería para mí un precioso hallazgo de mucha utilidad.

3 de Mayo. — Serré un travesaño que servía, si no me engaño, para unir la ligazón de la popa; después quité toda la arena que pude para descubrir la parte más elevada, pero la marea me obligó a suspender aquel trabajo.

4 de Mayo. — Fui a pescar, y disgustado de no haber cogido ningún pescado que me gustase me preparaba a abandonar el puesto cuando atrapé un pequeño delfín. Había hecho un gran sedal, pero carecía de anzuelos; sin embargo cogía tanto pescado o más del que podía consumir.

5 de Mayo. — Trabajé en el casco; corté otro travesaño; saqué del puente tres tablas grandes de abeto y las até juntas para que la marea alta las llevase a la playa.

6 de Mayo. — Trabajé de nuevo en el casco; arranqué muchas hebillas y hierro viejo. Regresé muy fatigado a mi habitación, tentado de renunciar a aquellas correrías.

7 de Mayo. — Volví al buque sin propósito de trabajar; encontré que el casco se había ensanchado y hundido más a consecuencia, sin duda, de haber arrancado los dos travesaños; muchas piezas parecía que iban a desunirse,

y la cala estaba de tal modo abierta que se veía todo el interior: estaba llena de arena y de agua

8 de Mayo. — Fui al buque con una palanca de hierro, pues tenía la



Bajé a la playa y encontré una gran tortuga, la primera que había visto en la isla.

intención de desbaratar el puente, desembarazado ya de agua y arena; quité dos tablas, que fueron arrastradas por el flujo, y dejé allí la palanca para el día siguiente.

9 de Mayo. — Me dirigí al barco y con la ayuda de la palanca hice una

abertura en el costado del casco, descubriendo muchos toneles que removí sin poder desfondarlos. Vi igualmente un gran rollo de plomo de Inglaterra. Llegué a levantarlo, pero era demasiado pesado para que pudiera sacarlo yo solo con facilidad.

Desde el 10 al 14 de Mayo. — Visité todos estos días el buque y saqué muchas duelas, un gran número de tablas y cerca de trescientas libras de hierro.

15 de Mayo. — Llevé dos hachas pequeñas para ver si podía cortar un pedazo de plomo aplicando a éste el filo de la una y pegándole con la otra; pero como el rollo estaba pie y medio bajo el agua me fué imposible lograr mi objeto.

16 de Mayo. — Toda la noche reinó un viento muy fuerte y el casco me pareció que estaba mucho más resentido; pero me detuve tanto tiempo en el bosque cazando palomas, que no pude llegar a la hora de la baja marea.

17 de Mayo. — Habiendo divisado algunos restos que habían sido lanzados a tierra fuí a ver lo que podía ser: era una pieza de la proa, demasiado pesada para que pudiese transportarla.

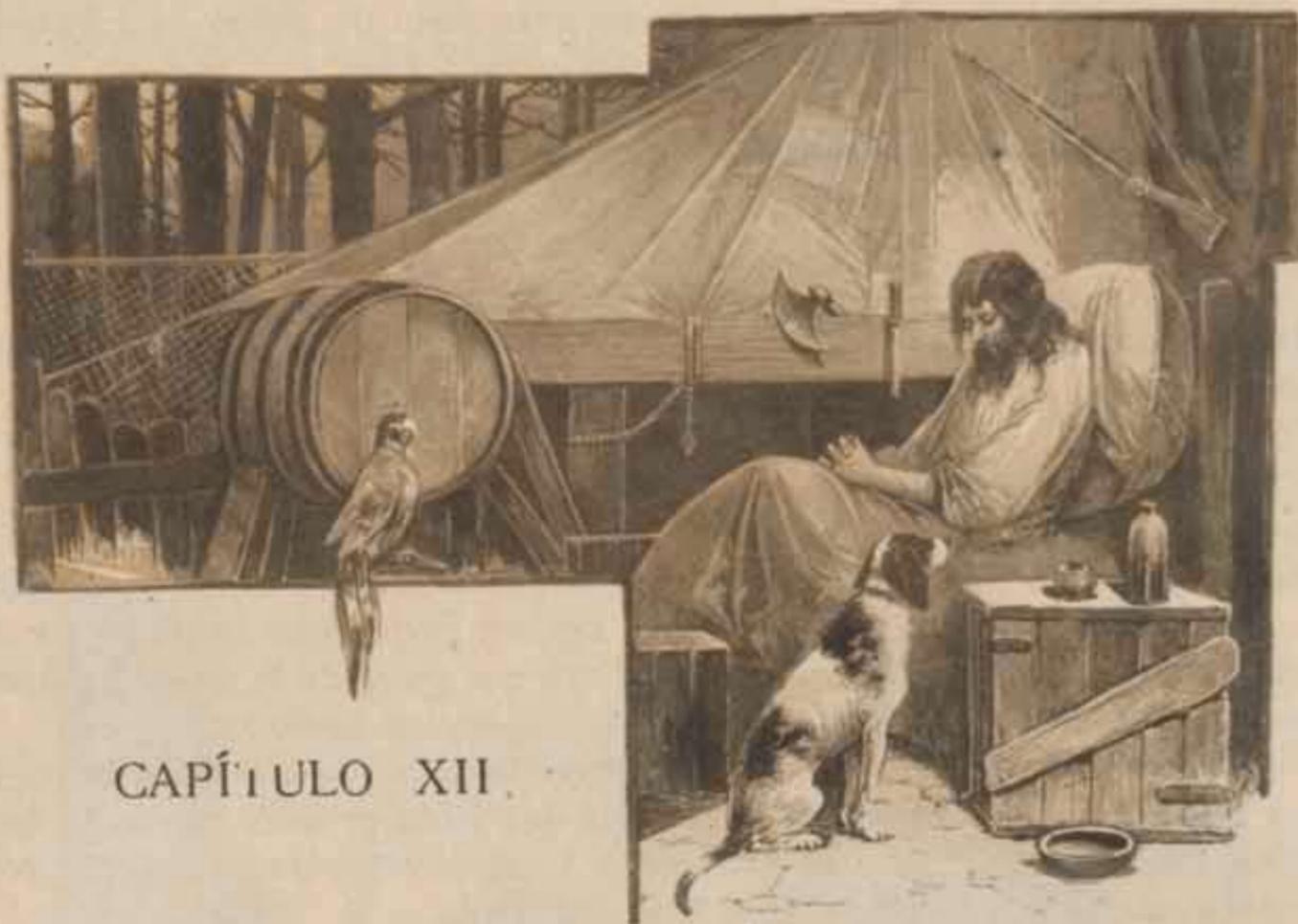
24 de Mayo. — Todos los días que precedieron a éste, trabajé en el buque y manejé tan perfectamente la palanca que en la primera marea vi flotar muchos toneles y dos arcas de marineros. Desgraciadamente, el viento venía de tierra; de modo que nada llegó este día a ella.

Hasta el 15 de Junio continué el mismo trabajo. Ocupábame en esto durante el flujo a fin de estar pronto a partir en el momento de empezar el reflujo.

De esta manera había reunido duelas, tablones y hierro suficiente para construir una lancha, si hubiera sabido hacerla; había sacado en muchos viajes, y casi pedazo a pedazo, cerca de cien libras de plomo.

16 de Junio. — Bajé a la playa y encontré una gran tortuga, la primera que había visto en la isla; pero es necesario atribuirlo más bien a mi mala estrella que no a ser raras en aquella costa, pues luego vi que hubiera bastado ir al otro lado de la referida costa para encontrarlas todos los días a centenares.

17 de Junio. — Empleé todo el día en cocer la tortuga, dentro de la cual encontré sesenta huevos. Su carne me pareció la más sabrosa y delicada que había comido en mi vida, porque desde mi llegada a aquel país me había visto reducido a la carne de cabra o llama y a la de aves silvestres.



CAPÍTULO XII.

UNA ENFERMEDAD

JUNIO 18. — Estuvo lloviendo todo el día, lo que me impidió salir. El agua que caía estaba tan fría, que me causó una impresión muy viva, pues aun no había experimentado el frío en aquella región.

19 de Junio. — Me sentí bastante mal: comenzaba a tiritar como si hiciese mucho frío.

20 de Junio. — No pude dormir en toda la noche y sufrí grandes dolores de cabeza acompañados de un poco de calentura.

21 de Junio. — Caí enfermo y me aterrorizó en extremo verme en situación tan triste, sin tener ningún recurso ni socorro.

22 de Junio. — Me sentí un poco aliviado, pero temiendo siempre una enfermedad grave.

23 de Junio. — Caí de nuevo enfermo, siendo acometido de calofríos, estremecimientos y un violento e incesante dolor de cabeza.

24 de Junio. — Me sentí mejor.

25 de Junio. — Experimenté una fuerte calentura; el acceso me duró siete horas con intervalos de frío y calor, terminando por un copioso sudor que me debilitó en extremo.

26 de Junio. — Me sentí mejor, y como no tenía viveres salí con la escopeta. Aunque muy débil, maté una llama, que arrastré con sumo trabajo a mi habitación; asé algunos pedazos, que comí. Hubiera deseado comerlos cocidos; pero no fué posible, porque no tenía ninguna olla.

27 de junio. — La calentura se hizo más violenta; me vi obligado a guardar cama todo el día, sin comer ni beber. Aunque me moría de sed, estaba tan débil, que no tenía fuerzas para levantarme e ir en busca de agua.

28 de Junio. — Desperté muy aliviado por un largo sueño y casi limpio de calentura, me levanté. Reflexioné que la calentura podría volver al día siguiente y que era preciso aprovechar la mejoría para proporcionarme algún sustento. Lo primero que hice fué llenar de agua una gran botella y ponerla sobre la mesa al lado de la cama; después, para quitar al agua la crudeza, le eché un poquito de ron. Tomando después un pedazo de carne de llama lo puse sobre las ascuas; pero no pude comer más que un poco. Luego salí, aunque muy débil y lleno de tristeza, temiendo recaer en mi enfermedad. Por la noche, para cenar, asé tres huevos de tortuga, que comí con regular apetito. Después de haberme alimentado traté de darme un paseo; pero estaba tan débil que apenas podía sostener la escopeta, sin la cual nunca salía.

Así anduve un corto trecho; fuí a sentarme en la arena y estuve un rato contemplando el mar, en aquel instante sosegado y tranquilo.

Me levanté triste y pensativo y me dirigí a mi albergue. Subí la escalera con intención de acostarme al instante; pero no sentía ningún deseo de dormir; así, pues, me senté en una silla y encendí la luz porque empezaba a oscurecer. Entonces comenzó a preocuparme el temor de que me acometiera de nuevo la calentura, y recordé que los brasileños no empleaban en sus enfermedades otro remedio que el tabaco. Por suerte, tenía en un arca un rollo de tabaco torcido y me dirigí al arca. La abrí y desde luego encontré el tabaco. Cogí el tabaco y lo puse sobre la mesa. No sabía cómo usaría aquel medicamento ni si me convendría entonces; pero resolví emplearlo de diferentes maneras convencido de que alguna de ellas me sería provechosa. Tomé una hoja y la masqué, lo que me embotó los sentidos, porque el tabaco era verde y muy fuerte; luego lo puse en infusión con ron por espacio de una o dos horas para beber una pequeña dosis de esta poción al acostarme, y, por último, eché hojas en la lumbre, aspirando el humo tanto tiempo como pude soportarlo.

Ya tarde, me quedé dormido. Dejé encendida la luz previendo el caso de que tuviera necesidad de alguna cosa durante la noche. No desperté hasta el día siguiente a las tres de la tarde, y aun me inclino a creer que dormí todo el día y toda la noche siguientes, pues de otra manera no sabría explicar el olvido de un día en la cuenta que llevaba de las semanas, como reconocí después. Si había cometido un error dejando de hacer una raya, no fué un día solamente. Fuese lo que fuese, cuando desperté me encontré muy aliviado. Puesto en pie me sentí más fortalecido, con el estómago mejor dispuesto y con buenas ganas de comer, en una palabra: al día siguiente no tuve ya ningún acceso y me sentía mejorado en extremo. Esta mejoría la experimenté el 20 de Junio.

30 de Junio. — Salí con la escopeta, sin prolongar demasiado lejos mi excursión. Maté dos o tres aves marinas parecidas a los ánades y las llevé a mi morada; mas aun no me atrevía a comer y me contentaba con huevos de tortuga que eran muy gratos al paladar. Por la tarde tomé una nueva dosis de la infusión de ron y tabaco, a la cual atribuí el alivio que había experimen-

raa; sólo que no bebí en tanta cantidad y me abstuve de mascar tabaco y de emplear la fumigación. Sin embargo, al día siguiente, que era 1.º de Julio, no me hallé tan bien como esperaba: sufrí algunos pequeños calofríos.



Maté dos o tres aves maritimas parecidas a los anades...

2 de Julio. — Volví a tomar mi desagradable medicamento tres veces y me lo administré como la primera vez, pero doblando la dosis.

3 de Julio. — La calentura desapareció del todo a pesar de que no recobré completamente las fuerzas hasta después de mucho tiempo.



CAPITULO XIII

ROBINSÓN RECORRE LA ISLA

DESDE el 4 hasta el 14 de Julio mi ocupación consistió principalmente en dar, con la escopeta al hombro, frecuentes pero cortos paseos, según conviene a un convaleciente que quiere restablecerse. A la verdad, sería imposible imaginar lo débil y flaco que estaba. El remedio empleado quizás no haya curado nunca las calenturas, por cuyo motivo no puedo recomendarlo, pues si por un lado puso término a la enfermedad, por otro contribuyó a debilitarme extremadamente y me tuvo sujeto por algún tiempo a irritaciones y estremecimientos nerviosos.

Haría como diez meses que habitaba la isla, y había desaparecido toda esperanza de salir de ella; creía firmemente que ninguna criatura humana había pisado aquellos lugares. A mi parecer, mi morada se encontraba entonces a salvo de todo ataque; tenía vivísimos deseos de conocer por completo la isla y tratar de descubrir algunas producciones que sin duda debían de serme desconocidas.

Aquel día, 15 de Julio, empecé el reconocimiento, dirigiéndome a la pequeña bahía de que he hablado ya, adonde abordé con mis balsas. Recorrí la ribera y vi que la marea estaba a poco más de dos millas: había en aquel sitio un pequeño riachuelo, cuya agua era dulce y exquisita; pero, como estábamos en verano se puede decir que corría casi seco. En sus orillas se extendían prolongadas sabanas y hermosas praderas cubiertas de césped. En los parajes más elevados, adonde no llegaba nunca el agua, esto es, al pie de las montañas, crecían altos tallos de tabaco, verdes y vigorosos, y otras plantas que me eran desconocidas; busqué el cazabe, con el cual hacen los indios una

especie de pan, y me fué imposible encontrarlo. Vi hermosas plantas de áloe, cuyo uso no conocía entonces, y muchas cañas de azúcar silvestre. Por aquel día me contenté con tales descubrimientos, y atormentaba mi imaginación pensando cómo podría saber la aplicación o aprovechamiento de aquellas plantas; pero nada adelanté con mis reflexiones.

Emprendí el 16 de Julio el mismo camino, y habiendo avanzado un poco más que la víspera vi que el arroyo y las praderas no se extendían por aquel lado, y que la campiña empezaba a estar más poblada de árboles. Encontré en abundancia diferentes especies de frutos, especialmente melones y grandes cepas entrelazadas con los árboles, de las cuales pendían muy hermosos y maduros racimos. Como ya tenía alguna experiencia, comí de aquella fruta con moderación, pues recordaba haber visto en África morir muchos ingleses de calenturas y de disentería por comer uvas sin tino. Encontré también un excelente medio para aprovecharme de aquella fruta: la secaba al sol y hacía una provisión sana y agradable para los meses del año en que no la había fresca.

Pasé toda la tarde en aquel paraje y no volví a mi habitación: por vez primera determiné no acostarme dentro de mi recinto. Por la noche tuve que recurrir a mi antigua idea: me subí a un árbol y dormí profundamente. Al otro día proseguí mi reconocimiento y anduve tanto, que pude abarcar toda la extensión de la llanura. Al fin de la excursión me hallé en un terreno descubierto que parecía inclinarse hacia el Oeste, mientras que un arroyuelo salía serpenteando de una vecina colina y dirigía su curso en sentido opuesto, es decir, hacia el Este. Toda aquella comarca parecía tan fresca, tan verde y tan florida, que se la hubiera podido tomar por un jardín cultivado con esmero en tiempo de primavera. Me interné en aquel delicioso valle, contemplándolo con una especie de placer mezclado de tristes pensamientos. Vi multitud de cocoteros, naranjos y limoneros, todos silvestres y con muy poco fruto, a lo menos durante aquella estación. Cogí algunas cidras, las cuales no solamente tenían un gusto agradable, sino que eran muy sanas; en su consecuencia, mezclé su zumo con agua y preparé una bebida sumamente refrescante y saludable. Traté de coger frutas de aquéllas y llevármelas a mi morada, con objeto de tener provisión para la estación lluviosa que se aproximaba. Hice un gran montón de uvas y otro de cidras y limones; en seguida tomé un poco de cada montón y me encaminé a mi retiro, resuelto a volver con un saco para transportar el resto.

Volví el 19 de Julio con dos pequeños sacos para llevarme mi recolección. Quedé sorprendido al ver las frutas esparcidas por el suelo y roídas la mayor parte. Supuse que habría cerca algunos animales silvestres que habrían hecho aquel estrago; pero ignoraba a qué especie podían pertenecer. Mientras tanto, viéndome en la alternativa de dejar la fruta abandonada o llevármela en el saco, y que en este caso, como había de ir apretada, se aplastaría, y en el otro se destruiría completamente, escogí otro medio: arranqué gran cantidad de racimos y los colgué de las ramas de los árboles, con objeto de que el sol los secase; con respecto a los limones y cidras me llevé tantos como pudieron resistir mis espaldas.

A la vuelta de aquel corto viaje me llenó de admiración la fecundidad

del valle, su buena situación, al abrigo de las tempestades, cerca del río y del bosque, y concluí finalmente, diciendo que el lugar donde había fijado mi habitación era, sin duda, el peor de toda la isla. Mas considerando las cosas



Hice un gran montón de uvas...

desde más cerca, reflexioné que mi antigua morada estaba a la orilla del mar, adonde la suerte podría conducir algunos desgraciados náufragos como yo, y que a pesar de las pocas probabilidades que había de que sucediese, retirarme a los bosques y a las montañas era renunciar a toda esperanza de libertad.

A despecho de mi decisión pasé casi todo el resto del mes de Julio en aquel valle, que tanto me había gustado; formé una especie de jardín, que rodeé de una doble fila de estacas tan alta como pude hacerla y toda llena de maleza. Desde entonces imaginé que poseía una casa en la costa y otra en la campiña.

Acababa de terminar mi cercado y comenzaba a gozar de mi obra cuando vinieron las lluvias y me obligaron a recogerme al amparo de mi antigua residencia. En aquel nuevo cercado también tenía una tienda perfectamente hecha; pero no estaba protegida por una colina contra las tempestades, y no tenía detrás una cueva donde guarecerme en caso de lluvias extraordinarias. Terminado mi jardín a principios de Agosto entré al momento en posesión de sus goces. El 3 de Agosto encontré perfectamente secos los racimos que había colgado de los árboles. Los descolgué, y tuve acierto, porque, de lo contrario, las lluvias que sobrevinieron los hubieran podrido enteramente y las mejores provisiones de invierno me hubieran faltado: tenía más de doscientos racimos. No bien hube acabado de trasladar a mi albergue la última y mayor partida cuando empezó a llover; desde aquel día, que era el 14 de Agosto, llovió continuamente hasta mediados de Octubre; algunas veces el agua caía con tanta fuerza y abundancia que no podía salir de mi cueva por espacio de muchos días seguidos.

Durante tan largo encierro los víveres escasearon, por lo cual me aventuré a salir dos veces: la primera maté una llama; la segunda encontré una gran tortuga, que fué un verdadero regalo para mí. Ordené mi comida de la manera siguiente: desayunaba un gran racimo de uvas; tomaba a la hora de almorzar un pedazo de llama y otro de tortuga, asados, pues por desgracia carecía de vasijas para cocerlos o guisarlos, y para cenar un par de huevos de tortuga.

Mientras duró mi reclusión trabajé dos o tres horas cada día en agrandar mi cueva, y profundizando siempre en el montículo llegué a horadarlo de parte a parte y abrir una salida que estaba fuera de mi recinto.

30 de Septiembre. — Llegó por fin el triste aniversario de mi naufragio; sumé las rayas hechas en el poste o madero, y esta operación me dió por resultado que hacía trescientos sesenta y cinco días que me encontraba en aquellas apartadas regiones.

Después de haber calculado los días por el número de rayas y visto que llevaba un año entero en la isla, dividí este año en semanas y tomé el séptimo día para domingo; al fin de la cuenta encontré, sin embargo, una equivocación de dos días.

Poco tiempo después mi tinta empezó a agotarse; la economicé muchísimo y me limité a consignar únicamente los sucesos más notables de mi vida, en lugar de escribir un diario en el cual aparecieran igualmente las cosas de importancia y las que carecían de interés.

Había observado el curso regular de cada estación, lluviosa o seca; había aprendido a preverlas y a tomar las precauciones necesarias; pero aquel estudio me costó caro, y lo que voy a referir es una de las pruebas que más me desanimaron. He dicho ya que había guardado una escasa porción de cebada y el arroz, que habían germinado de un modo casi milagroso.

Robinson Crusoe

Poco más o menos tendría unas treinta espigas de arroz y unas veinte de cebada. Pensé que pasada la estación de las lluvias sería llegado el momento propicio para sembrar, entrando el Sol en el solsticio de verano y alejándose



... donde me ocupé durante la estación siguiente en hacer infinidad de cestas.

de mí. Cavé, pues, del mejor modo que pude y supe, con mi azadón de madera, un pedazo de terreno, en el cual hice dos divisiones y comencé a sembrar el grano. Afortunadamente, cuando con mayor entusiasmo hacía la operación se me ocurrió que sería conveniente no sembrarlo todo de una vez, pues ignorando la estación más apropiada para la siembra podía derrochar en vano la semilla; no aventuré, pues, más que las dos terceras partes del

grano, reservando poco más de un puñado de cada especie. Fué una sabia precaución; de todo lo que había sembrado ni un solo grano salió, porque durante los meses siguientes, que formaban parte de la estación seca, hallándose la tierra privada de agua faltó la humedad necesaria para que germinara la semilla. Nada, pues, salió entonces; pero cuando vino la estación lluviosa vi crecer aquellos granos como si acabara de sembrarlos.

En vista de que mi primera siembra había tenido éxito poco lisonjero, y comprendiendo que la sequedad era la sola causa, busqué un terreno húmedo para hacer un segundo ensayo. Cavé un pedazo de terreno próximo a mi nuevo cercado y sembré el resto del grano en el mes de Febrero, un poco antes del equinoccio de primavera. Aquella siembra, humedecida con las aguas de Marzo y Abril, fué oportuna y, por tanto, dió muy buena cosecha; pero como había empleado no más que una parte de la semilla que tenía de reserva, no queriendo aventurarla toda, no logré sino mediana recolección, cerca de un celemín, la mitad de arroz y la mitad de cebada. Por lo demás aquella prueba me había hecho muy experto en la materia; sabía ya cuanto era necesario para sembrar y había descubierto que podía hacer en el año dos siembras y dos recolecciones.

Al par que mi cebada crecía, hice un descubrimiento que después me fué de mucha utilidad. Luego que pasaron las lluvias y que el tiempo se puso bueno, que fué hacia el mes de Noviembre, hice una correría por la campiña. No sólo la doble empalizada que había construído se conservaba en buen estado sino que también las estacas que había cortado de algunos árboles cercanos habían echado largas ramas, como hubiera podido suceder con los sauces que de nuevo se hubiesen podado. Ignoro el nombre de los árboles que me habían suministrado las estacas. Sorprendido y encantado de ver la rapidez con que habían crecido aquellas verdes plantas las podé lo mejor que me fué posible. No puedo dar una idea de su belleza al cabo de tres años; aunque el nuevo cercado tenía cerca de veinticinco varas de diámetro, aquellos árboles, pues ya podía aplicárseles entonces este nombre, daban una sombra bastante espesa para guarecerse durante la época de los calores.

Aquella circunstancia me decidió a cortar otras estacas para establecer una hilera en semicírculo, alrededor de mi primera habitación. Ejecuté al punto el proyecto, plantando a la distancia de ocho varas de la antigua empalizada una doble fila de estacas, que llegaron bien pronto a ser árboles y formaron una especie de techo de follaje para mi habitación, sirviéndome también de defensa, como se verá a su tiempo.

Vi entonces que las estaciones del año podían dividirse en general, no en invierno y estío como en Europa, sino en estaciones lluviosas y secas que venían a sucederse del siguiente modo:

R o b i n s ó n C r u s o é

Segunda mitad de Febrero	}	Estación lluviosa por estar el Sol en el equinoccio o próximo a él.
Marzo		
Primera mitad de Abril		
Segunda mitad de Abril	}	Estación seca por hallarse el Sol al Norte de la línea equinoccial.
Mayo.		
Junio.		
Julio		
Primera mitad de Agosto		
Segunda mitad de Agosto	}	Estación lluviosa por el retroceso del Sol a la línea.
Septiembre.		
Primera quincena de Octubre		
Segunda mitad de Octubre	}	Estación seca por encontrarse el astro al Mediodía de la línea.
Noviembre		
Diciembre		
Enero.		
Primera mitad de Febrero		

Las estaciones lluviosas prolongaban su duración más o menos según la dirección del viento dominante.

No se crea que durante aquel tiempo estuviera ocioso en mi retiro; aún tenía bastantes cosas en qué ocuparme, pues me faltaban multitud de objetos que no podía proporcionarme sino por medio de un trabajo pesado y de una perseverancia continua. Por ejemplo: hice diversos ensayos para fabricar una canasta; pero las pequeñas ramas que empleaba se quebraban con tanta facilidad que no pude lograrlo. Fué una gran dicha para mí el haber frecuentado en mi infancia la tienda de un cestero que vivía en la ciudad donde residía mi padre; me gustaba ver cómo tejía su obra, y como los niños siempre están prontos a prestar servicios cuando no son obligatorios, pude observar su trabajo, habiéndolo hecho yo también algunas veces, por cuya razón me era conocida casi toda la práctica del oficio. Unicamente me faltaban los materiales; pero reflexioné que los nuevos vástagos de los árboles cuyas estacas había cortado podrían tener la flexibilidad del mimbre o del sauce, y resolví probarlo.

En su consecuencia, al otro día fui a la que llamaré mi granja, corté algunas pequeñas ramas y las encontré tales como yo las deseaba. Entonces volví con un hacha para cortar una cantidad considerable. Las puse a secar y luego que estuvieron en disposición de poder trabajarlas las conduje a la bodega, donde me ocupé en la estación siguiente en hacer infinidad de cestas. Estas canastas o cestos no tenían buena forma a primera vista, pero me eran muy útiles; así, tuve cuidado de que nunca me faltasen, y a medida que iban haciéndose viejos con el uso, los renovaba. Procuré, sobre todo, que fueran fuertes y hondos para que me hicieran el oficio de sacos si llegaba a cosechar mucho grano.

Estas eran mis ocupaciones de verano; ya ponía algunas empalizadas, ya trabajaba de cestero, cuando una nueva ocupación me separó de aquellas por tiempo mucho más prolongado del que yo podía imaginar.



CAPÍTULO XIV

NUEVA EXCURSIÓN POR LA ISLA

ANTES he dicho que tenía grandes deseos de recorrer toda la isla. Había visitado hasta el valle donde estaba mi jardín. Desde allí había divisado el mar al otro lado de la isla; quise ir hasta allá. Tomando la escopeta y el hacha y llevando al perro partí después de haber puesto en el morral mayor cantidad de pólvora y plomo de lo que tenía por costumbre, y algunas provisiones. Cuando hube atravesado todo el valle, descubrí el mar a la parte del Oeste, y como hacía un día muy claro vi distintamente la tierra. No podía asegurar si aquello era una isla o un continente; veía que estaba muy elevada, extendiéndose del Este al Oeste Suroeste, pero a una distancia muy considerable. Ignoraba qué comarca era aquélla; pero supuse que formaba parte de América, y que probablemente estaría habitada por salvajes, de manera que aquel descubrimiento no influyó en mi reposo ni atormentó mi espíritu con deseos inútiles de ir a reconocer aquel país.

Por otra parte, me decía, si aquella lejana costa forma parte de las colonias españolas en América, algún día podré divisar un barco. Si, por el contrario, la tierra que divisaba pertenecía a la costa que se extiende entre aquellas colonias y el Brasil, costa habitada por tribus de salvajes los más feroces, caníbales o comedores de hombres que matan y devoran a cuantos caen en su poder, era preferible contemplarla tan lejos.

Haciendo estas reflexiones avanzaba tranquilamente. Vi que aquella

parte de la isla era más pintoresca que la habitada por mí: las praderas estaban llenas de verdor, esmaltadas de flores y sembradas de muchos y frondosos árboles. Vi dos papagayos y sentí grandes deseos de coger uno para domesticarle y hacerle hablar. Pude, no sin trabajo, apoderarme del más joven aturdiéndole de un palo; lo recogí, y después de haberle hecho volver en sí me lo llevé a mi albergue. Algunos años pasaron antes de que pudiese hacerle hablar; pero por fin le enseñé a llamarme por mi nombre de una manera enteramente familiar. El incidente que de esto resultó después, divertirá a los que lean estas aventuras.

Durante el viaje no hice nunca más de dos millas por día en línea recta; pero daba tantos rodeos para ir en busca de descubrimientos, que llegaba extraordinariamente fatigado al lugar que escogía para pasar la noche. Entonces o trepaba a un árbol o me acostaba en el suelo, clavando una hilera de estacas de un árbol a otro, de modo que ninguna fiera pudiese llegar hasta mí sin despertarme.

Cuando llegué a la orilla opuesta me ratifiqué en la idea de que había escogido para vivir el peor sitio de la isla. La parte que habitaba no me había provisto más que de tres tortugas en año y medio, mientras que la que recorría entonces estaba llena de ellas. Había también pájaros de distintas especies, siéndome unos conocidos, otros no, y la mayor parte exquisitos para comer; pero no conocía el nombre de ninguno, a excepción de las gaviotas. Hubiera podido matar cuantos hubiese querido si no tratara de economizar mis municiones; pero prefería matar una llama, que me era de más provecho. Aunque las llamas eran más abundantes en aquel lado de la isla resultaba más difícil acercarse a ellas.

Continué mi ruta hacia el Este, a lo largo de la playa, durante el espacio de unas doce millas. Después, clavé un gran madero en la ribera y traté de regresar a mi morada, con la intención de volver en el próximo por el otro lado de la isla, al Este de mi habitación y encontrar allí la señal que había puesto.

Para regresar seguí otro camino que aquel por donde había ido, creyendo que podría, al mismo tiempo que visitaba la isla, encontrar la dirección de mi albergue. Me engañé, a pesar de todo, en aquel cálculo; apenas hube andado dos o tres millas, cuando me vi en medio de un valle espacioso, rodeado de colinas tan pobladas de árboles, que sólo la altura del Sol podría indicarme la dirección que seguía; pero el cielo se cubrió de repente y quedó muy sombrío durante los tres o cuatro días que permanecí en aquel valle.

No pudiendo ver el Sol anduve errante hasta que hallé la orilla del mar. Allí encontré el madero que me indicó el camino por donde había ido; entonces me fué fácil volver a mi habitación, a pequeñas jornadas a causa del calor, que era excesivo, como también del peso enorme de mi escopeta, municiones, hacha y demás objetos.

En aquella ocasión mi perro sorprendió a una pequeña llama y la cogió. La socorrí con la mayor presteza, pues deseaba vivamente transportarla a mi morada. Muchas veces había pensado en el medio de apoderarme de un par de aquellos animales jóvenes para criarlos y formar un rebaño que me sirviera de alimento cuando la pólvora se hubiese concluído.

Hice un collar para el animal, y por medio de una cuerda, de la cual iba provisto, pude, no sin trabajo, conducirlo a mi nuevo cercado, donde le encerré, para volverme después, porque ya me parecía que tardaba mucho



... mi perro sorprendió a una pequeña llama y la cogió.

en volver a mi albergue después de un mes de ausencia. Es imposible figurarse la satisfacción que experimenté cuando volví a mi cueva y me acosté en la hamaca. El viaje que acababa de hacer, durante el cual no tuve una mansión segura, había sido tan abundante en contrariedades, que mi antigua casa me pareció un alojamiento perfecto donde nada faltaba.

Robinson Crusoe

Pasé una semana entera en reponerme de aquella larga caminata, y durante este tiempo me ocupé en la importante tarea de fabricar una jaula para el papagayo, que empezaba a domesticarse. Me acordé en seguida de



... escogía un árbol grueso; necesitaba tres días para cortarlo...

la pobre llama que había encerrado en mi cercado, y la encontré medio muerta de hambre. Le di de comer algunas ramas de arbusto; después la até nuevamente y me la llevé. El hambre la había vuelto tan dócil, que me siguió como un perro. Continué dándole yo mismo de comer, y se hizo tan hermosa, cariñosa y mansa, que nunca quiso abandonarme, llegando a ser uno de los principales miembros de aquel grupo de animales que con su compañía hacían más agradable mi existencia.

En tal estado me hallaba al comenzar el tercer año de mi estancia en la isla; y aunque no quiera seguir fatigando al lector con la relación de mis trabajos, es preciso, no obstante, que sepa que rara vez estaba ocioso. Había dividido con regularidad el tiempo para todas mis ocupaciones: el ejercicio de la caza, con el objeto de proporcionarme alimento, me ocupaba cerca de tres horas por la mañana, cuando no llovía; y la otra parte del día la pasaba en los cuidados domésticos, poniéndolo todo en orden y condimentando mi comida. Rara vez variaba mis horas de caza y de trabajo, ocupándome por la mañana dentro de casa y saliendo por la tarde con mi escopeta.

Al poco tiempo empleado en el trabajo añádase su extremada dificultad y lo largo de su ejecución, que resultaba, en primer lugar, de mi incapacidad, y en segundo, de la falta de elementos; por ejemplo: empleaba cuarenta y dos días en cortar una plancha o tabla larga de madera para mi caverna, mientras que dos aserradores, en medio día y con las herramientas necesarias, hubieran sacado de un solo árbol seis tablas iguales a aquélla.

Me arreglaba del modo siguiente: si la tabla había de ser ancha escogía un árbol grueso; necesitaba tres días para cortarlo y otros dos para limpiarlo; a fuerza de hachazos y tajos, lo cepillaba por ambos lados a fin de que el árbol fuese más ligero para poder moverlo; luego lo alisaba por todas partes e iba poniéndolo perfectamente plano; en fin, como le daba tantas vueltas, llegaba a reducir la pieza a cerca de tres pies de espesor. Júzguese cuán penosa tarea sería todo esto para mí; pero con el trabajo y la paciencia lo conseguía al fin.



CAPÍTULO XV

GRAVES INQUIETUDES

ENCONTRABAME ya en los meses de Noviembre y Diciembre, esperando la recolección de la cebada y del arroz. El terreno que había labrado era pequeño. La cosecha aunciaba ser buena, cuando me vi amenazado de perderla a consecuencia de ataques de diferentes enemigos. Estos fueron en un principio las llamas; después, aquéllos a quienes llamaba liebres. Como les gustaba aquella hierba, se la comían a medida que crecía y la espiga no llegaba a formarse. No había otro remedio que cercar el campo; me bastaron unas tres semanas para hacerlo de una manera conveniente. Además tuve el cuidado de colocar de centinela durante la noche a mi perro, que, pegado a la puerta, no cesaba de ladrar. Bien pronto los enemigos evacuaron el sitio, y mi sembrado, empezó a sazonar.

Mas si las bestias habían procurado comerse la hierba, los pájaros intentaron dejar las espigas sin grano. Un día que fui a visitar mi cosecha vi el campo rodeado por una multitud de pájaros de todas clases. Hice fuego pues nunca salía sin mi escopeta, y no bien salió el tiro cuando se levantó una nube de ellos que hasta entonces no había visto, porque estaban escondidos entre la misma sementera. Aquello fué para mí un espectáculo doloroso en extremo, pues en pocos días habrían destruído todas mis esperanzas sobre la futura cosecha. Resolví, hacer cuanto me fuera posible para salvar mi sembrado. Antes de todo quise reconocer los daños. Había, a la verdad, bastante

grano perdido; pero no tanto, sin embargo, como yo temía. Las espigas estaban aún verdes para que hubiesen podido sufrir mucho; la pérdida pues,



... velé toda la noche para evitar que se enfriasen repentinamente.

no era muy grande, y lo que quedaba podía ser suficiente para darme una buena cosecha si llegaba a conservarse.

Me detuve algunos momentos para cargar mi escopeta, después de lo cual me fué fácil, avanzando un poco, ver a los ladronzuelos emboscados entre los árboles de los alrededores como si acechasen mi partida. El suceso que siguió me convenció de que había adivinado sus proyectos, pues habiendo

dado algunos paseos con intención de alejarme, en cuanto hube desaparecido, salieron de los árboles y fueron a posarse en el sembrado. Estaba de tal manera irritado, que no esperé a que bajasen todos. Poniéndome muy cerca de la empalizada, hice fuego y quedaron tres pájaros muertos en el campo. Satisfecho de mi venganza, me apresuré a recogerlos, y a fin de que el castigo fuese ejemplar, los colgué de un árbol cercano. No es creíble el efecto que produjo aquella medida; no sólo no volvieron a mi campo, sino que además abandonaron aquella parte de la isla, y no volví a verlos nunca en los alrededores durante todo el tiempo que estuvieron los muertos de muestra. Hice mi recolección a fines de Diciembre, que en aquel clima es el tiempo a propósito, lo que reconocí por el estado de las espigas.

Antes de empezar la operación no sabía con qué instrumento reemplazar la hoz. Resolví fabricar una lo mejor que pudiera con uno de los sables que había encontrado entre las armas de nuestro buque y como mi cosecha era tan pequeña, pude recogerla muy fácilmente. Arrancaba solo las espigas, y las colocaba en un gran cesto, para desgranarlas con las manos. Concluida la recolección, encontré que el medio celemin de arroz que había sembrado me había producido cerca de dos fanegas, y dos y media, aproximadamente, el de cebada.

Hasta que el trigo se convirtió en hierba, luego en espigas, y, finalmente, sazonó, ¡cuántos cuidados me fueron necesarios para cercarlo, preservarlo, segar, secarlo, transportarlo, trillar, aventarlo y guardarlo! No era esto todo; necesitaba un molino para moler el grano, un tamiz para la harina, sal para sazonarla, levadura para producir la fermentación y, finalmente, un horno para cocer el pan. Ya se verá cómo llegué a conseguir todo esto.

El grano me proporcionó un bienestar inapreciable y fué para mí un precioso recurso. La falta de instrumentos, según he dicho, hacía mi trabajo más largo y penoso. Por lo demás, no tenía gran importancia esta pérdida del tiempo pues como había resuelto no tocar a mi cosecha presente, tenía seis meses de plazo para idear y construir los utensilios que me hacían falta.

Necesité labrar un terreno mayor, porque tenía ya bastante grano para sembrar más de una fanega; y como no podía preparar de un modo conveniente la tierra sin tener azada, empecé a fabricar una, lo cual me empleó poco menos de una semana. Llegué a desmontar dos pedazos de tierra llana, los más próximos a mi habitación que pude encontrar, y los rodeé con una fuerte empalizada de la misma especie de estacas con que había cercado mi morada y que había arraigado allí.

Distintos objetos, de los cuales hablaré, ocupaban mi tiempo. Cuando las lluvias me retenían en casa, al propio tiempo que trabajaba, me divertía en hablar con mi papagayo, el cual aprendió con la mayor prontitud su nombre, *Poll*, que pronunciaba muy claramente. Fué la primera palabra que oí articular en la isla por boca que no fuera la mía. Sin embargo, esto no era más que una mera distracción comparado con la gran tarea de que voy a hablar. Hacía mucho tiempo que pensaba fabricar algunas vasijas de tierra, de las cuales tenía grande necesidad; pero no sabía cómo conseguirlo. Reflexionando cuán elevada era la temperatura en aquel clima, calculé que si acertaba a encontrar tierra gredosa llegaría a hacer vasijas que, secadas al sol, serían

bastante sólidas para poder trasladarlas de un lado a otro y muy eficaces para preservar de la humedad las provisiones que quisiera encerrar en ellas.

Sería ciertamente cosa digna de risa y de lástima a la vez, la descripción de los modos extraños de que me valí para preparar el barro y las formas caprichosas que dí a mis ensayos, que con frecuencia se quebraban en pedazos, pues la arcilla no era bastante firme para resistir a su propio peso, o bien estallaban por haberlos expuesto con demasiada precipitación a los grandes ardores del sol. ¡Cuántas veces mis vasijas se quebraron porque las empleaba antes de que estuviesen enteramente secas o cuando lo estaban demasiado! A pesar de todo, después de haberme costado un trabajo inmenso encontrar, extraer, amasar y modelar mis materiales, llegué a conseguir, después de dos meses de trabajo, dos cosas de barro de aspecto tan informe, que no me atrevo a llamarlas tinajas. Sin embargo, aquellas dos vasijas estaban bien endurecidas por el sol. Las puse de pie y las coloqué en dos grandes canastos de mimbres que había preparado para este efecto, rellenando con paja de cebada y de arroz el espacio que quedaba entre el cesto y la vasija.

Aunque había tenido mediano resultado, con la fabricación de mis famosas vasijas, me decidí a hacer un gran número de ellas, pero más pequeñas, como igualmente pucheros, platos, cántaros y barreños. En mis manos la arcilla tomaba toda especie de formas, y el ardor del sol le daba una dureza extraordinaria.

Aun no había llegado a mi principal objeto, que era poseer una gran tina que pudiese contener líquidos y ponerse al fuego, porque no tenía ningún otro utensilio propio para prestar este servicio. Algún tiempo después, habiendo encendido una gran fogata para preparar mi comida, encontré al retirar los carbones un pedazo de vidriado perfectamente cocido, duro como la piedra y del color de las tejas. Esto me causó gran satisfacción; reflexioné que las vasijas debían salir enteras, pues que los pedazos separados habían salido tan bien cocidos. Esto me hizo calcular de qué modo podría disponer mi lumbre para cocer las vasijas. No tenía ninguna idea de la construcción de los hornos de que se sirven los alfareros ni del barniz con que revisten su obra. Tomé tres grandes cántaros y tres orzas, colocando debajo ceniza; encendí entonces a su alrededor un gran fuego compuesto de leña, cuyas llamas cubrían los cacharros por todas partes. Mantuve este grado de calor por espacio de cinco o seis horas, al cabo de las cuales uno de los cacharros me pareció, no que estallaba, sino que se derretía; la arena, mezclada con la arcilla, se había deshecho, lo cual hubiera producido el vidrio si hubiese conservado aquella temperatura. Moderé por grados el ardor de la lumbre hasta que las vasijas perdieron el color rojo, y velé toda la noche para evitar que se enfriasen repentinamente. Al otro día por la mañana poseía tres cántaros muy buenos, otras dos orzas tan bien cocidas como podía desear y una tercera que la fusión de la arena había cubierto de un bonito barniz.

Jamás alegría humana igualó a la que yo experimenté viendo que había llegado a fabricar una olla de barro y que podía ponerla al fuego. Apenas tuve la paciencia suficiente para aguardar a que se enfriase; y desde el mo-

mento que lo estuvo, la llené de agua para hacer cocer la carne, en lo cual tuve un éxito feliz.

Lo que yo deseaba después con más anhelo era un mortero para moler mi grano; porque todavía no había trazado el proyecto de fabricar un molino, pues sabía que era una máquina para cuya construcción se necesitaban todos los recursos del arte. Por otra parte, andaba torpe para encontrar alguna cosa que pudiera reemplazarle, y no me sentía con grandes disposiciones para el oficio de cantero. Durante muchos días anduve buscando una piedra que fuese bastante gruesa, para vaciarla en forma de mortero; pero no encontré ninguna. Después de mucho tiempo perdido en buscar la piedra, renuncié a esta idea y tomé partido de escoger en el bosque algún tronco grueso cuya madera fuese dura. Bien pronto lo encontré tal como lo deseaba; lo redondeé por fuera con mi hacha y después lo vacié, no sin mucho trabajo, aplicándole fuego, como hacen los salvajes para construir sus canoas. Habiendo hecho en seguida con palo de hierro la mano del mortero, guardé aquellos efectos así preparados, esperando mi segunda cosecha.

Venía en seguida otro problema: después de tener harina, ¿cómo había de componerme para hacer el pan? No tenía levadura ni medio alguno de proporcionármela. Para el horno me encontraba también bastante apurado. Al fin, imaginé un expediente para reemplazarlo: hice cocer, por el mismo procedimiento que ya había empleado, algunas vasijas de barro muy anchas y poco profundas. Cuando quise cocer el pan empecé por encender una gran lumbre en mi fogón, enlosado con ladrillos cuadrados fabricados a mi manera e igualados a capricho, sin tener en cuenta para nada las reglas de la Geometría. Cuando la leña estaba reducida enteramente a carbón y éste bien encendido, lo extendía sobre el hogar, donde lo dejaba hasta conseguir una elevada temperatura; entonces, después de haber separado los carbones y quitado cuidadosamente la ceniza, colocaba la pasta y la cubría con las vasijas de barro, alrededor de las cuales ponía carbones y rescoldo para concentrar el calor. De esta manera llegué a cocer mis panes tan bien como se pudiera en los mejores hornos del mundo. Creo que el lector no se sorprenderá cuando le diga que todas estas ocupaciones me emplearon la mayor parte del tercer año, si considera que, a más de estos trabajos, pesaba sobre mí la labor del campo y la cosecha.

Mi provisión de cereales había aumentado considerablemente, y tuve necesidad de ensanchar el granero; la cosecha había sido tan abundante, que me dió, a lo menos, veinte fanegas de cebada y otras tantas de arroz.



CAPÍTULO XVI

LA PIRAGUA

EN medio de todas aquellas ocupaciones, no olvidaba el descubrimiento que había hecho de la tierra situada cerca de mi isla; no podía volver los ojos hacia aquella parte sin sentir la tentación de ir a visitarla. Perdí de vista los muchos riesgos y peligros de una empresa tan ardua, particularmente si era descubierto por los salvajes. Sabía, en efecto, que los caribes son antropófagos, y, a juzgar por la latitud en que me hallaba, no debían de estar muy lejos de aquel país. No obstante, todas estas consideraciones, que hubiera debido examinar con atención, y que, en efecto, influyeron luego sobre mi determinación, no se me ocurrieron al principio, pues no pensaba en otra cosa que en pasar a la playa de enfrente.

Entonces hubiera deseado tener a mi joven Xurí y la gran lancha con su vela latina, en la cual había hecho más de quinientas leguas a lo largo de la costa de Africa. Sin detenerme en estas fantasías, fui a ver la chalupa del buque, que después de nuestro naufragio había encallado muy cerca de la orilla. La encontré, poco más o menos, en el mismo sitio; pero la fuerza del viento y de las olas la habían volcado enteramente sobre un banco de arena muy elevado. Si hubiese tenido ayuda, hubiera podido volverla a botar al agua y entonces hubiera sido suficiente para hacer la travesía hasta el Brasil; mas con mis solas fuerzas era tan difícil desencallarla como mover la isla entera.

Sin embargo, fui al bosque a cortar maderos largos para que me sirvieran de palancas y rollos, y los trasladé cerca de la chalupa con intención de probar a desencallarla, no dudando que si lo conseguía me sería fácil, reparándola un poco, ponerla en estado de navegar. No perdoné medio para aquel trabajo infructuoso, en el cual hube de emplear cerca de un mes. Viendo que la debilidad de mis fuerzas me inhabilitaba para volver la lancha, traté de hacer una excavación en la arena debajo de ella, teniendo cuidado de sostenerla en su caída; más, a pesar de todo esto, lejos de conseguir que se deslizara, ni aun llegué a enderezarla. A medida que se desvanecían mis esperanzas por aquel lado, me sentía con más vivos deseos de hacer una excursión al supuesto continente. Pensé en la posibilidad de fabricar con un tronco de árbol una canoa o piragua. La sola idea de la empresa y la certidumbre que tenía de poder realizarla con más facilidad que los indios, porque contaba con recursos suficientes, me inspiraron una alegría vivísima, en medio de la cual me desentendía de todos los inconvenientes que debían oponerse a la ejecución del plan, a pesar de la superioridad de mis medios; tal era, entre otros, por ejemplo, la imposibilidad de transportar y solo la canoa hasta el mar luego que estuviese concluida, obstáculo mucho mayor para mí que la falta de herramientas para los salvajes.

Cuando concebí aquel proyecto obré del modo más insensato que puede imaginarse. Maravillado de idea tan peregrina, sin estar convencido del todo de que sería capaz de llevarla a cabo, porque bien había presentido la dificultad de lanzar al agua mi canoa, di de lado a mis pensamientos, diciéndome: «¡Vamos; estoy seguro de que siempre hallaré un medio de botarla cuando esté hecha!» Corté un cedro tal como el Líbano no suministró ninguno a Salomón para la construcción del templo de Jerusalén; medía en su extremo inferior cinco pies y medio de diámetro, y su largo hasta las ramas era de treinta y dos pies; en aquel punto el diámetro estaba reducido a cuatro pies y once pulgadas. No sin gran esfuerzo eché a tierra aquel coloso; trabajé durante veinte días en cortar el pie, y quince en podar y limpiar su ancha copa; luego necesité un mes para darle la forma de una canoa que pudiera tenerse sobre la quilla; por último empleé unos tres meses en ahuecarla y concluir la. Esta obra la ejecuté sin recurrir al fuego, con un simple martillo y un escoplo, y el ardor que desplegué duró tanto como mi empresa, sin que un momento declinase antes de verme dueño de una hermosa piragua, bastante capaz para contener ventiséis hombres y, por consiguiente, para conducirme con toda mi impedimenta. Cuando concluí aquel trabajo experimenté una alegría indecible; ésta era realmente razonable. ¡Cuántos hachazos me había costado! No me faltaba más que echarla al mar, y de haber podido lograrlo, no hay duda que hubiera intentado el viaje más temerario e increíble que en la vida emprendiera mortal alguno.

Sin embargo, todos mis esfuerzos para conducir la canoa hasta el mar fueron infructuosos, aunque los hice vigorosísimos. No solamente se hallaba a unas sesenta varas del agua, sino que además una colina se elevaba en el camino de la bahía. A pesar de todo, no me desanimé; resolví ahondar la superficie del terreno y establecer de ese modo un plano inclinado. Empecé esta faena, que me costó mucho trabajo, y que de buena gana hubiera per-

donado; pero concluída ya la obra y resuelta la dificultad, me encontré precisamente lo mismo que antes; me era tan imposible mover mi piragua como



Esta obra la ejecuté sin recurrir al fuego, con un simple martillo y un escoplo.

la lancha encallada. Finalmente, medí la longitud del camino y proyecté abrir una ensenada artificial o canal pequeño para conducir el mar hasta la canoa, ya que no podía conducir ésta hasta aquél.

Di comienzo a la obra; pero calculando la anchura y profundidad que había de dar al canal, y que no contaba con otros brazos que los míos, juzgué que necesitaria diez o doce años para concluirlo, porque el terreno

era tan elevado que mi zanja habría de tener a lo menos veinte pies de profundidad por la parte superior. Concluí, pues, bien a mi pesar, por abandonar también aquella tentativa. Esto me causó vivísima aflicción, y reconocí, aunque demasiado tarde, la locura de emprender una obra antes de haber calculado lo que costaría llegar a su ejecución.

Cuando más ocupado estaba en aquella temeraria empresa llegó el cuarto año de mi estancia en la isla. Durante ese tiempo un sinnúmero de cosas habían sido destrozadas por el uso o estaban próximas a inutilizarse. La tinta, según he dicho antes, casi tocaba a su fin: me quedaba muy poca cuando empecé a querer aumentarla echándole agua, y lo hice hasta que llegó a ser tan blanca como el papel. La primera cosa que me faltó, después de la tinta, fué la galleta que había sacado del buque. Sin embargo, la había economizado mucho, contentándome durante más de un año con sólo una galleta por día, y todavía me vi obligado a pasar cerca de otro antes de que pudiese hacer pan de mi cosecha.

Mis ropas también se estropearon. Después de algún tiempo se concluyó el lienzo, y sólo me quedaban algunas camisas ordinarias que había encontrado en los cofres de los marineros; las conservaba cuidadosamente, porque con frecuencia no podía soportar otros vestidos. También había salvado algunos gruesos capotes de marino; pero no podía usarlos porque abrigaban demasiado. A pesar de que los calores eran tan fuertes que ninguna necesidad hubiera tenido de ropa, no podía ir enteramente desnudo aunque estuviera solo, pues no era posible soportar el ardor del sol. Tampoco podía acostumbrarme a salir sin sombrero o gorra. El sol era tan abrasador en aquellas regiones, que sus rayos me producían fuertes dolores nerviosos cuando la llevaba descubierta.

Ya he dicho que guardaba las pieles de todos los animales que mataba y las extendía al sol; algunas no pudieron servirme, pero otras me fueron muy útiles. Lo primero que hice fué una gorra grande, con el pelo por la parte de afuera, a fin de preservarse mejor de la lluvia; y quedé tan contento, que me construí en seguida un traje completo con otras pieles, es decir, una especie de casaca y unos calzones abiertos hasta las rodillas. No pretendo decir que fuese una obra perfectamente concluída; porque si había sido mal carpintero, era todavía peor sastre; más por el cuidado que había tenido de poner el pelo hacia fuera, me encontraba completamente defendido cuando el agua me sorprendía en mis correrías.

En seguida empleé mucho tiempo y trabajo en hacer un quitasol. Había visto el modo de fabricarlos en el Brasil; pero, a pesar del improbable trabajo que puse en la tarea, estuve mucho tiempo sin hacer nada que se pareciese a un paraguas; y cuando creía haber acertado, tuve aún que deshacer dos o tres antes de conseguir lo que deseaba; sin embargo, llegué a hacer uno que correspondió a mis esperanzas. La gran dificultad consistió en poder cerrarlo; porque, sin esto sería preciso llevarlo abierto sin cesar, lo que hubiera sido muy incómodo. Finalmente, hice uno que me pareció bien; estaba cubierto de pieles, con el pelo colocado por debajo; de suerte que me resguardaba de la lluvia, y además me permitía salir en la estación más calurosa.

Ningún otro suceso notable tengo que referir relativo a los cinco años de mi vida en aquella isla. Había emprendido la construcción de una nueva canoa, que al fin terminé; hice una especie de canal de seis pies de anchura



Finalmente, hice uno que me pareció bien...

y cuatro de profundidad, con el objeto de conducirla a un pequeño seno distante media milla. En cuanto a la primera, como no podía llevarla hasta el mar, la dejé abandonada. La segunda vez, aunque el árbol no era tan bueno, estaba separado del mar no más que media milla escasa, por lo cual vi que mi proyecto era practicable y nada pudo distraerme de él. Trabajé durante dos años sin descanso, feliz con sólo pensar que por fin podría entregarme a los placeres de la navegación.



CAPÍTULO XVII

UN VIAJE POR LA COSTA

TERMINADA mi pequeña canoa resolví dar la vuelta a la isla. Había visto una porción de la costa opuesta en mi travesía por tierra, y los descubrimientos que había hecho en aquel pequeño viaje me inspiraban grandes deseos de ver lo restante de ella. La equipé lo mejor que pude, hice un pequeño mástil y una vela con algunos pedazos de ias del navío, y al ensayar mi canoa vi que maniobraba perfectamente. En fin, estando cada día más deseoso de conocer el área de mis dominios, me decidí a emprender una excursión. En su consecuencia embarqué dos docenas de panes, una caja de arroz tostado, una botella de ron, con otras provisiones, pólvora y plomo, y, finalmente, dos grandes capotes de los que había encontrado en los cofres de los marineros para que me sirviesen el uno de cama y el otro para cubrirme durante la noche.

Emprendí el viaje el 6 de Noviembre del sexto año de mi destierro, y resultó más largo de lo que había pensado; porque si bien la isla no era muy ancha, al lado del Este encontré una gran cordillera de escollos que se extendían, parte por encima y parte por debajo del agua, a una longitud de dos leguas dentro del mar, encontrándose a su extremidad como una especie de banco de arena de media legua. Cuando descubrí las rocas estuve tentado de abandonar mi empresa y volverme por donde había ido, porque ignoraba a qué distancia me vería obligado a tomar el largo, y, sobre todo, cómo me compondría para volver; en vista de lo cual eché el ancla, pues había hecho una con uno de los bicheros que saqué del buque. Luego que mi piragua es-

tuvo bien asegurada, salté a tierra y subí a una colina próxima, desde donde vi toda la extensión de aquellas rocas y resolví cruzarlas. Dirigiendo la vista a la parte del mar, observé una corriente rápida que se dirigía al Este. Estudié aquel sitio, porque entrando en él temía correr el riesgo de ser arrastrado a alta mar lo bastante lejos para no poder volver a mi isla. Así hubiera sucedido si no hubiese tenido la precaución de subir a la colina, porque la misma corriente había en el otro lado de la isla, con la sola diferencia de que se dirigía mucho más lejos. Noté también que había un remolino cerca de la orilla, de lo cual saqué en consecuencia que salvaría perfectamente todos aquellos obstáculos si me dirigía a la primera corriente, porque entonces me creía seguro de aprovechar el remolino.

Permanecí dos días en aquella colina, porque el viento, soplando con fuerza del Estesudeste, luchaba contra la corriente y rechazaba el mar hacia las rocas. Al tercer día el viento había calmado y el mar estaba tranquilo, por lo cual me apresuré a partir. Apenas había doblado las puntas de las rocas, cuando me encontré en una profundidad de agua tan espantosa y en medio de una corriente tan violenta como la esclusa de un molino. Me arrastró con tal fuerza, que no pude conservar mi canoa cerca de la orilla. Ni un soplo de viento corría para ayudarme, y la acción de mis remos era nula. Entonces me creí perdido, porque calculaba que las corrientes de los dos lados de la isla debían unirse en cierto punto, y que, arrastrado allí, no tendría salvación.

Es imposible imaginar mi desesperación cuando me vi arrastrado lejos de mi querida isla. Me había alejado ya más de dos leguas y no me quedaba ninguna esperanza de volver. Sin embargo, seguía maniobrando vigorosamente y me esforzaba por conservar mi canoa con rumbo al Norte. Cerca de mediodía creí que refrescaba mi rostro una pequeña brisa del Sursudeste. Experimenté alguna alegría, sobre todo cuando media hora después se levantó viento fresco. Enderecé mi mástil y largué la vela, dirigiéndome tanto como me fué posible hacia el Norte para salir de la corriente. Apenas la vela hubo tomado viento, cuando conocí por la transparencia de las aguas que acababa de suceder un cambio en la corriente, porque en el lugar en que estaba con toda su fuerza, las aguas parecían turbias, y se ponían más cristalinas a medida que disminuía su violencia. Pronto encontré unas rocas que dividían la corriente en dos brazos: el más considerable corría hacia el Sur, dejando el escollo al Nordeste, mientras que el otro, rechazado por las rocas, formaba un remolino rápido que se dirigía con fuerza hacia el Noroeste.

El remolino me acercó a la isla, pero desviándome dos leguas más en dirección al Norte. Así, cuando llegué a tierra después de bastantes dificultades, me encontré al Norte de la isla, es decir, precisamente en el lugar opuesto al sitio donde me había embarcado.

En el instante en que puse los pies en el suelo caí de rodillas y prometí no exponerme de nuevo a semejantes peligros; hice en seguida una ligera comida con ayuda de mis provisiones y amarré mi canoa en una pequeña ensenada sombreada por algunos árboles; después, como estaba rendido de fatiga, me eché a dormir para reparar mis fuerzas agotadas.

Sabía hartó bien a lo que me expondría si tornaba a emprender el mismo camino por el cual había venido. Con respecto al otro lado, o sea el Poniente, me era desconocido, y no quería correr nuevos peligros. Resolví,



En consecuencia, costear por la mañana la orilla occidental, con objeto de buscar alguna ensenada para poner la piragua en seguridad, a fin de encontrarla cuando me fuera necesaria. Efectivamente, a tres millas, poco más, de aquel sitio divisé una bahía de una milla que iba estrechándose hasta la

En el instante en que puse los pies en el suelo, caí de rodillas.

desembocadura de un riachuelo. Me pareció un puerto excelente, y mi canoa se encontró allí como si se hubiese hecho a propósito para ella. La dejé amarrada sólidamente y bajé a tierra para inspeccionar las cercanías. Me encontraba casi en el mismo sitio hasta el cual había llegado cuando mi excursión a pié. Me puse en marcha hacia mi bosquecillo, donde lo encontré todo en orden, lo que me fué gratisimo, porque era, como ya he dicho, mi casa de campo, y echándome a la sombra para reposar mis fatigados miembros, no tardé en quedarme dormido. Pero júzguese cuál sería mi sorpresa cuando fuí despertado por una voz que me llamaba repetidas veces:

"¡Robinsón! ¡Pobre Robinsón! ¿Dónde estás? ¿Adónde has ido?" No obstante, me sentía tan profundamente rendido por la fatiga, que no desperté al pronto. Pero la voz continuaba llamándome:

"¡Robinsón Crusoé, Robinsón Crusoé!" Desperté de repente, y permaneci un instante muy asustado. Cuando me hubé asegurado bien de que no era otro que el buen *Poll*, me dirigí hacia él, le tendí la mano y le llamé por su nombre. El cariñoso pájaro fué en seguida a posarse sobre mi pulgar, según tenía por costumbre, y aun continuó gritando: "¡Pobre Robinsón Crusoé! ¿Dónde has estado? ¿Cómo has venido aquí?", como si realmente estuviese admirado de volver a verme.

Mi pólvora disminuía considerablemente, y como era una pérdida imposible de reparar, pensé formalmente en lo que haría cuando se concluyese del todo. Había cogido una pequeña llama en el tercer año de mi estancia en la isla y la había domesticado con la esperanza de coger un macho, lo que no pude lograr; mi llama llegó a hacerse muy vieja, y como no tuve valor suficiente para matarla, murió finalmente de vejez.

Encontrábame entonces en el undécimo año de mi estancia en la isla. Me ingenié para hacer algunos lazos con que pudiese coger las llamas vivas, deseando, sobre todo, atrapar una hembra con hijos; al principio hice algunas redes, creyendo que se enredarían en ellas; pero encontraba siempre los lazos rotos y el cebo quitado. Probé a cogerlas con trampa.

Una noche puse tres trampas; al otro día, por la mañana, encontré las ramas removidas, pero los cebos habían desaparecido. Esto me desanimó mucho. Sin embargo, trabajé para disponer mejor mis artes de caza; y para no cansar más con largos detalles, diré que una mañana, yendo a visitarlas, encontré en uno de los agujeros tres pequeñas llamas, entre las cuales había un macho y dos hembras.

Trancurrió bastante tiempo antes de que quisieran comer; pero tentados por la calidad del grano que les ponía delante, empezaron a domesticarse. Si quería comer carne de llama cuando se hubiesen concluido mis municiones, no tenía otro remedio que criarlas y domesticarlas para formar un rebaño en las cercanías de mi casa.

Mis llamas, cuando fueran grandes, podrían escaparse, y el único medio de impedirlo era encerrarlas en un terreno cercado por espesa empalizada, tanto para evitar la fuga como para impedir la entrada a otras, porque temía que con esto último las mías volvieran a hacerse salvajes. La empresa era superior a las fuerzas de un solo hombre; pero era absolutamente indispensable.

Las personas conocedoras y hábiles en construir esta clase de cercados no podrán menos de reírse cuando sepan las disposiciones que tomé después de haber hallado un sitio tal como yo lo apetecía: era una sabana, como decimos en nuestras colonias del Oeste, atravesada por dos o tres arroyuelos y muy poblada de árboles en cada uno de sus extremos; pero necesitaba para cerrar aquella llanura un cercado o empalizada de dos mil varas de circunferencia. Sin embargo, la locura no consistía en la gran extensión del recinto, porque, aunque tuviese diez millas, tiempo había de sobra para hacerlo, sino en no haber calculado que mis llamas estarían tan salvajes

dentro del cercado como si anduviesen errantes por toda la isla, y en que, atendidas las dimensiones del sitio, me hubiera sido imposible cogerlas.



El hombre más grave se hubiera reído al verme comer con la que no sé si llamar mi pequeña familia.

Mi cercado estaba ya empezado y llevaba construídas unas cincuenta varas cuando me vino a la imaginación dicho pensamiento. Cambié entonces de plan y resolví no dar a la cerca más de ciento cincuenta varas de largo y ciento de ancho: era lo suficiente para guardar mi rebaño durante un tiempo razonable; si aumentaba, podía agrandar la cerca. Puse al instante manos.

a la obra; empleé cerca de tres meses en cerrar aquel terreno, y durante este intervalo coloqué las tres llamas en el mejor sitio de la pradera, haciéndolas pacer muy cerca de mí con el objeto de que se familiarizasen con mi presencia. Frecuentemente iba a llevarles algunas espigas de cebada o arroz, que comían en mi propia mano. Así, cuando hube terminado la cerca y las solté, me seguían por todas partes balando por un puñado de arroz.

Había logrado mi objeto. Al cabo de año y medio reuní doce cabezas de ganado entre machos, hembras y crías; dos años después tuve cuarenta y seis, sin contar las que había matado para comer. En seguida hice otros cinco cercados para el pasto, habilitando algunos pequeños sotos para que estuviesen con holgura y a fin de poderlas coger cómodamente, poniendo puertas de unas cercas a otras para que pudiesen pasar.

No solamente tenía carne cuando quería, sino también leche, alimento en el cual al principio no había pensado y que me causó una grata satisfacción cuando se me ocurrió utilizarlo; algunas veces me daban mis llamas hasta cuatro o cinco azumbres de leche.

La Naturaleza, proporcionando a las criaturas los alimentos que les son necesarios, les enseña a la vez los medios de hacer uso de ellos. Así, aunque nunca hubiese visto ordeñar vacas ni cabras, ni hacer queso ni manteca, a no ser en mi infancia, llegué, después de muchas tentativas infructuosas, a fabricar manteca y queso: dos alimentos que de allí en adelante nunca me faltaron.

El hombre más grave se hubiera reído al verme comer con la que no sé si llamar mi pequeña familia. Desde luego se presentaba mi majestad, el príncipe y señor de toda la isla; tenía derecho de vida y muerte sobre todos mis vasallos: podía darles y quitarles la libertad. En mis estados no había rebeliones; como un rey, comía solo delante de toda mi corte; *Poll*, en calidad de favorito, tenía el privilegio exclusivo de hablarme; mi perro, por entonces ya viejo y gruñón, estaba siempre sentado a mi derecha; los dos gatos estaban a los dos extremos de la mesa, aguardando el pedazo que mi mano les daba de cuando en cuando, como una señal de especial favor.



CAPÍTULO XVIII

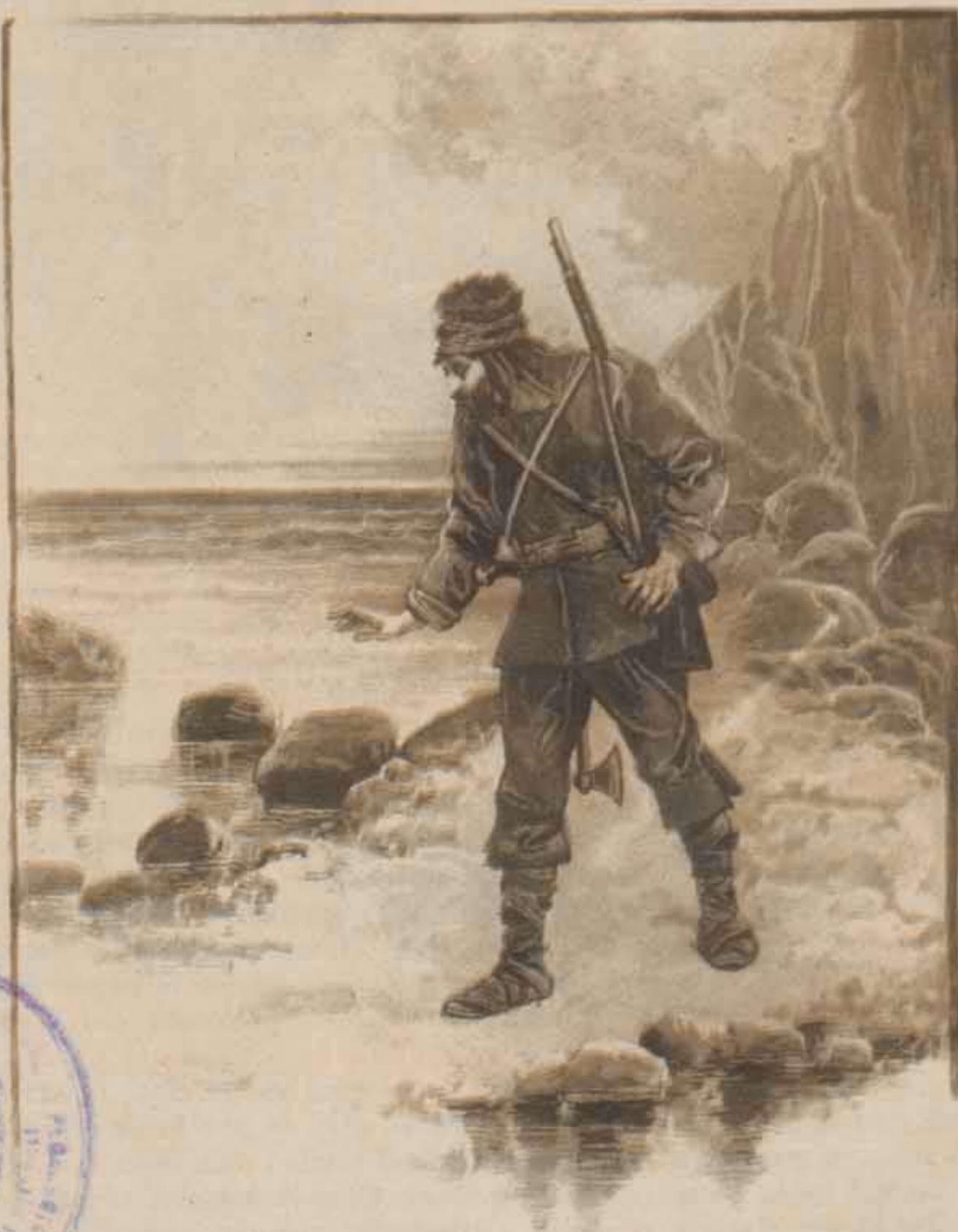
VIAJE LLENO DE EMOCIONES

DESEABA tener la canoa cerca de mí; pero no quería exponerme de nuevo a los peligros de una navegación. Tenía un violento deseo de ver la parte de la isla donde en mi última excursión subí a una colina a fin de reconocer la costa y las corrientes. Este deseo crecía de día en día, y por fin resolví emprender el viaje por tierra, siguiendo la orilla.

El que hubiese hallado una figura como la mía se habría asustado o reído locamente. Muchas veces, no podía menos de reirme al pensar lo que chocaría mi indumentaria si atravesara cualquier población con el traje que vestía.

Prosigamos la relación de mi viaje, en el cual empleé cinco o seis días. Marché costeando la ribera, dirigiéndome al sitio en que había anclado la canoa antes de trepar a la colina y fui por el camino más recto a la altura desde la cual había hecho mis observaciones. Cuando descubrí el mar quedé admirado al ver el agua reposada y tranquila; ninguna agitación, ningún movimiento, ninguna corriente se veía allí entonces. No podía comprender aquel extraño cambio, y observé el mar durante algún tiempo con el objeto de ver si aquello era motivado por el movimiento de la marea. No tardé mucho en cerciorarme que el reflujo, partiendo del Oeste y uniéndose al curso de algún río, producía la corriente, y que, por consecuencia, según los vientos del Oeste y del Norte eran más o menos violentos, la corriente se aproximaba o se alejaba de la orilla.

De estas observaciones deduje que calculando el tiempo de duración de la marea alta y de la baja me sería muy fácil dirigir la canoa cerca de mi morada. Mas el recuerdo de los peligros pasados me inspiró tanto miedo.



me sorprendí de una manera extraña al descubrir en la arena la huella de un pie descalzo.

que no me atreví a desafiarlos nuevamente. Preferí tomar otra resolución, más segura, aunque más trabajosa: construir otra canoa y tener así una para cada uno de los dos lados de la isla.

Llego a otra escena de las que mayor emoción me han producido en la

vida, y fué que cierta vez, cerca del mediodía, cuando iba a visitar mi canoa me sorprendí de una manera extraña al descubrir en la arena la reciente huella de un pie descalzo. Me paré de repente, como herido por un rayo o como si hubiese visto alguna aparición; escuché, dirigí la vista alre-



Los animales habían sufrido mucho.

dedor mío, pero sin oír ni ver cosa alguna. Subí a una pequeña altura, pero nada divisé; ningún otro vestigio humano, fuera del que ya tengo dicho, descubrí. Volví a examinar las huellas que había visto para persuadirme de que no eran una ilusión; pero no, no me había equivocado: era la huella de un pie humano; los dedos, el talón; en fin, todas las señales de un pie. ¿Cómo había llegado a aquel sitio? Lo ignoraba; no podía imaginarlo siquiera. Como un hombre extraviado volví a mi habitación en volandas, como vulgarmente

se dice. Aterrorizado por el miedo, volví la vista a cada paso para mirar detrás de mí; me parecían hombres los árboles y arbustos, y, finalmente, todo lo que estaba a alguna distancia me causaba miedo. No es posible describir las distintas formas que una imaginación alterada presta a los objetos.

Cuando llegué a mi fortaleza (la llamaré así siempre por lo que aconteció después) me arrojé en ella como un hombre a quien persiguen. Jamás liebre o zorra se agazapó en su cama o en su madriguera con más espanto del que yo sentía al dirigirme a mi albergue. En toda la noche no pude conciliar el sueño. A medida que se calmaba mi terror, la causa de mis sobresaltos parecía aumentarse, al contrario de lo que sucede ordinariamente a los animales con el miedo: el espanto turbaba de tal modo mi imaginación, que no veía nada que no fuera horroroso.

A fuerza de dar vueltas a la imaginación pensé que mis inquietudes podían ser quiméricas y que las pisadas que había visto quizá fueran las señales de mis propios pies cuando salté de mi canoa. Esta idea me consoló un tanto y hasta empecé a convencerme de que todo aquello no había sido más que una ilusión mía. ¿No había podido tomar aquel camino cuando salí de mi piragua? Verdaderamente era imposible acordarse de los sitios por donde había pasado. Entonces empecé a cobrar ánimo. No había salido de mi fortaleza después de tres días con sus noches, de suerte que me veía amenazado de la falta de algunas provisiones. Pensé en seguida en ir a dar de comer a las llamas, pues, por regla general, éste era mi recreo por la tarde. Los pobres animales habían sufrido mucho. Estaban algunos en estado lastimoso, y a la mayor parte se les había retirado la leche por la falta de buen alimento.

Animado por la idea de que las huellas eran de mis pies y que había tenido miedo de mi propia sombra, fui a mi granja para cuidar del ganado; mas al ver el temor con que avanzaba, volviendo sin cesar la vista hacia atrás, pronto a arrojar al suelo mi cesta y escaparme, se me habría tomado por un hombre agitado por los remordimientos de la conciencia o presa de un temor reciente, lo que, después de todo, era verdad. Sin embargo, habiendo recorrido el camino dos o tres días sin ver nada, cobré más ánimo y me confirmé en la idea de que aquéllas había sido un error de mi imaginación; no podía, a pesar de todo, estar convencido enteramente antes de haber bajado a la playa para medir las huellas y comparar su semejanza con la forma de mi pie; mas en cuanto llegué al sitio donde había visto aquellas señales comprendí claramente que cuando busqué un refugio para la canoa era imposible que hubiese puesto el pie en aquel lugar ni en sus alrededores. Además, midiendo la señal, vi que era mucho más larga que mi pie. Estas dos circunstancias renovaron al punto toda mi ansiedad y nuevos temores trastornaron mi cerebro. Regresé a mi morada persuadido de que un hombre ó muchos hombres habían saltado sobre aquella ribera y podía ser atacado de improviso, sin saber de qué manera proveer a mi seguridad, entonces como nunca amenazada.



CAPÍTULO XIX

PREPARATIVOS DE DEFENSA

CUÁN ridículas resoluciones toman algunas veces los hombres bajo la influencia del miedo! La primera cosa que me propuse fué echar abajo mi cercado, meter en el bosque mi ganado doméstico, por miedo de que el enemigo lo encontrase y fuera atraído a la isla por el incentivo de semejante botín; después de todo, era una cosa tan sencilla como destruir mis dos campos de grano, que también podían ser un atractivo para ellos. Por último, se me ocurrió echar abajo mi bosquecillo y desmontar mi tienda para no dejar ninguna señal de habitación que inspirase a los salvajes la idea de buscar un ser viviente en la isla. Con razón se dice que el miedo al peligro es mil veces más espantoso que el peligro mismo, y la ansiedad, más insoportable que el peligro temido.

Aquel desorden de ideas me tuvo desvelado hasta hora muy avanzada de la noche; pero a la aproximación del día me quedé dormido. La fatiga de mi espíritu y el aniquilamiento de mi alma me sumieron en un sueño muy profundo; cuando desperté a la mañana siguiente me hallaba un poco más tranquilo.

Después de haber tenido un largo debate conmigo mismo concluí por pensar que una isla tan deliciosa, tan fértil y tan próxima a grandes extensiones de terreno no debía de estar abandonada, como había creído; que verdaderamente no había habitaciones en ella, pero que, al parecer, to-

caban algunas embarcaciones en tierra firme, ya voluntariamente, ya arrojadas por los vientos contrarios; que, habiendo vivido por espacio de quince años en aquel lugar sin haber percibido ni siquiera la sombra de una cria-



La fatiga de mi espíritu y el aniquilamiento de mi alma me sumieron en un sueño muy profundo.

tura humana, debía inferir que las gentes del continente que se veían obligadas a saltar en tierra volvían a embarcar tan pronto como podían, por no juzgar a propósito el establecerse allí. El único peligro que había que temer era ser visto en las arribadas forzosas de algunos pueblos errantes, que no durarían sino en tanto que la obscuridad y la marea se opusieran a su

embarco, por lo cual no me quedaba otro recurso que buscar un sitio seguro para el caso de que viese desembarcar salvajes.

Me arrepentí de haber hecho mi cueva tan inmediata a la orilla y de haberle dado una salida por la parte exterior de mi empalizada, donde ésta se unía con la roca. Hice una segunda trinchera en la misma disposición semicircular y a alguna distancia de la primera, justamente en el sitio donde doce años antes había plantado una doble fila de árboles, tan cerca unos de otros, que no necesité otra cosa que poner un pequeño número de estacas para construir en poco tiempo una fortísima muralla. Tenía entonces una doble fortificación; la exterior se hallaba flanqueada por palos gruesos, cables viejos y todo lo que había podido añadir para que fuese más sólida, dejando siete aberturas bastante anchas para que pudiera meter el brazo; después las ensanché unos diez pies por la parte interior, y amontonando la tierra que sacaba de la cueva la apisonaba en seguida. En las aberturas o troneras coloqué los siete mosquetes que había conservado del buque, según he dicho, y los monté, como los cañones, sobre una especie de cureñas, de suerte que podía en el espacio de dos minutos disparar toda mi artillería. Tardé muchos meses en concluir la trinchera y no me creí en seguridad hasta que la hube visto acabada.

Entonces planté fuera de la muralla una especie de pequeñas estacas de una clase de madera parecida al sauce, las cuales eran tan sólidas como de rápido crecimiento. Creo que plantaría más de veinte mil. Así, en dos años formé un espeso soto, y en cinco o seis años mi morada estuvo rodeada de una selva tan vigorosa y unida, que era impenetrable: nadie hubiera imaginado que detrás de ella pudiese haber oculta alguna cosa parecida a habitación. Como no había dejado ninguna entrada a *mi castillo*, me servía para entrar y salir de dos escaleras: la primera subía hasta el sitio de la roca en que estaba el punto de apoyo para afirmar la segunda. Luego que había retirado la una y la otra, era imposible que ningún hombre pudiese llegar hasta mí sin correr el riesgo de matarse; y aun cuando hubiese podido llegar, siempre encontraría delante de sí la trinchera exterior. Tomé, pues, para mi seguridad todas las medidas que podía sugerir la prudencia humana: luego se verá que estas preocupaciones no fueron inútiles.

Durante aquellas distintas ocupaciones no olvidaba mis otros negocios; cuidaba, sobre todo, de mi pequeño rebaño, que empezaba a serme de gran utilidad en la ocasión presente, porque economizaba no sólo mis municiones, sino también la fatiga consiguiente a la caza de las llamas salvajes. Después de una detenida meditación encontré dos medios de ponerlo en seguridad: el primero consistía en hacer debajo de tierra una caverna bastante capaz y encerrarlo todas las noches; y el segundo, en construir dos o tres pequeños cercados, lejanos unos de otros y tan ocultos como fuera posible, en cada uno de los cuales pudiese encerrar media docena de llamas, a fin de que si la mayoría del rebaño experimentaba algún desastre, pudiese remediarlo en poco tiempo y sin excesivo trabajo. Empleé algunos días en recorrer todos los rincones de la isla, hasta que encontré un paraje tan retirado como podía apetecer. Puse en seguida manos la obra, y en menos de un mes el cercado estuvo en disposición de conservar en seguridad mi ganado, que no era tan

salvaje como pudiera creerse; después me apliqué a perfeccionar la cerca hasta dejarla tan sólidamente formada como la primera.

La huella de la pisada de un hombre fué la causa de todo aquel trabajo;



... me quedé inmóvil de admiración y de horror viendo la playa cubierta de cráneos.

y aunque no había visto a nadie en la isla, viví durante dos años en una ansiedad que me hacía la vida más penosa que antes. Un día, adelantándome mucho hacia la parte oriental de la isla llegué a la punta Suroeste y me quedé inmóvil de horror viendo la playa cubierta de cráneos, manos, pies y toda clase de huesos humanos; en otros parajes se veían señales de haber encendido lumbre. No había duda posible; la isla, en aquella parte, era visi-

Robinson Crusoe

tada por antropófagos. Me trastorné de tal manera al ver aquello, que olvide por un momento mis propios peligros: todos mis temores habían sido ahogados por las impresiones ante una brutalidad tan infernal y una tan terrible degradación de la naturaleza humana. Había oído hablar alguna vez de semejantes horrores; pero claro es que nunca había tenido la desgracia de presenciar aquel espectáculo. Aparté la vista de cuadro tan desolador y regresé a mi fortaleza.

Aquellos salvajes me inspiraron tal terror, y su feroz costumbre de devorarse los unos a los otros me sumió en una melancolía tan profunda, que permanecí encerrado en mis dominios cerca de dos años. Compréndase por mis dominios mis tres plantaciones, mi castillo, mi casa de campo (que así llamaba a mi soto) y mi cerca del bosque, a la cual no iba más que a causa de mis llamas, porque mi aversión hacia aquellos caníbales era tan grande, que temía tanto su presencia como la del mismo diablo en persona. Me abstuve igualmente de ir a visitar mi canoa durante todo aquel tiempo; pero traté de construir otra. No podía atreverme a conducir la antigua, cerca de mi habitación, costeando la isla, por temor a encontrarme en el mar con alguno de aquellos salvajes; sabía demasiado bien cuál hubiera sido mi suerte si hubiese tenido la desgracia de caer en sus manos.

El tiempo y la convicción de que corría muy poco riesgo de ser descubierto acabaron por sacarme de mi ansiedad. Comencé, pues, a vivir con tanta tranquilidad como antes, con la sola diferencia de que era más prudente y evitaba el hacer disparos, con objeto de no ser oído por los salvajes si por acaso se encontraban en la isla. Durante dos años no tiré una sola vez, aunque siempre que salía llevaba conmigo la escopeta y dos pistolas en mi cinturón de piel. También había limpiado una de mis grandes cuchillas y me había hecho un tahalí para suspenderla de él.



CAPÍTULO XX

NUEVOS TRABAJOS

SERÍA necesario un tomo mayor que el presente para relatar todos los proyectos que bullían en mi imaginación sobre los medios de destruir a aquellos salvajes, o a lo menos espantarlos lo bastante para impedir que volviesen; pero estos proyectos abortaban por la imposibilidad de ejecutarlos con mis propios recursos. ¿Qué podía hacer un solo hombre en medio de veinte o treinta salvajes armados de dardos, de arcos y flechas, cuyos tiros serían tan certeros como los de mi fusil? Varias veces pensé hacer una excavación en el sitio donde ellos acostumbraban encender sus fogatas y colocar cinco o seis libras de pólvora, que se inflamaría cuando encendiesen la hoguera, lo cual haría saltar todo lo que cogiese alrededor. Mas no quería desperdiciar mi pólvora, de la cual no me quedaba más que un solo barril, y, además, no estaba bastante seguro que la explosión ocurriera a tiempo; podía muy bien suceder que no hiciese más que achicharrarles las orejas y asustarlos, lo que no hubiera sido suficiente para decidirlos a abandonar el campo. Renuncié, pues, a este proyecto y me propuse emboscarme en un sitio conveniente con mis tres escopetas con doble carga, y cuando estuviesen en medio de un sangriento festín hacer fuego en el momento en que estuviera seguro de matar o herir dos o tres, a lo menos, de cada tiro; después, cayendo sobre

Robinson Crusóe

ellos con mis tres pistolas y mi cuchillo, no dudaba que exterminaría hasta el último, aunque hubiese una veintena de ellos. Este proyecto me halagó



... desde allí podía espiar todas sus acciones y hacer bien la puntería...

por espacio de algunas semanas. Mi imaginación se excitó de tal manera, que empleé una porción de tiempo en buscar un sitio conveniente donde ocultarme para espiarlos; iba y venía con frecuencia al lugar de la hoguera, con el cual empecé a familiarizarme, mientras que mi imaginación estaba llena de ideas de venganza que me arrojaban a exterminar veinte o treinta

de aquellos miserables; el horror que me inspiraba aquel paraje y las huellas de su crueldad avivaban mi furor. Por último, hallé en la pendiente de la colina un escondrijo a propósito, donde podría tranquilamente aguardar la llegada de sus piraguas y desde allí, antes de que hubiesen desembarcado, deslizarme con sigilo hasta un bosquecillo de árboles, en los cuales había descubierto un tronco bastante ancho para ocultarme por completo; desde allí podía espiar todas sus acciones y hacer bien la puntería cuando los viese apiñados, siendo casi imposible no herir a tres o cuatro del primer tiro. Paréme, pues, a escoger aquel sitio y preparé para ejecutar mi designio, dos mosquetes y mi escopeta de caza. Cargué aquellos dos con un puñado de metralla y cuatro o cinco balas de pistola; en cuanto a mi escopeta, le puse un puñado de balines; finalmente, cada una de mis pistolas la cargué con dos balas, y, bien provisto de municiones para una segunda y tercera descarga, me apresté para la expedición.

Preparado así mi plan, todas las mañanas me dirigía a lo alto de la colina, situada a tres millas de mi castillo, para procurar descubrir algunas canoas dirigiéndose hacia la isla; pero dejé tan ruda tarea después de dos o tres meses de servicio diario sin divisar nada, no solamente en tierra al lado de la costa, sino tampoco en todo el Océano, a pesar de las exploraciones con mi antejo. Renuncié poco a poco a mi proyecto, y llegué a persuadirme de que había cometido una injusticia con la resolución de atacar a los salvajes, y que no debía mezclarme en sus negocios hasta tanto que me atacasen, lo cual debía precaver, si era posible. Luego calculé que mi proyecto, lejos de contribuir a salvarme, no haría más que apresurar mi pérdida, pues era suficiente que escapase uno solo y fuera a decir a sus compatriotas lo que les había sucedido para que volvieran a millares a vengar la muerte de sus compañeros; de este modo no hubiera hecho más que atraerme una destrucción cierta, cuando actualmente no tenía ningún motivo para temerla, por ignorarse mi presencia en la isla.

Permanecí en esta disposición de ánimo por espacio de un año entero, buscando tan poco la ocasión de atacar a los salvajes, que por espacio de aquel tiempo no subí una vez siquiera a la colina para verlos en el caso de que hubieran desembarcado. Llevé la canoa que tenía en aquel lado de la isla, a la punta oriental, colocándola en una pequeña ensenada, debajo de elevados peñascos, donde sabía que, a causa de las corrientes, los salvajes nunca tendrían la temeridad, ni aun el pensamiento, de abordar con sus piraguas. Con la canoa me llevé todos los aparejos e hice desaparecer hasta la menor apariencia de embarcación y de habitación humana en la isla.

No debe parecer extraño oírme confesar que las inquietudes y los peligros en medio de los cuales vivía me habían hecho perder el espíritu de invención y el deseo de proporcionarme mejoras para lo porvenir. No me atrevía a clavar un clavo ni a cortar un pedazo de leña por miedo de hacer ruido; y, por la misma razón, me guardé mucho de descargar mi escopeta; finalmente, sentía desasosiego cuando encendía lumbre, temiendo que el humo, visible durante el día a una gran distancia, me hiciese traición. Por este motivo trasladé la fabricación de mis utensilios que necesitaban fuego, tales como vasijas y pipas, a la habitación del bosque, cerca de la cual encontré,

con indecible satisfacción, una caverna natural de gran extensión, donde estaba seguro de que un salvaje, aun cuando hubiese encontrado la abertura, no hubiera osado penetrar; para atreverse a ello era necesario tener, como yo, una completa seguridad en la retirada. La entrada de aquel subterráneo estaba al pie de un enorme peñasco; yo la descubrí por pura casualidad mientras cortaba algunas gruesas ramas para hacer carbón. Debo decir por qué hacía carbón. Temía hacer humo cerca de mi habitación; y como necesitaba fuego para cocer el pan y la carne, quemaba leña debajo de un montón de tierra hasta que estuviere reducida a carbón; entonces, apagado el fuego, conservaba el carbón para emplearlo sin temor a ningún peligro. Un día, cortando leña, descubrí detrás de un montón de maleza una especie de hundimiento; la curiosidad me decidió a penetrar, lo que no era muy fácil. Encontré el interior bastante ancho para estar con comodidad pero debo confesar que salí con más precipitación de la que había entrado, cuando, dirigiendo la vista hacia el fondo de aquel lugar obscuro, divisé dos grandes ojos, brillantes como dos estrellas, y reflejando la débil luz que entraba por la abertura de la caverna.

No obstante, después de algunos momentos de indecisión volví a cobrar ánimo y me reprendí mi debilidad, diciéndome que un hombre que tenía miedo no era a propósito para vivir solo veinte años en una isla, y que no podía ver en aquella caverna nada más espantoso que yo mismo. Así, armado de valor, cogí un pedazo de madera encendido y entré en la gruta. Aun no había dado tres pasos, cuando me sentí tan asustado como antes, pues oí un profundo suspiro, como el de una persona que sufre; después, algunos sonidos confusos, como de palabras inarticuladas, y, por último, otro suspiro más profundo. Retrocedí; un sudor frío bañó mi cuerpo, y mis cabellos se erizaron de tal modo, que si hubiese llevado un sombrero puesto, creo que se habría salido de la cabeza. Reconcentrando todas mis energías, avancé de nuevo, y vi al resplandor de la llama, que llevaba a la altura de la cabeza, un espantoso macho cabrío de tamaño extraordinario, tumbado en el suelo y haciendo como ordinariamente dicen, su testamento, pues moría de vejez. Le hostigué un poco para ver si podría hacerle salir de allí; él entonces probó a levantarse, mas en vano. Me decidí a dejarlo, en la persuasión de que, ya que él me había asustado, asustaría asimismo a los salvajes, si se encontraba alguno bastante osado para aventurarse a penetrar en aquel lugar mientras viviese, y, enteramente tranquilo, empecé a mirar a mi alrededor. Aquella caverna, tenía unos doce pies de extensión y era de forma irregular; vi una segunda abertura, pero tan baja, que me fué imposible entrar sin arrastrarme. No teniendo bastante luz, diferí mi empresa; pero resolví volver al día siguiente provisto de velas. Así lo hice, pertrechado con seis grandes velas de mi fábrica, pues las hacía ya excelentes con grasa de llama. Llegado al sitio estrecho, me vi obligado a andar a gatas durante cerca de quince pies, lo que era bastante atrevimiento para mí, que ignoraba hasta dónde iba aquel pasaje y lo que podría hallar al fin. Cuando hube pasado aquellas estrechuras me hallé bajo una elevada bóveda de cerca de veinte pies, y quedé sorprendido ante el más bello espectáculo que jamás hubiese contemplado en aquella isla. Las paredes y el techo de aquella ca-



... vi al resplandor de la llama, que llevaba a la altura de la cabeza, un espantoso macho cabrío.

verna reflejaban de mil maneras y reproducían con profusión la luz de mis dos velas. ¿Qué es lo que podía hacer a aquella roca tan brillante?

Fuera lo que fuese, era la más deliciosa gruta que puede imaginarse, a pesar de la obscuridad que en ella reinaba. El suelo era llano y seco, cubierto de una arena fina y resbaladiza. Allí no se veían animales asquerosos, venenosos, ni ninguna señal de humedad; la única cosa desagradable era la dificultad de la entrada; pero esto mismo se convertía en una cosa útil, pues era uno de los motivos que la hacían más segura. Así, quedé sumamente gozoso de aquel descubrimiento y resolví trasladar a dicha cueva todo aquello cuya conservación me causase más inquietud, sobre todo mi pólvora y mis armas de reserva. Contaba con ocho mosquetes; no dejé más que cinco en mi fortaleza, montados y asestados como cañones sobre mi fortificación exterior. En aquellos traslados, se me ocurrió abrir el barril de pólvora que había sacado del mar. Vi que el agua había penetrado, poco más o menos, a tres o cuatro pulgadas de profundidad, y que la pólvora mojada, secándose, se había endurecido tanto, que formaba una especie de corteza, y había conservado el resto como una fruta dentro de su cáscara, de suerte que encontré cerca de sesenta libras de excelente pólvora en el centro del barril. Semejante hallazgo, como se comprenderá, era en aquellas circunstancias un descubrimiento muy útil para mí.

El viejo macho cabrío que había visto expirante murió al día siguiente, a la entrada de la caverna, y le enterré a la mayor profundidad, a fin de que el hedor no me incomodase.

Ya hacía veintitrés años que residía en la isla, y estaba tan acostumbrado a mi manera de vivir, que, sin el temor a los salvajes, hubiera accedido de buena gana a pasar en ella el resto de mi vida.



CAPÍTULO XXI.

NUEVOS Y JUSTIFICADOS TEMORES

ERA el 23 de Diciembre del año vigésimo tercero de mi confinamiento, cuando una mañana, poco antes de salir el sol, vi en la playa, cerca de dos millas de donde yo me hallaba, el resplandor de un gran fuego. Se apoderó de mí tal miedo, que, a todo correr, me refugié en la fortaleza, e hice todos los preparativos de defensa: cargué los mosquetes montados sobre mis nuevas fortificaciones y todas las pistolas, resuelto a tener a raya al enemigo hasta el último extremo. Después de una espera de dos horas, me sentí muy impaciente por saber lo que pasaba fuera, y, al fin, subí a una especie de plataforma que había en la cima del peñasco. Me eché boca abajo, y con mi anteojo miré en dirección a la playa. Vi nueve salvajes sentados alrededor de una hoguera, no para calentarse, pues hacía un calor excesivo, sino para preparar algún horrible festín de carne humana. Tenían dos canoas, que habían varado en la arena, y como entonces era el instante del flujo, supuse que esperaban el refluo para marcharse. Cuando consideré que su desembarco se efectuaba siempre en el instante del flujo, me tranquilicé un poco, calculando que podía salir en el momento del refluo sin peligro alguno, con tal que no hubiese descubierto antes a nadie en la playa.

Sucedió, en efecto, lo que yo había calculado: así que la marea empezó a bajar, vi que los salvajes se metían en sus canoas y se alejaban a fuerza de remos.

En cuanto los perdí de vista, salí con dos escopetas puestas en bandolera, dos pistolas en la cintura y mi largo sable sin vaina al costado, y corrí

a la playa. Allí estaban los restos de su infame festín. A la vista de aquellos horrores me llené de tal indignación, que reflexioné de nuevo si debía caer sobre ellos cuando volbiesen, aunque fueran en gran número.



... recogiendo toda la leña seca que pude, hice una gran hoguera.

Sus visitas a la isla debían ser muy raras, pues pasaron más de quince meses antes de que volvieran otra vez.

La perturbación de mi ánimo fué grande durante aquellos quince o dieciséis meses. Dormía muy inquieto, tenía sueños horrosos y con frecuencia



... tuve el dolor de ver sobre la arena el cuerpo de un grumete ahogado.

despertaba sobresaltado. Durante el día me oprimía una inquietud devoradora, y durante la noche no pensaba más que en matar salvajes.

A mediados de Mayo, durante todo el día, sopló un viento tremendo, seguido, por la noche, de una terrible tempestad. Estaba recogido en mi fortaleza, cuando fui sorprendido por un ruido parecido a un cañonazo disparado en el mar. Salí precipitadamente, y subí a la plataforma de que ya tienen no-

Robinson Crusoe

ticia mis lectores. En aquel instante, una súbita claridad me anunció un segundo cañonazo, que oí, en efecto, como medio minuto después; el ruido parecía proceder del lado del mar en que naufragué.

Indudablemente se trataba de algún buque en peligro, que pedía socorro. Al momento pensé que, si no podía prestarle ningún auxilio, quizá él podría dármelo a mí, y, recogiendo toda la leña seca que puede, hice una gran hoguera. La leña estaba, efectivamente, tan seca, que se inflamó en el acto, y por efecto del viento ardió con viva llama, lo que me permitió adquirir la certeza de que la embarcación, si verdaderamente lo era, debía distinguir el fuego. Sin duda fué así, porque apenas brilló la llama oí un tercer cañonazo, seguido de otros muchos, siempre hacia el mismo lado. Conservé el fuego toda la noche. Cuando ya fué de día y el cielo se había despejado, descubrí algo en el mar, al Este de la isla; era una vela o cosa parecida, lo que no pude distinguir bien, a pesar de mi anteojo; la distancia era muy grande y el tiempo todavía no estaba muy bueno, a lo menos en el mar. Tuve constantemente fija todo el día la vista en aquella dirección, y viendo que el objeto no cambiaba de sitio, calculé que sería algún buque anclado. Deseoso, como es fácil suponer, de dejar satisfecha mi curiosidad, me dirigí a la parte meridional de la isla, y vi distintamente el casco de un buque que se había estrellado durante la noche en los escollos que estaban a flor de agua.

Era muy probable que no se hubiera salvado ni una sola persona de aquella tripulación. Sin embargo, yo acudí presuroso y con grandes deseos de encontrar algún náufrago vivo que me sirviera de compañero en mi espantosa soledad. Desgraciadamente, no sucedió como yo hubiera querido, pues algunos días después tuve el dolor de ver sobre la arena, al extremo de la isla y cerca del buque naufragado, el cuerpo de un grumete, ahogado. Su traje consistía en una chaqueta de marino, unos pantalones de lienzo abiertos hasta la rodilla y una camiseta azul. Me fué imposible adivinar de qué nación podía ser: en los bolsillos no tenía más que dos piezas de a ocho y una pipa, de más valor para mí que el dinero.



CAPÍTULO XXII

LOS RESTOS DEL NAUFRAGIO

COMO el mar estaba en completa calma, sentía grandes deseos de salir con mi piragua para visitar la embarcación, seguro de que encontraría en ella cosas útiles. Otra razón me decidía todavía más: la de que a bordo podía haber algún ser viviente a quien fuera posible salvar. Dominado por esta impresión, volví apresuradamente a mi fortaleza con el objeto de prepararlo todo. Tomé una buena cantidad de pan, un gran cántaro de agua fresca, una brújula, una botella de ron y una cesta de uvas. Cargado con todo lo que podía serme necesario, me dirigí a mi canoa. Vaciando el agua que tenía dentro, la boté al mar y deposité en ella mi carga. Puesto todo en la canoa, me puse en camino.

Me encaminé al principio un poco a lo largo hacia el Norte, hasta que hube dado con una corriente que me llevó adelante, y, ayudado con los remos, me fui derecho al buque naufragado, que alcancé en menos de dos horas. ¡Qué triste espectáculo se presentó a mi vista! El buque estaba como clavado entre dos peñascos; la popa y una parte del casco habían sido destrozados por el mar. Cuando estuve más cerca, apareció un perro sobre cubierta, el cual, al verme, se puso a ladrar; en cuanto lo llamé saltó al mar y le ayudé a entrar en mi barca. Encontrándole medio muerto de hambre y sed, le di un pedazo de pan y le hice beber un poco de agua fresca.

A excepción del perro, ningún ser viviente quedaba en todo el buque.

Robinson Crusoe

Todo el cargamento, según pude ver, estaba averiado. Vi algunos toneles de licor, de vino y de aguardiente; pero eran demasiado grandes para que pu-



Luego, así cargado y acompañado del perro, partí viendo venir la marea, que debía conducirme a la isla...

diera llevármelos. Había también algunos cofres, y coloqué dos de ellos en mi canoa, sin examinar su contenido.

Además de los dos cofres, hallé un pequeño barril que contenía cerca de ochenta litros de licor; lo trasladé con mucho trabajo a mi canoa. En la cámara encontré también un gran frasco de pólvora, que contendría unas

cuatro libras. Tomé también unas tenazas y una pala, de lo cual tenía gran necesidad, así como dos calderos de cobre, unas parrillas y una chocolatera. Luego, así cargado y acompañado del perro, partí, viendo venir la marea, que debía conducirme a la isla, adonde llegué, muy fatigado y molido del viaje, a eso de la una de la madrugada.

Después de haber reparado mis fuerzas, desembarqué el cargamento y me puse a examinar cada cosa en particular. El barril contenía una especie de ron, de un gusto poco agradable; pero en los cofres encontré muchas cosas preciosas para mí. Por ejemplo, una pequeña caja, llena de excelentes cordiales, en frascos que podrían contener cerca de tres litros cada uno, con tapones guarnecidos de plata. Encontré también dos tarros de exquisito dulce. Había muy buenas camisas y docena y media de pañuelos blancos y corbatas de color. En el fondo del cofre encontré aún tres talegos de piezas de a ocho, que contendrían unas mil y cien piezas entre todas, y, además, seis doblones de oro en un papel y algunas pequeñas barras de oro que pesaban cerca de una libra. En el otro cofre había algunos vestidos de poco valor.

Después que puse en seguridad todo lo que había desembarcado, volví a mi canoa y la conduje remando a su ordinario fondeadero. Me dirigí con prontitud a mi morada, donde lo encontré todo tranquilo y ordenado. Volviendo entonces a reanudar mis antiguas costumbres, me ocupé en mis faenas domésticas. Durante algún tiempo nada turbó mi reposo. Sin embargo, estaba siempre en guardia y salía rara vez; si llegaba a realizar algunas excursiones, siempre dirigía mis pasos hacia el Este de la isla, donde estaba casi seguro de que no llegaban nunca los salvajes, lo cual me dispensaba de cargar con toda aquella balumba de municiones y armas que llevaba siempre conmigo cuando me dirigía a otro lado. Cerca de dos años viví de este modo; solamente mi imaginación, que parecía rebelarse a cada paso, estuvo durante todo aquel tiempo llena de mil proyectos, dirigidos todos a huir de la isla. Algunas veces quería hacer una nueva visita al buque naufrago, aunque mi razón me demostrase que no encontraría nada que pudiera compensar los peligros de tal viaje; otras veces pensaba escaparme, ya a un lado, ya a otro, y creo, en verdad, que si hubiese tenido la lancha con la cual pude fugarme de Salé me habría aventurado a navegar, sin saber adónde hubiera ido a tomar tierra.

Es preciso notar que esta determinación era fruto de un espíritu turbado e impaciente, excitado por una larga y continua inquietud y decidido a todo por haber quedado frustrada mi esperanza de encontrar a bordo del buque naufragado lo que deseaba tan ardientemente: un hombre con quien hablar, que me hubiese enseñado dónde me hallaba y cómo podría escaparme. Me vi de tal manera agitado por tan vivos pensamientos, que suspendieron por un poco de tiempo la calma que siempre había disfrutado. No estaba en mí el renunciar a aquel proyecto del viaje, que se apoderó de mi espíritu con una impetuosidad irresistible. Un día, durante dos horas, fui arrastrado con tanta violencia por aquella pasión, que mi sangre hervía y mi pulso latía como si hubiese tenido la fiebre más ardiente, hasta que, al fin, fatigado y aniquilado, caí en un profundo sueño.

Sin duda se creerá que soñé con el proyecto que tanto me había exci-

tado. Soñé, en efecto, que saliendo una mañana de mi castillo veía en la costa dos canoas y once salvajes desembarcando a un desgraciado, que se



Soñé, en efecto, que, saliendo una mañana, veía en la costa dos canoas.

preparaban a matar, cuando de repente el salvaje saltó a tierra y huyó para asegurar su vida. En mi sueño, se refugiaba en la espesa arboleda que ocultaba mis fortificaciones; viendo que estaba solo y que no le perseguían, me descubrí, sonriéndome para que se aproximase; entonces se echó a mis pies, como suplicándome que le socorriese. Le mostré mi escalera, le hice subir;

en seguida le conduje a mi bodega y llegó a ser mi criado. Luego pensé: "Con este hombre, ¿quién me impide arriesgarme en el Océano? Este compañero podrá servirme de piloto, indicarme lo que habrá que hacer; los sitios donde encontraré medios de sustentarme y aquéllos en que estaré en peligro de ser devorado; en fin, dirigirme hacia los unos y hacerme evitar los otros."

Me desperté con este pensamiento, y la impresión de alegría que me había causado la perspectiva de mi libertad era tan viva, que cuando reconocí que aquello no había sido más que un sueño caí en un abatimiento extraordinario. Este sueño me hizo comprender, sin embargo, que el único medio de salir con buen éxito de mi proyecto de evasión era tener a mi disposición algún salvaje, sobre todo a algún prisionero condenado a muerte. Mas se presentaba una dificultad: mi designio no podía ejecutarse hasta tanto que me aventurase a atacar a una agrupación de aquellos bárbaros y destruirla toda, tentativa desesperada que fácilmente podría frustrarse. Por otro lado, había examinado escrupulosamente la legalidad del acto, y repugnaba mucho derramar tanta sangre, aunque fuese para salvarme. Después de haber reflexionado bien, y al cabo de muchas incertidumbres, mi pasión prevaleció sobre mis sentimientos de humanidad, y resolví apoderarme de uno de aquellos salvajes, a cualquier precio que fuese.



CAPÍTULO XXIII

UN NUEVO PERSONAJE

TOMADA esta resolución, en el espacio de año y medio no dejé un solo día de ir a la punta de Oeste y a la de Suroeste, sin ver la menor apariencia de canoas ni de salvajes.

Transcurridos los diez y ocho meses, divisé una mañana, muy temprano, cinco canoas reunidas en la playa cuyas tripulaciones estaban en tierra. Después de haber esperado un poco, escuchando si los salvajes hacían algún ruido, dejé mis dos escopetas al pie de la escalera y pasado el primer momento de irresolución subí a la cima del peñasco y me coloqué de tal suerte, que mi cabeza no sobresaliese del peñasco, con el objeto de que no pudieran descubrirme; entonces vi que los salvajes eran treinta a lo menos, que habían hecho lumbre y preparaban su comida. No pude distinguir de qué clase de manjares se componía ni de qué modo le aderezaban; pero percibí que estaban bailando todos alrededor del fuego, haciendo los gestos y las contorsiones más raras que cabe imaginar.

Miré atentamente con el anteojo y ví que sacaron a dos pobres infelices fuera de las piraguas, donde los tenían, y caer a uno de ellos, muerto, según creo, de un golpe dado con una porra o maza. Al instante, dos o tres se precipitaron sobre él, mientras que la otra víctima permanecía inmóvil aguardando su turno. En tan crítico momento, aquel desgraciado, encontrándose un poco libre, concibió alguna esperanza de salvar su vida y echó a correr con increíble ligereza a lo largo de la playa, dirigiéndose hacia mí, es

decir hacia la parte de la costa donde estaba mi morada. Debo confesar que me asusté terriblemente cuando le vi tomar dicho camino, imaginando que sería perseguido por toda la horda.

Permanecí en el mismo sitio, y bien pronto tuve motivos para alegrarme al ver que no era perseguido más que por tres hombres y que el fugitivo les llevaba una gran ventaja.

Entre ellos y mi habitación se hallaba la pequeña ensenada de la cual he hablado al principio de esta historia; si no la pasaba a nado, el infeliz sería cogido sin remedio. Mas cuando llegó a la orilla y aunque la marea estaba muy alta, se arrojó al agua, y cuando llegó al lado opuesto echó a correr con un vigor y una presteza extraordinarios.

Cuando sus tres enemigos llegaron a la bahía, noté que no había más que dos que supiesen nadar; el tercero, después de haberse parado a la orilla para mirar a los otros, se volvió tranquilamente en lugar de ir más lejos.

Observé que los dos nadadores tardaban en hacer la travesía una mitad más del tiempo que su prisionero había empleado. Entonces me convencí plenamente de que la ocasión era favorable para adquirir un criado, quizá un compañero, quién sabe si un amigo, y de que podía salvar la vida a aquel desgraciado. Bajé precipitadamente del peñasco para coger mis escopetas, y me dirigí hacia el mar.

Llegado rápidamente al lugar de la dramática carrera, me arrojé entre los perseguidores y el perseguido, llamando a éste para que se parase. Se volvió a mirarme, y quizá tuvo al principio más miedo de mí que de sus agresores; pero le hice señal con la mano que se acercase a mí, y encaminándome con precaución hacia los otros, me lancé bruscamente sobre el que estaba más cerca y le hice caer de un culatazo. No me atrevía a hacer fuego por miedo de que los salvajes oyeran el ruido del disparo, a pesar de la gran distancia. El otro salvaje, viendo caer a su compañero, se paró de repente, como espantado. Me dirigí rápidamente hacia él; mas, aproximándome, vi que tenía un arco y una flecha que asestaba contra mí. Vime, pues, obligado a defenderme, y le dejé tendido sin vida. El pobre fugitivo estaba tan asustado con el fuego y el ruido que produjo el tiro, que quedó inmóvil, sin atreverse a avanzar ni a retroceder, aunque parecía tener más deseos de huir que de salir a mi encuentro.

Le llamé nuevamente y le signifiqué que se aproximara, lo que comprendió fácilmente. Dió entonces algunos pasos; después se paró; avanzó un poco más; luego se detuvo todavía, y le vi temblar como si se creyese mi prisionero y estuviera seguro de morir lo mismo que sus dos enemigos. Le llamé por tercera vez e hice todas las señales que pude inventar para animarle. Finalmente, se acercó poco a poco, arrodillándose a cada diez o doce pasos para manifestarme su reconocimiento por haberle salvado la vida. Me sonreí tan cariñosamente como me fué posible, invitándole siempre a que se acercase. Finalmente, habiendo llegado ya cerca de mí, se arrojó de nuevo a mis plantas, besó la tierra y cogió uno de mis pies, que puso sobre su cabeza: esto era como un juramento por el cual se declaraba para siempre mi esclavo. Le levanté y le acaricié a fin de animarle.

Pronto vi que el salvaje que yo había derribado de un culatazo no esta-

ba más que aturdido. Se lo mostré con el dedo al que yo había salvado, haciéndole notar que no estaba muerto. Entonces me dijo algunas palabras que, naturalmente, no pude comprender, pero que me parecieron tanto más



... puso a mis pies mi sable, juntamente con la cabeza del salvaje.

dulces cuanto que era el primer sonido de voz humana que, a excepción de la mía, había resonado en mis oídos desde veinticinco años antes. Más aquel momento no era a propósito para hacer estas reflexiones; el salvaje había vuelto ya en sí y recobrado las fuerzas suficientes para ponerse en seguridad.

Entonces noté que el mío, pues le consideraba como tal, empezaba a amedrentarse; sin embargo, desde el momento en que me vió apuntar a aquel desgraciado con mi segunda escopeta, me dió a entender que le diese mi sable que pendía desnudo a mi costado. No bien se lo hube dado, cuando corrió derecho a su enemigo y de un solo golpe le cortó la cabeza. Esto me pareció sorprendente para realizado por un hombre que no debía de haber visto en toda su vida otros sables que los de madera de los salvajes; sin embargo, después he sabido que la madera de que hacen sus armas es tan dura y saben aguzarla tan bien, que pueden de un solo golpe cortar una cabeza o un brazo. Después de su valiente tajo volvió riendo a carcajadas en señal de triunfo, y con mil gestos, cuyo sentido ignoraba, puso a mis pies mi sable, juntamente con la cabeza del salvaje. Más lo que le admiró extraordinariamente fué el arma con la cual había matado yo al otro a una distancia tan grande, y, mostrándome al muerto, me pidió por señas permiso para verle de cerca. Cuando se hubo aproximado, aumentó su sorpresa: le miró, le volvió, ya de un lado, ya de otro; examinó le herida que la bala había hecho, y de donde había salido muy poca sangre, sin duda a causa de haber habido derrame interior, pues el desgraciado estaba bien muerto. Mi salvaje le quitó su arco y sus flechas y tornó a reunirse conmigo.

Me dispuse entonces a partir, y le invité a que me siguiese, haciéndole entender que temía ver llegar a los salvajes en mayor número, e indicó que iba a enterrar a los muertos, para que, en caso de llegar por allí los enemigos, no los descubriesen. Se lo permití, y después de haber hecho un hoyo con el sable y con sus manos, arrastró a uno, le arrojó dentro y le cubrió de tierra; después hizo lo propio con el otro. Dicha operación la ejecutó con increíble prontitud, pues es seguro que sólo empleó medio cuarto de hora para enterrar a los dos. Entonces, llamándole de nuevo, le conduje, no a mi castillo, sino a la caverna que últimamente había descubierto, lo que, por cierto, no estaba conforme con mi sueño. Luego que llegamos a la gruta, le dí pan y un gran racimo de uvas, además de haberle hecho beber, pues el pobre tenía mucha necesidad de reparar sus fuerzas después de la gran carrera que había dado. Cuando se sosegó y refrescó, le dí a entender por señas que se fuera a dormir, señalándole un montón de paja de arroz cubierto con una manta, que me servía de cama con bastante frecuencia. El infeliz obedeció y fué a acostarse.

Era un muchacho de muy buena traza y bien formado, ni muy grueso, ni demasiado alto, pero muy esbelto y robusto, pudiendo contar a lo más veinticinco años. Tenía cierta expresión muy varonil en sus facciones, aunque sin mezcla de rudeza ni ferocidad.

Después de haber dormitado más bien que dormido, se levantó y salió de la gruta con el fin de reunirse conmigo, pues yo estaba ordeñando las llamas que tenía en el cercado próximo a aquel sitio. En el instante que me divisó fué corriendo hacia mí y se hincó de rodillas con todas las señales del más humilde reconocimiento, haciendo multitud de gestos extraños para manifestármelo. En fin, puso la frente pegada al suelo muy cerca de mi pie, que cogió y apoyó sobre su cabeza; después me hizo todas las señales imaginables de sumisión para manifestarme que quería servirme toda su vida.

Comprendía yo la mayor parte de aquellos signos, y procuraba demostrarle que estaba muy contento con él. Luego probé a hablarle y enseñarle a que me contestase a su vez. Traté también de hacerle aprender el nombre



Mandé a Domingo que reuniese e hiciera un montón de todos aquellos restos...

que había decidido darle, que era el de Domingo, por ser éste día de la semana en que le libré de los salvajes. Le enseñé también a llamarme amo y a decir *sí* y *no*, haciéndole comprender lo que significaban dichas palabras. En seguida le presenté leche en una especie de vaso de barro; bebí primero; después mojé pan y le dí un pedazo para que pudiese hacer lo mismo. Tan pron-

to como lo gustó, me significó que le agradaba mucho. Permanecí toda la noche en la gruta con él; pero cuando llegó el día le dije, por señas, que me siguiera.

Cuando llegamos al sitio donde estaban enterrados los salvajes, me lo designó exactamente y me indicó las señales que había hecho para conocerlo. Luego le conduje a la cumbre de la colina, para ver si sus enemigos se habían alejado de la isla.

Por medio de mi anteojo descubrí el paraje donde habían estado los salvajes; mas ni los vi a ellos ni a sus canoas, indicio cierto de que se habían embarcado sin cuidarse de sus dos camaradas.

Dí una espada a Domingo y le hice colocarse el arco y las flechas en la espalda, porque le veía muy diestro para servirse de ellos; después le encargué que llevase una escopeta para mí, cogiendo yo otras dos. Armados así, marchamos hasta el paraje visitado por los salvajes. Cuando llegué al citado lugar, mi sangre se heló y me faltó el valor a la vista de un espectáculo que era verdaderamente horrible.

Mandé a Domingo que reuniese e hiciera montón de todos aquellos espantosos restos y que encendiera una gran hoguera para reducirlo todo a cenizas.

Después de esto regresamos a lo que llamo fortaleza, donde me puse a trabajar para Domingo. Primero le dí unos calzones de lienzo; añadí una chaqueta de piel de llama, perfectamente cortada, pues había llegado a ser un sastre regular; después le hice una gorra de piel de liebre muy cómoda y bastante elegante. Estaba encantado de verse casi tan bien vestido como su amo, aunque su traje le diese al principio un aspecto grotesco; sobre todo, los calzones eran muy molestos para él. Las mangas de la chaqueta también le incomodaban en los hombros y debajo de los brazos; pero retoqué todo lo que era necesario, y el hábito le hizo bien pronto acostumbrarse a estar vestido.

Al día siguiente me puse a reflexionar dónde podría colocar a mi criado de una manera conveniente para él y cómoda para mí mismo. Nada mejor que construir una pequeña choza entre mis dos fortificaciones. Como había una salida que daba a mi cueva, cerré su paso con una puerta de tablas que se abría por la parte interior; cerraba esta puerta durante la noche y retiraba también mis dos escaleras, de suerte que Domingo no hubiera podido ir a mi fortificación interior sin hacer bastante ruido para despertarme.

En cuanto a las armas, las ponía todas cerca de mí durante la noche; mas no fueron necesarias tales precauciones, porque dudo que nadie haya tenido jamás un criado más fiel, más leal y más adicto que mi buen Domingo.



CAPITULO XXIV

LA EDUCACION DE DOMINGO

MI nuevo compañero, me agradaba extremadamente y me ocupaba en enseñarle a ser útil, diestro, industrial y, sobre todo, a que me hablara y comprendiera. Era el mejor discípulo que jamás pude soñar; tan risueño, tan constantemente aplicado y tan gozoso cuando podía comprenderme o hacerse entender de mí. Hallaba un verdadero placer en hablarle. Mi existencia era entonces tan dulce, que si no hubiera sido por el temor a los salvajes, no habría tenido deseos de salir de allí.

Le llevé una mañana al bosque, donde tenía intención de matar una de mis llamas domésticas, mas divisé en el camino una llama echada a la sombra con sus dos hijos. Hice parar a Domingo. En seguida apunté, disparé y maté a uno de los hijos. El pobre salvaje, que ya me había visto matar a uno de sus enemigos a una gran distancia sin saber por qué medio, se asustó tanto, que se echó a temblar como un azogado; de tal modo, que creí iba a caer desmayado. Así, sin mirar si había muerto o no la llama, no pensó más que en entreabrir su chaquetón para ver si estaba herido. Creyó, sin duda, que había querido matarle, pues fué a hincarse de rodillas ante mí, abrazándome y dirigiéndome palabras que yo no comprendía. Le levanté, y sonriéndome quise darle darle a entender que no trataba de hacerle ningún daño. En aquel momento ví un papagayo en un árbol. Para explicar a Domingo lo que quería hacer, le llamé y le enseñé el pájaro, después mi

escopeta y por último la tierra que estaba debajo del pájaro, a fin de hacerle ver que mi deseo era que cayese en el sitio que le había señalado. Hice fuego y vió al instante caer al papagayo. El estupor en el cual quedó sumido al ver aquello le duró algún tiempo, y aun creo que si le hubiese dejado hacer me hubiera adorado, lo mismo que a mi escopeta. Estuvo muchos días sin atreverse a tocarla; pero cuando estaba cerca de ella le dirigía palabras suplicantes y parecía aguardar que le respondiese. Luego, andando el tiempo, me confesó que había rogado a la escopeta que no le matara. Cuando se hubo repuesto un poco del susto, le mandé que fuese a buscar el pájaro muerto. Obedeció; más no volvió en seguida, porque el papagayo no había muerto del tiro y se había arrastrado a gran distancia del paraje en que había caído. Al fin lo encontró, lo recogió y vino a traérmelo. Como no comprendía el efecto de mi escopeta, aproveché su ausencia para cargarla otra vez sin que él lo viese, a fin de tenerla pronta si se presentaba nueva ocasión; más no hubo lugar de ello. Trasladé la llamita a mi morada, puse a hervir en seguida algunos pedazos en una olla destinada a dicho uso e hice una excelente comida.

Tan pronto como la guisé di un trozo de carne a mi criado, que se mostró muy contento y le gustó mucho aquella clase de alimento; pero le pareció muy extraño verme comer aquella carne con sal. Para mostrarme que la sal no era buena, se puso un poco en la boca, pareció tener náuseas, la arrojó en seguida toda y fué a enjuagarse con un poco de agua fresca. Yo, a mi vez, comí un pedazo sin sal e hice los mismos gestos que él; pero no pude decidirle a hacer uso de ella. Él no quiso ponerla en los alimentos hasta mucho tiempo después, y aun entonces en muy pequeña cantidad.

Después de haberle hecho probar la carne cocida, determiné el día siguiente regalarle otro pedazo de carne asada. Colgué uno de una cuerda, como había visto en Inglaterra; después clavé dos estacas a cada lado del fuego, y colocando a la extremidad un palo atravesado até en él la cuerda e hice dar vueltas continuamente a la carne.

Este asador de mi invención excitó la admiración de Domingo; pero cuando hubo probado el asado empleó tantas señas para manifestarme cuánto le gustaba, que no pude menos de comprenderle.

Al día siguiente le tuve ocupado en trillar y cribar el grano a mi modo, lo que llegó a realizar tan bien como yo, sobre todo cuando comprendió que era para hacer pan, pues le manifesté cómo lo amasaba y cómo lo hacía cocer en el horno; en poco tiempo llegó a ejecutar todas mis tareas tan bien como yo.

Aquel año fué el más delicioso que pasé en la isla. Domingo comenzaba a hablar bastante bien: sabía el nombre de casi todas las cosas que podía pedirle y de todos los parajes adonde le enviaba. Como hablaba mucho, volvía a usar mi idioma, que me había sido inútil por espacio de tanto tiempo.

Quise averiguar si todavía sentía alguna inclinación a su país natal, y, habiéndose instruído ya lo suficiente en mi lengua para que pudiese contestar a mis preguntas, le interrogué si el pueblo al que él pertenecía triunfaba siempre en las batallas. Sonrió y contestó chapurreando el inglés:

— ¡Sí, sí!; ventaja siempre nuestro.

— Pues si *ventaja siempre* vuestro, ¿cómo es que te hicieron prisionero?



... y vió al instante caer al papagayo. . .

- ; Todos nación mi batir!
—¿Cómo, que los de tu nación *batieron a todos?* ¡Si estás prisionero, el batido serás tú!
— Más hombres de ellos que nuestros había donde yo estaba; ellos nos



y para señalarme el número lo hizo por medio de piedrecitas.

tomar presos uno, dos, tres y yo. Mi nación presos ellos dos, tres, mil, y luego mil.

— Pero, ¿por qué, si vencieron los de tu nación, no vinieron a rescatarte del poder del enemigo?

— Porque enemigo meter uno, dos, tres y yo canoa, agual por el corre; mi nación no canoa entonces.

Pregunté a Domingo cuánta distancia habría del continente a la isla en que nos hallábamos y otras muchas cosas referentes a aquellas tierras:

Robinson Crusoe

sus habitantes, mares que las rodeaban y naciones con que confinaban. Me dijo cuanto sabía. Le pregunté cómo se llamaban los habitantes, y sólo pude lograr que me respondiese:

— *Carib.*

De esto deduje que se refería a los caribes, que nuestros mapas colocan en aquella porción de América que se extiende de las bocas del Orinoco a la Guyana, y más allá hasta Santa Marta. Me habló de que hacia el Poniente había hombres con barbas como las mías; le pregunté si podríamos ir de nuestra isla adonde ellos estuviesen, a lo que respondió:

— ¡Sí, sí; con canoa dos veces!

Pregunté qué era aquello de canoa dos veces, y sin gran dificultad comprendí que se trataba de un barco que fuera como dos veces la canoa.

Esto hizo que me entrara una viva comezón de emprender el viaje y que comprendiese que no era un desvarío alentar la esperanza de abandonar la isla, a lo que, sin duda, podía contribuir muy eficazmente aquel pobre salvaje.



CAPÍTULO XXV

LA LEALTAD DE DOMINGO

POCO a poco fuimos entrando Domingo y yo en mayor relación, de modo que él pudo entenderme cuanto le decía, y yo comprender sus pensamientos, expuestos con una sintaxis muy original.

Le referí mi historia, mi llegada a la isla y mi permanencia en ella. Mucha fué su admiración al ver qué fácil explicación tenía el disparo de un mosquete y qué cosa tan útil era la pólvora.

Le describí los países del mundo, en particular los de Europa, y sobre todo Inglaterra, de donde le hice saber que era yo natural; nuestros usos y costumbres, comercio marítimo, y al hablarle de éste le expliqué qué era un barco, cómo naufragué y en qué punto de la isla, mostrándole los restos de la lancha que había sido arrojada a la playa por el temporal.

Cuando la vió Domingo quedóse muy pensativo y permaneció contemplándola largo rato, hasta que, preguntándole en qué pensaba, me contestó:

—Yo ver cosa como ésa que estar venido con mi gente.

No sin trabajo llegué a entenderle que un lanchón por el estilo de aquél había llegado a las playas de su país impelido por las olas; de lo que deduje que algún buque europeo había naufragado en aquellas costas y soltado alguna lancha, que por el furor del oleaje quedó estrellada en la playa. Lo que no se me ocurrió, a pesar de mi ejemplo, fué la idea de que en la lancha pudiera haber algunos tripulantes que se hubiesen salvado del

naufragio; tampoco pensé de qué nacionalidad pudiera ser el barco, y me limité a averiguar su forma, que Domingo me explicó a su modo, llenándome de asombro cuando dijo:

— Nosotros salvar hombres blancos de ahogarse.

— Pero, ¿había hombres en la chalupa?

— Barco llena de hombres.

— ¿Cuántos?

Domingo contó por los dedos hasta diez y siete.

— ¿Qué ha sido de ellos?

— Vivir; están con mi gente.

Aquella noticia suscitó nuevas ideas en mi imaginación, supuse, desde luego, que se trataba del barco naufragado cerca de la costa de mi isla, y torné a asediar a Domingo con preguntas, a las que contestó asegurándome que los hombres blancos vivían aún; que llevaban cuatro años recibiendo vituallas de los salvajes, que los dejaba vivir en paz.

Transcurrido algún tiempo, y hallándome en la parte oriental de la isla, desde donde se veía en tiempo claro el continente americano, Domingo miró a tierra con gran ansiedad, y luego se puso a saltar y a bailar, llamándome a grandes voces, porque estaba a larga distancia de él.

— ¿Qué ocurre? — le pregunté.

— ¡Oh, qué alegría, amo! ¡Oh qué felicidad! ¡Aquel, mi país, mi nación!

Una extraordinaria animación se reflejaba en su rostro; brillaban sus ojos, y todo su aspecto era de extravagante entusiasmo.

Quise conocer el estado de su ánimo, y una tarde en que el horizonte estaba bastante despejado para que se pudiera divisar el continente, y que paseábamos juntos por la colina referida, le dije:

— Domingo ¿no quieres volver a tu país, a tu nación?

— Sí — me respondió —; yo muy alegre ver mi nación.

Le pregunté si tenía deseos de volver con los suyos. Se sonrió al oír estas palabras, y me contestó que no podría nadar hasta allá. Le prometí entonces hacerle una canoa; mas me dijo que no partiría si yo no consentía en seguirle.

— ¡Yo partir contigo! — exclamé —. Tus gentes me comerían si iba a encontrarlos.

— ¡No, no! Yo hacer ellos amaros mucho.

Se proponía contarles que yo había quitado la vida a sus enemigos y salvado la suya. Después se explicó a su modo de qué manera habrían tratado a los diez y siete hombres blancos, como él les llamaba, que abordaron a su país por efecto del naufragio.

Debo confesar que desde aquel instante concebí la idea de aventurarme a hacer el viaje, con el deseo de reunirme con los hombres barbudos, que, a mi parecer, debían de ser españoles o portugueses. No dudaba que, una vez en el continente y con numerosa compañía, fuera posible encontrar algún medio de volver a mi patria, lo que no debía esperar en una isla a cuarenta millas de la costa y en un sitio donde me hallaba solo y sin socorros. Pasados algunos días, emprendí de nuevo con Domingo la conversación, diciéndole que quería darle un bote para que volviese a su país. Le conduje, en

consecuencia, al otro lado de la isla, donde se hallaba mi canoa; después de haberla sacado del agua, donde había cuidado siempre de tenerla metida. y de haberla puesto en la arena, la examiné, encontrándola bien; la botamos



—... ¡Aquél, mi país, mi nación!

al agua y entramos ambos en ella. Vi que Domingo estaba muy diestro en las maniobras y que hacía marchar la barca casi tan rápidamente como yo hubiera podido hacerlo.

— Y bien — le dije entonces —, Domingo, ¿iremos hacia tu país?

Me pareció que quedaba como estupefacto al oír esta pregunta, sin



-- ¡Vos matar Domingo!

duda porque la canoa le parecía pequeña para semejante viaje. También le dije que tenía otra mayor, y al siguiente día le llevé al lugar donde estaba la primera canoa que había hecho, y que no había podido trasladar hasta el agua. Le pareció bastante grande; pero como yo no había tenido ningún cuidado de ella y permanecía en aquel sitio la friolera de veintitrés años, el sol la había resecado y rajado de tal modo, que estaba reducida a astillas. Domingo me aseguró que una canoa igual sería suficiente y podría contener, como él decía, bastante muchos víveres, de beber y pan. Esta seguridad me

afirmó de tal suerte en mi resolución, que le dije que nos faltaba hacer una igual, a fin de que él pudiese volver a su país. Nada replicó; pero se puso serio y triste. Le pregunté que le sucedía y respondió:

—¿Por qué os habéis enfadado con Domingo? ¿Qué haber hecho?

Le interrogué qué significaba aquello, y le aseguré que ninguna incomodidad me había causado.

—¿Ninguna incomodidad?—replicó, repitiendo esta palabra muchas veces—. ¿Por qué enviar Domingo a mi nación?

—Pues qué, ¿no has dicho que deseabas volver?

—Sí—contestó—; desear los dos allá; no querer Domingo allá y mi amo acá.

En una palabra: no quería oír hablar de partir sin mí.

—Vamos a ver, Domingo, ¿qué iría yo a hacer allí?

Y replicó vivamente:

—Vos hacer mucho bien; vos enseñar hombres salvajes ser hombres buenos, sabios, hombres domésticos y vivir nueva vida.

—¡Ah, Domingo, no sabes lo que te dices! Yo no soy más que un ignorante.

—¡Sí, sí; vos enseñar a mí bien; vos enseñar ellos bien!

—¡No, no!—continué—. Tú partirás solo, Domingo; tú me dejarás vivir aquí, en esta soledad, como antes.

Pareció de nuevo aterrado por aquellas palabras; después, cogiendo la pequeña hacha que de ordinario llevaba, me la presentó con vivacidad.

—¿Qué quieres que haga?—le dije.

—¡Vos matar Domingo!

—¿Y por qué matarte?

—¿Y por qué enviar Domingo lejos, fuera? ¡Vos matar Domingo, no enviar Domingo!

Pronunció estas últimas palabras con tanta emoción, que vi sus ojos arrasados en lágrimas. Reconocí la sinceridad de su adhesión para conmigo y la entereza y bondad de su carácter, y le prometí que no se apartaría de mi lado mientras él quisiese permanecer allí.



CAPÍTULO XXVI

SORPRESA EXTRAORDINARIA

A SEGURANDOME de que su adhesión era tan completa nos pusimos a buscar un árbol grande para construir una piragua o canoa. Domingo me indicó uno, y comprendí que él conocía mejor que yo la madera más a propósito para nuestro objeto.

Domingo se preparaba a quemar el interior del tronco para hacer la canoa; pero le señalé el modo de vaciarla con las herramientas, de las cuales se sirvió en seguida con mucha destreza. Después de un mes de muy penoso trabajo, concluimos la piragua. Empleamos aún otros quince días en conducirla al mar, y aunque era tan grande, me sorprendió ver con qué destreza y rapidez la manejaba Domingo. cómo la hacía virar y qué impulso le daba con los remos.

Tenía yo el proyecto de proveer a mi canoa de un mástil, una vela, un áncora y un cable.

Empleamos cerca de dos meses en terminar aquel trabajo. Completé los aparejos añadiendo al mástil un pequeño estay, sobre el cual coloqué una vela a manera de trinquete, para ayudarme a tomar el viento. Finalmente, lo que era más necesario que todo esto, fijé en la popa de mi canoa un timón

para poder dirigirla. Cuando estuvo todo concluído, me fué preciso enseñar a Domingo la maniobra de mi piragua, pues aunque sabía muy bien dirigirla con los remos, ignoraba por completo el manejo de la vela y del timón. Se quedó asombrado al verme gobernar la canoa y hacerla virar por medio de la barra y variar mi ruta cambiando las velas de todos modos; no podía volver de su sorpresa. No obstante, al poco tiempo todo le fué familiar y se convirtió en un excelente marinero.

Había llegado el año vigésimo séptimo de mi destierro en la isla, aunque no deba comprender bajo este nombre los tres últimos que había pasado con Domingo, gozando de otra vida distinta que antes de su llegada.

Habíamos tomado todas las precauciones para que nuestro nuevo barco estuviera lo más seguro posible, y lo habíamos conducido a la ensenada donde, como he dicho, desembarqué con mis balsas. Lo arrastramos sobre la playa durante el reflujo, y Domingo hizo un hoyo lo bastante profundo para que se conservara sin movimiento; después, cuando sobrevino el flujo, hicimos una especie de dique para impedir que el agua entrase; la canoa quedaba así en seco, a pesar de la subida de las aguas. Para preservarla de la lluvia la cubrimos con multitud de ramas de árboles. Aguardamos así los meses de Noviembre y Diciembre, que yo había señalado para realizar mi proyecto.

Cuando llegó el buen tiempo y el cielo empezó a estar más despejado, el deseo de ejecutar mi empresa me ocupaba diariamente en prepararlo todo para el viaje.

Estaba una mañana trabajando en mis preparativos, llamé a Domingo y le mandé que fuese a la playa a buscar tortugas, cuando le vi volver corriendo y lanzarse por encima de mi trinchera exterior, como si sus pies no tocasen en el suelo. Antes de que hubiese tenido tiempo en interrogarle, exclamó:

— ¡Ah, señor! ¡Ah, señor! ¡Ah, pena! ¡Ah, desgracia!

— ¿Qué hay, Domingo?

— ¡Oh, allá abajo una, dos, tres canoas; una, dos, tres!

Creí al pronto, según su modo de expresarse, que había a lo menos seis canoas; pero al preguntarle, supe que no eran más que tres.

— Y bien, no te asustes — le dije.

Le animé cuanto me fué posible, pues el pobre estaba horriblemente espantado. Se le había metido en la cabeza que los salvajes habían ido expresamente a buscarle para matarle. Temblaba de tal modo, que no sabía qué hacer. Le dije que en el mismo peligro me encontraba yo.

Le pregunté si, viéndome resuelto a defenderle, quería defenderme también, no apartarse de mi lado y hacer todo lo que le ordenara. Respondió:

— Yo morir cuando vos mandéis morir, amo.

En seguida fuí a buscar ron y le hice beber un buen trago; porque lo había economizado tanto, que aún me quedaba una buena cantidad.

Cuando hubo bebido le hice tomar las dos escopetas que llevábamos siempre y las cargué con munición tan gorda como balines de pistola. Luego cogí cuatro mosquetes, en cada uno de los cuales metí dos trozos de hierro y cinco balines, y, por fin, mis dos pistolas, poniendo dos balas en cada una.

Colgué, como de costumbre, mi gran sable desnudo al costado y entregué a Domingo su hacha. Cuando hube tomado todas estas disposiciones, cogí el anteojo y trepé a la colina. Divisé claramente que había veintiún salvajes, tres prisioneros y tres canoas, y que sus planes parecían consistir en hacer un festín triunfal con aquellos tres desgraciados.

Observé también que habían desembarcado, no en el paraje donde Domingo se había escapado, sino más cerca de mi pequeña bahía. En aquel sitio la playa era baja, y un espeso bosque llegaba casi hasta el mar. Este descubrimiento y el horror que me causaba la sangrienta empresa de aquellos miserables me indignaron de tal manera, que volví a bajar donde se hallaba Domingo y le dije que había decidido atacarlos, preguntándole si me ayudaría. Entonces él, vuelto de su espanto y reanimado por el ron que le había dado, se mostró lleno de resolución y repitió que moriría si le mandaba que muriese.

Distribuí entre los dos las armas que acababa de cargar; di a Domingo una pistola y tres escopetas; tomé la otra pistola con las tres escopetas que quedaban, y equipados de esta manera, salimos.

Había guardado en mi bolsillo una botellita de ron y había cargado a Domingo con un gran saco lleno de pólvora y balas. Le di por consigna que me siguiera sin separarse un instante de mí, ni moverse, ni tirar, ni hacer cosa alguna sin que yo se lo mandase, y, sobre todo, que se abstuviera de hablar. En seguida describí un círculo de cerca de una milla para acercarme a la ensenada pasando por el bosque, de manera que pudiese llegar a tiro de fusil de los salvajes sin que advirtieran nuestra presencia.

Penetré en el bosque con toda la precaución y silencio posibles, siguiéndome Domingo; le mostré un grueso árbol, justamente al extremo del bosque, y le mandé que fuese para decirme si desde allí se veía bien lo que pasaba. Volvió inmediatamente, asegurándome que se veían perfectamente los salvajes; que estaban todos alrededor de una hoguera, comiéndose a uno de sus prisioneros; que otro, que iban a matar muy pronto, yacía fuertemente atado sobre la arena, a poca distancia del fuego, y añadió, que este último no era un prisionero de su nación, sino uno de los hombres blancos y barbudos que habían ido a su país, según me había referido. Trepando a un árbol vi distintamente con mi anteojo un hombre blanco echado sobre la playa, con las manos y los pies sujetos; reconocí que era un europeo y que estaba vestido. Desde el lugar en que yo me hallaba al en que ellos estaban había más de cien varas de distancia; a la mitad de dicha distancia había otro árbol y delante de éste un zarzal sumamente espeso.

Dando un pequeño rodeo podía llegar sin ser descubierto, y allí no estaría más que a medio tiro de escopeta; dominé mi cólera, a pesar de estar excitado hasta el más alto grado de furor, y retirándome cerca de veinte pasos me deslicé por en medio de las zarzas que cubrían todo el camino hasta el otro árbol, donde encontré una pequeña altura desde la cual pude ver claramente a los salvajes a una distancia poco menor de cuarenta varas.

Entonces me volví a Domingo, y le dije:

— Ahora haz lo que voy a mandarte.

Respondió que me obedecería.

— Haz, pues, exactamente lo que me veas hacer.

Dejé en el suelo uno de mis mosquetes y mi escopeta de caza, y Domingo hizo otro tanto; después, con el otro mosquete apunté a la rueda de los salvajes, ordenándole que me imitase.



... habia yo desenvainado mi cuchillo y corraao las ligaduras que sujetaban a la víctima.

— ¿Estás pronto? — le dije entonces.

— Sí — respondió.

— Pues ¡fuego sobre ellos!

Y disparamos al mismo tiempo.

Domingo hizo la puntería mejor que yo, porque hirió a tres y mató a dos, mientras que yo, por mi parte, no maté más que a uno y herí a dos.

Es imposible describir el mortal espanto que se apoderó de los salvajes. Todos los que no fueron heridos se levantaron precipitadamente; mas no sabían por dónde huir, pues ignoraban de qué lado les venía la muerte.

Inmediatamente después de mi primera descarga, arrojé el mosquete y cogí la escopeta de caza, haciendo Domingo lo propio. Al verme apuntar hizo otro tanto.

— ¿Estamos ya, Domingo?

— Sí —, me respondió.

— ¡Fuego pues!

Y descargamos por segunda vez nuestras escopetas sobre aquellos desgraciados, que estaban aterrorizados de espanto. Como las escopetas estaban cargadas solamente con munición gruesa y balines de pistola, no cayeron más que dos; pero herimos a tantos, que los vimos correr hacia diversos lados, todos cubiertos de sangre, aullando y dando alaridos, como locos; muchos de ellos estaban en tan lamentable situación que un momento después cayeron otros tres, aunque no murieron al pronto.

— Ahora, Domingo — grité, arrojando el arma descargada y tomando el único mosquete que quedaba cargado —, sígueme.

Obedeciéndome valerosamente. Entonces me lance fuera del bosque y me mostré a los salvajes con Domingo, que me seguía. Di un grito terrible, ordenando a Domingo que hiciese lo mismo, y eché a correr con tanta precipitación como lo permitía el peso de mis armas, derecho a la pobre víctima, que yacía sobre la arena.

Los dos que iban a ejecutarle huyeron sobrecogidos de espanto hacia la ribera y saltaron a una canoa, donde fueron seguidos por otros tres.

En seguida me volví a Domingo y le dije que los persiguiese y les hiciera fuego. Al instante me comprendió, y corriendo para acercarse a ellos, disparó. Creí que no había dejado uno siquiera, pues cayeron unos encima de otros en la misma canoa, pero luego vi que se levantaban dos con la mayor prontitud.

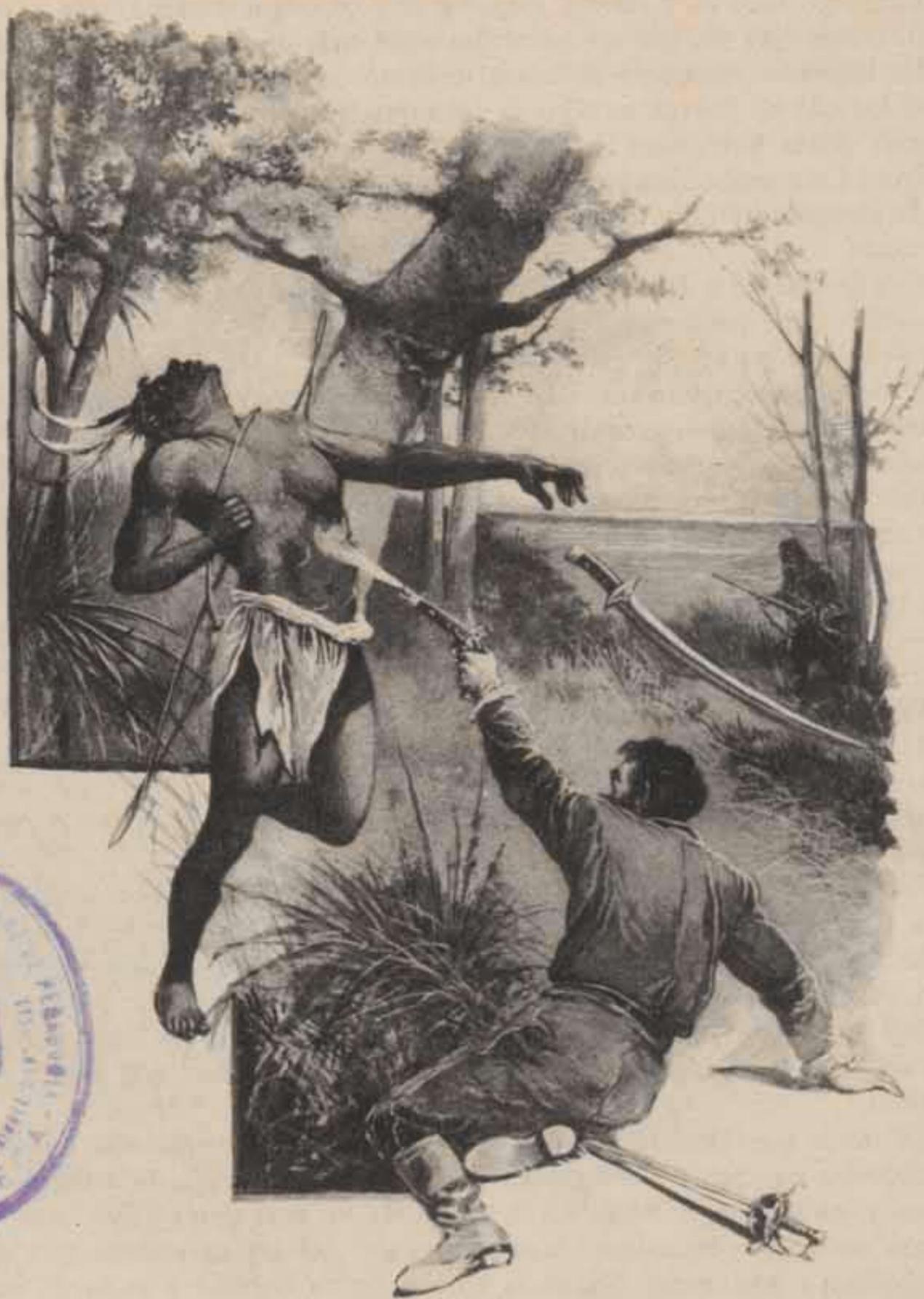
En tanto que Domingo hacía fuego había yo desenvainado mi cuchillo y cortado las ligaduras que sujetaban a la víctima. Cuando le hube desatado los pies y las manos, le levanté y le pregunté en portugués quién era. Él me contestó en latín: *christianus*. Mas estaba tan débil y extenuado que apenas podía hablar y sostenerse. Saqué la botella de mi bolsillo y se la di, haciéndole señas de que bebiese, lo cual efectuó; después le ofrecí un pedazo de pan, que comió. Entonces le supliqué me dijera a qué nación pertenecía.

— Español — me respondió.

Luego que hubo recobrado un poco de ánimo me manifestó del modo que pudo cuán reconocido me estaba por haberle salvado.

— Señor — le dije, recordando lo que pude el español —, después hablaremos; ahora es preciso pelear. Si usted se siente ya con suficientes fuerzas, tome esta pistola y este sable y haga de ellos el uso que mejor le parezca.

Desde el instante que hubo tocado las armas, y como si le hubiesen co-



...tomando la pistola que llevaba en la cintura la descargó sobre su enemigo...

municado nuevo vigor, se precipitó sobre sus enemigos con tanta furia, que dejó tendido en el acto a dos de ellos; es necesario decir que los pobres estaban tan asustados de los tiros, que se dejaban caer de miedo y sobresalto y eran tan incapaces de huir como de resistir a las balas. Esto fué lo que sucedió a los cinco de la canoa sobre los cuales Domingo hizo fuego, pues tres cayeron de resultas de las heridas y los dos restantes únicamente de miedo.

Permanecía yo con la escopeta sin disparar, para reservar el único tiro que me quedaba, pues había dado al español mi pistola y mi sable. Llamé a Domingo y le mandé que corriese al árbol desde donde habíamos hecho fuego al principio y que trajera las armas descargadas, lo que hizo con la mayor prontitud. Entonces le di mi mosquete y me senté en el suelo para cargar todas las armas.

Mientras cargaba vi que se había empeñado un terrible combate entre el español y uno de los salvajes, que le atacaba con uno de aquellos pesados sables de madera destinados a degollarle.

El español era tan valiente y atrevido, que a pesar de estar débil en extremo combatía ya hacía algún tiempo con el indio y le había hecho dos grandes heridas en la cabeza; pero el salvaje, que era un hombre robusto y vigoroso, habiéndole cogido por la cintura, le había derribado y se esforzaba en arrancarle el sable de las manos. El español, echado en el suelo, abandonó hábilmente el sable, y tomando la pistola que llevaba en la cintura la descargó sobre su enemigo y le dejó muerto en el acto.

Domingo en completa libertad, perseguía con ardor a los fugitivos sin otra arma que su hacha, con la cual remató a los tres que nuestras descargas habían derribado sin matarlos y en seguida a todos los que pudo alcanzar. Por su parte, el español había tomado otra escopeta y perseguía a dos salvajes heridos; más como no podía correr llegaron a internarse en el bosque, donde Domingo les persiguió, logando matar a uno; el otro, aunque herido, era demasiado ágil: llegó al mar, se arrojó a nado y se reunió en la canoa con otros dos camaradas. Estos tres salvajes y otro que había sido herido en la misma canoa, sin que hayamos podido saber si sobrevivió a no, fueron los únicos que escaparon. He aquí la lista, según cálculos que luego hice:

Muertos de la primera descarga hecha detrás del árbol. . .	3
Idem de la segunda	2
Idem en la canoa por Domingo	2
Heridos primero y muertos después por Domingo.	2
Muertos por el español	3
Idem en el bosque por Domingo	1
Idem de resultas de heridas o por Domingo.	4
Escapados en la canoa, entre ellos uno herido o muerto. . .	4
EN TOTAL.	21



CAPÍTULO XXVII

EL PADRE DE DOMINGO

LOS que estaban en la canoa remaron a todo escape para ponerse fuera de tiro. Fui a ver a la otra piragua y me sorprendí al encontrar a un desgraciado echado en el fondo. Estaba casi muerto de miedo el infortunado, amarrado de pies a cabeza, estaba tan oprimido y llevaba así tan largo tiempo, que apenas le quedaba un soplo de vida. Corté inmediatamente los juncos o hierbas con que le tenían atado y luego probé a levantarlo; pero no podía ponerse en pie ni hablar.

Se aproximó Domingo al instante y le ordené que hablase a aquel pobre diablo y que le anunciara que se había salvado. Tomando mi botella le hice beber, con lo cual y con la nueva de su libertad se reanimó un poco y tomó fuerzas para sentarse en la canoa. Mas tan pronto como Domingo hubo oído hablar a aquel pobre salvaje y le contempló empezó a abrazarle de tal modo que era imposible presenciar aquella escena sin conmoverse: gritaba, reía, lloraba, saltaba alrededor de él, bailaba, cantaba, volvía a saltar, se torcía las manos, se golpeaba la cara y la cabeza, volvía a cantar y a bailar de nuevo, como un hombre que ha perdido el juicio. Pasó algún tiempo antes de que pudiera hablarme y decirme lo que aquello significaba; pero cuando volvió un poco en sí me dijo:

— ¡Este hombre es mi padre!

Es difícil expresar cuánto me conmoví con los transportes de alegría y amor filial de aquel pobre salvaje a la vista de su padre.

Le cuidaba con tal extremo que durante algún tiempo no tuve valor para distraerle. Le pregunté si había dado de comer a su padre; meneó la cabeza y respondió:

—¡No; yo, ruin perro, comer todo!

Entonces saqué una de mis tortas de un pequeño saco que acostumbraba llevar siempre conmigo y se la di. Le ofrecí a él también un trago de ron; pero no quiso probarlo y lo guardó para su padre. Todavía conservaba dos o tres racimos, de los cuales le di también para su padre. No bien le hubo llevado las uvas cuando le vi salir de la canoa como si hubiera estado hechizado y escapar con tanta velocidad que nunca he visto un corredor más ágil. En menos de un cuarto de hora volvió con una de mis vasijas de barro para llevar agua fresca a su padre. En otra mano llevaba dos galletas. El agua reanimó al momento al pobre viejo mejor que el ron que le había dado, pues se moría de sed. Cuando el padre de Domingo hubo bebido, llamé a este último y le pregunté si quedaba un poco de agua. Respondió que sí. Entonces le mandé que la llevase al pobre español, que necesitaba tantos cuidados como su padre; le envié también una de las galletas que Domingo había llevado.

El español, que se sentía, en efecto, muy débil, reposaba sobre la hierba a la sombra de un árbol, con los miembros adormecidos e hinchados a causa de los fuertes nudos con que habían estado oprimidos. Vi que al acercarse Domingo se incorporó para beber, y después tomó el pan, que empezó a comer; me dirigí a él y le di un gran racimo de uvas. Levantó los ojos, me miró y su rostro expresó el más vivo reconocimiento que se ha pintado jamás en rostro humano. Bien que él sostuviera con valor fabuloso el combate, después quedó casi sin fuerzas de tal modo que ni aun podía sostenerse de pie. Probó a levantarse dos o tres veces, pero en vano. Se hallaba enteramente incapaz; tan hinchados y llenos de dolores tenía los pies. Le aconsejé que permaneciese tranquilo y mandé a Domingo que le diera unas fricciones de ron.

Mi pobre y apasionado Domingo cada dos minutos se volvía para ver si su padre permanecía en el mismo sitio en que le había dejado. Una vez, no viéndole, se levantó sin decir una palabra y corrió hacia él con tanta rapidez que apenas tocaban en el suelo sus pies; pero cuando hubo llegado y vió que su padre se había echado para que descansaran sus doloridos miembros, volvió hacia donde yo estaba. Supliqué entonces al español que dejase que Domingo le sostuviera con el objeto de conducirlo hasta la canoa y a fin de trasladarle así a nuestra morada, donde se le prodigarían toda especie de cuidados; pero Domingo, que era tan robusto como ágil, se lo cargó a la espalda y le llevó a la canoa, donde le sentó con mucho cuidado junto a su padre. En seguida, habiendo salido de la canoa, la lanzó al mar, siguió la orilla remando, y a pesar del fuerte viento la hizo avanzar con más rapidez de la que podía emplear yo en mi marcha hasta la ensenada.

Llegados a mi fortificación hicimos en seguida dos lechos con paja de arroz, sobre la cual extendimos mantas.

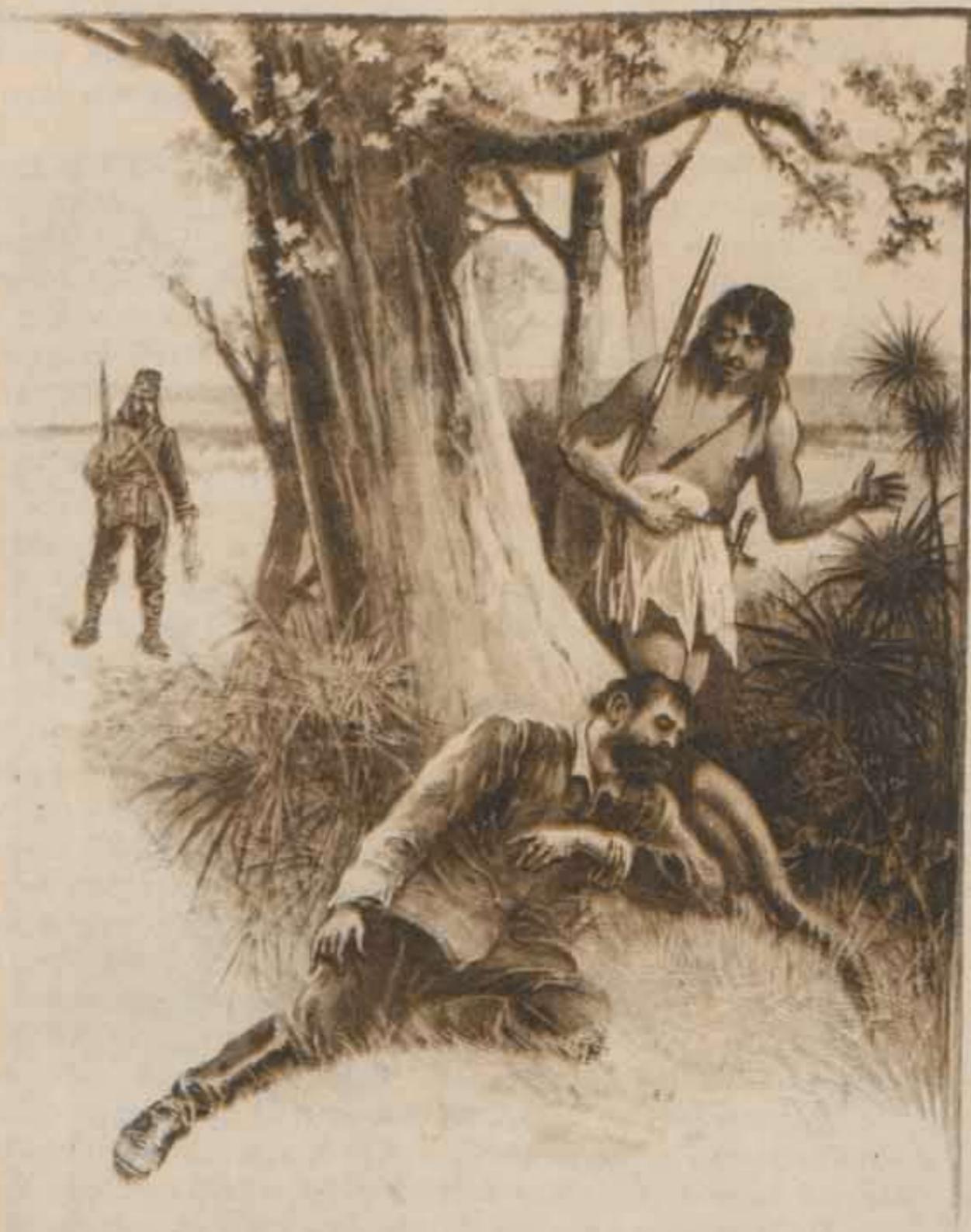
Instalados los dos pobres prisioneros me preocupé de su subsistencia. Primero mandé a Domingo que escogiese de mi rebaño una llama; en segui-

da, cortando un cuarto trasero en pedazos pequeños, le encargué que los hiciese hervir y los guisara. Preparó un excelente guisado de carne, al cual hice añadir un poco de cebada y arroz. En cuanto hubimos cenado, ordené a Domingo que en una de las canoas fuese a recoger nuestras armas, que por falta de tiempo habíamos dejado en el campo de batalla. Al día siguiente hice enterrar a los salvajes, cuyos cadáveres, quedando expuestos a los ardores del sol, hubieran podido causarnos enfermedades. Le mandé también que sepultara los restos de su espantoso festín.

Dije a Domingo que preguntara a su padre qué pensaba con respecto a los salvajes escapados en la canoa y si debíamos temer que volviesen con fuerzas superiores, a las cuales no podríamos resistir. Su opinión fué que aquellos desgraciados no habrían podido escapar del temporal que reinó toda la noche después de su fuga y que sin duda alguna se habrían ahogado. Por lo que toca a lo que harían en el caso que hubieran llegado a su país, era de opinión que, asustados mortalmente por el modo como los habíamos atacado, por el ruido y por el fuego de nuestras armas, contarían a sus compatriotas que habían sido heridos por los truenos y rayos, no por las manos de los hombres, y que los dos seres que se les había aparecido (Domingo y yo) debían de ser furias o espíritus celestes venidos sobre la Tierra para destruirlos, más bien que hombres armados. De esto decía que él estaba muy seguro porque había oído a los fugitivos preguntarse los unos a los otros cómo un hombre podría *lanzar fuego, hablar tronando* y matar a gran distancia tan solo con levantar el brazo, según ellos estaban viéndolo. El anciano salvaje tenía razón en esto, porque luego vi que los caníbales no intentaron abordar a mi isla desde entonces, atemorizados, sin duda, por la relación de aquellos cuatro hombres, que, a lo que parecía, se habían salvado de las olas.

Pasado cierto tiempo, y viendo que no parecía ninguna canoa, empecé a pensar de nuevo en mi viaje al continente, asegurándome el padre de Domingo que podía contar con la buena acogida de su nación, en consideración a él. Pero mi designio se enfrió un poco cuando supe, después de una formal conversación que tuve con el español, que diez y seis de sus compañeros, tanto españoles como portugueses, que habían naufragado y se habían refugiado en el país de los salvajes, vivían allí, es verdad, y se conservaban en paz con los naturales; pero siempre estaban en una inquietud perpetua a causa de la dificultad de obtener víveres, y temblando por su vida en términos que por las noches soñaban hallarse en su barco, donde eran bárbaramente atacados y muertos por los salvajes.

Le supliqué que me hiciera una relación de su viaje, y me refirió que iba en un buque español fletado en el Río de la Plata para la Habana, donde debía desembarcar su cargamento, que consistía principalmente en pieles y dinero, tomando todas las mercancías europeas que pudieran obtener para el viaje de retorno. Añadió que iban a bordo cinco marineros portugueses que habían recogido de un barco naufrago, y que cinco hombres de los suyos habían perecido con la embarcación; que los restantes, después de muchos riesgos y peligros, abordaron por fin casi extenuados, a aquella región de caníbales, donde esperaban ser devorados de un momento a otro.



El español, que se sentía muy débil, reposaba sobre la hierba, a la sombra de un árbol...

Me contó también que ellos tenían aún algunas armas; pero que les eran completamente inútiles porque carecían de pólvora y balas, pues con el agua se habían echado a perder las municiones que tenían, a excepción de una corta cantidad que desde los primeros días de su embarco habían aprovechado cazando, para proporcionarse algún alimento. Le pregunté si no habían celebrado muchas conferencias sobre dicho punto; pero que, no teniendo embarcación, ni útiles para construirla, ni provisiones de ninguna especie, sus deliberaciones habían concluido desesperándose todos.

Le rogué me dijese cómo recibirían sus compañeros la proposición que

yo les hiciera de salir de allí y si mi proyecto podría ejecutarse, conduciendo a todos a mi isla. "Francamente —añadí—, temo alguna traición o perfidia de su parte una vez que tengan mi vida en sus manos". Añadí que, por otro lado, llevándolos a mi isla estaba seguro de construir con su ayuda una embarcación bastante grande para conducirnos a todos.

Me respondió que su condición era bastante triste y que ellos la experimentaban demasiado para no rechazar con horror la sola idea de maltratar a una persona que hubiera contribuido a su libertad; que, por lo demás, si quería, él iría con el padre de Domingo para avistarse con ellos, les comunicaría mis ofertas y me llevaría su respuesta; que él no aceptaría ninguna condición sino bajo juramento solemne de que se someterían sin reserva a mi autoridad como dueño y capitán, y dejarse dirigir entera y absolutamente por mis órdenes hasta que yo hubiese abordado sano y salvo a la tierra que designara. Añadió que me llevaría esta obligación firmada por todos y que él quería jurar el primero que mientras viviese no se separaría de mí hasta que se lo mandara; en fin, que vertería a mi lado hasta su última gota de sangre si alguna vez me faltaban a la fe jurada algunos de sus compatriotas.

Con esta seguridad me propuse aventurarme y enviar al español y al anciano salvaje para tratar con ellos. Pero cuando estaba todo dispuesto para la partida, el español mismo encontró una dificultad; lo cual me hizo conocer su prudencia y sinceridad, habiendo quedado plenamente satisfecho de su lealtad. Después de su aviso diferí la libertad de sus compañeros hasta de allí a seis meses lo menos. He aquí por qué: hacía cerca de un mes que vivía él conmigo y le había enseñado de qué manera había provisto a mis necesidades. El sabía perfectamente la cebada y el arroz que había recogido; esta recolección, más que suficiente para mí, no lo era apenas, aun con mucha economía, para mi nueva familia, compuesta entonces de cuatro individuos, y no podía bastar para proveer a la subsistencia de todos sus compatriotas si iban en seguida a habitar a la isla. Ellos eran, según decía, diez y seis. Así, hubiera sido imposible también abastecer una embarcación en el caso de que lográsemos construir una para que nos llevase a cualquiera de las colonias europeas de América. Me aconsejó, pues, que le dejara a él y a sus dos compañeros desmontar y labrar tanta tierra como fuera necesaria para sembrar todo el grano que había de reserva y aguardar la próxima cosecha, que daría para proveer a las necesidades de sus compatriotas; que de otro modo el hambre podría moverlos a descontento, y después de haber aspirado a ser libertados creerían no haber hecho más que cambiar de infortunio.

Su previsión era razonable y su consejo tan sabio que me admiré tanto de su previsión como de su fidelidad. En consecuencia, nos pusimos a trabajar los cuatro en cuanto lo permitían nuestras herramientas de madera, y en el espacio de un mes, al fin del cual llegó el tiempo de la siembra, desmontamos un terreno suficiente para sembrar veintidós fanegas, o poco menos, de cebada, y diez y seis de arroz.

Éramos entonces los suficientes para no temer a los salvajes, a menos que fuesen en gran número, y recorriamos toda la isla ocupados completamente en nuestros proyectos de libertad. Con gran alegría advertí que había muchos árboles que eran a propósito para mis miras. Empléé a Domingo y a

su padre en derribarlos e invité al español, que conocía mis designios y mis intenciones, a que los dirigiese y tuviera cuidado de su trabajo. Les demostré



El español y el viejo salvaje partieron en una de las canoas...

con qué dificultades había cortado en tablas un árbol muy grueso y grande y les encargué que hiciesen lo mismo hasta que hubiera una docena de tablones de buen roble, de cerca de dos pies de ancho por treinta y cinco de largo y de dos a cuatro pulgadas de grueso. Al mismo tiempo me ocupaba en aumentar todo lo posible mi rebaño.

Un día enviaba a Domingo a cazar con el español; al día siguiente iba

yo mismo con Domingo: de este modo cogimos veinte llamas que reunimos al resto del ganado. Habiendo llegado la estación de vendimiar, puse al sol tanta cantidad de racimos que hubiéramos podido llenar lo menos sesenta u ochenta barriles de pasas.

En esto llegó el tiempo de la recolección y nuestra cosecha se encontraba en muy buen estado.

Cuando hubimos recogido y puesto en seguridad nuestro grano permití al español que fuese al continente para ver lo que podría hacer con los compañeros que había dejado allí.

El español y el viejo salvaje partieron en una de las canoas en que habían ido o, más bien, habían sido conducidos prisioneros. Di a cada uno un mosquete y ocho cartuchos de pólvora y balas, recomendándoles que fuesen muy económicos y que no hicieran uso de ello más que en ocasiones muy urgentes. Todos estos trabajos me parecieron muy agradables, porque después de veintisiete años eran los primeros que tendían a procurar mi libertad. Entregué a los viajeros provisión de pan y uvas secas suficiente para los dos por espacio de algunos días, y para los demás españoles durante una semana; después, deseándoles feliz viaje, los dejé partir. Había convenido con ellos en una señal que me avisaría su vuelta y con la cual podía reconocerlos antes de que tocasen a la playa. Emprendieron la travesía con viento favorable, el día que comenzaba el plenilunio, y según mi cálculo en el mes de octubre, porque habiendo perdido una vez la cuenta exacta de los días no pude nunca volverla a encontrar. Tampoco había señalado los años con bastante puntualidad para estar seguro de que no me equivocaba; sin embargo, cuando luego eché mi cuenta encontré que estaba cabal en cuanto a los años.



CAPÍTULO XXVIII

EMOCIÓN EXTRAORDINARIA

HACIA ocho días que esperaba la vuelta de mis mensajeros cuando sobrevino un acontecimiento inesperado. Estaba una mañana profundamente dormido en mi retiro, cuando Domingo entró corriendo y me llamó gritando:

— ¡ Señor, señor, han venido !

Salté de la cama, y tan pronto como me hube vestido me precipité a través de mi bosquecillo, como lo llamaba antes, aunque entonces era ya un bosque muy espeso. Salí sin armas, contra mi costumbre; pero me quedé en extremo sorprendido cuando, dirigiendo la vista al mar, divisé una embarcación que iba con rumbo a la isla, llevando una vela desplegada, y a la cual una brisa favorable conducía rápidamente.

Noté al momento que no procedía del continente, sino más bien de la punta meridional de la isla. Llamé a Domingo y le mandé que se ocultase, pues aquella gente no era la que aguardábamos y no sabíamos todavía si eran amigos o enemigos. En seguida corrí a buscar el anteojo, tomando inmediatamente mi escalera trepé a la cumbre de la colina. Apenas hube puesto el pie en la colina cuando distinguí perfectamente un buque anclado a legua y media de la costa. Bien pronto reconocí, sin tener ningún género de duda, que el buque era inglés. Aunque la alegría de ver un barco montado por compatrio-

tas fué tal que me es imposible pintarla, ciertos temores confusos, de los cuales no podía darme cuenta, me aconsejaban que fuese circunspecto. Reflexioné primeramente qué asuntos podían conducir a un buque inglés a aquella parte del mundo, que no era camino para ninguno de los países con los cuales tiene Inglaterra relaciones de comercio.

Al poco tiempo vi que la chalupa iba costeano, para buscar una ensenada donde pudiese dar fondo. Cuando hubieron saltado a tierra me convencí por completo de que eran ingleses, a lo menos la mayor parte. Uno o dos me parecieron holandeses, en lo que me engañé. Entre todos eran once hombres, de los cuales tres estaban desarmados y atados; luego que saltaron los cuatro o cinco primeros hicieron salir de la barca a los que estaban atados. Vi a uno de ellos mostrar por medio de gestos apasionados su dolor y desesperación.

Los otros dos levantaban las manos al cielo de cuando en cuando y parecían muy afligidos. Permanecí confuso al ver aquello y no supe qué pensar. Entonces Domingo exclamó en su inglés chapurrado:

— ¡Oh, señor! ¡Vos ver hombres ingleses comer prisioneros, como hombres salvajes!

— No, Domingo — le respondí —; no creas que van a comérselos.

— Sí — continuó —; ellos quererlos comer.

— No, no — repliqué —. Temo, es verdad, que quieran matarlos; pero puedes estar seguro de que no se los comerán.

Uno de aquellos malvados levantó un gran cuchillo o puñal para herir a uno de los prisioneros, y a mí se me heló la sangre en las venas. Hubiera querido encontrar un medio para llegar a tiro de fusil de aquellos miserables sin ser descubierto a fin de librar a los tres prisioneros, pues no veía en sus verdugos ningún arma de fuego.

Bien pronto se me ocurrió otro recurso. Después de la terrible amenaza hecha por el insolente marino, observé que sus compañeros se dispersaban por la isla, con objeto, sin duda, de reconocer el país.

En el momento en que aquellas gentes habían desembarcado era justamente el del flujo, y no se dieron cuenta de que al llegar el reflujo el mar se retiraría y la chalupa quedaría en seco. Habían dejado para guardarla dos hombres que, según luego vi, habían bebido mucho aguardiente y se quedaron dormidos. Sin embargo, uno de ellos se despertó más pronto que el otro y, encontrando el bote demasiado tierra adentro para que él solo pudiera sacarlo de allí, empezó a dar gritos para llamar a sus camaradas, que vagaban por los alrededores. Al instante acudieron a la chalupa; pero todos sus esfuerzos fueron vanos para botarla al agua.

Entonces oí que uno de ellos decía a otro:

— ¡Eh! Jack, déjala; el flujo mismo, cuando venga, la botará.

Estaba seguro de que la lancha no estaría en disposición de navegar a lo menos por espacio de diez horas; entonces ya sería de noche y podría observar con más libertad sus movimientos. Entre tanto me preparé para el combate.

Mandé a Domingo, del cual había hecho un excelente tirador, que se proveyera de armas. Yo mismo tomé dos escopetas y le di tres mosquetes. Mi aspecto era verdaderamente terrible: llevaba mi formidable vestido de pieles,

con la gran gorra que ya he mencionado, un sable desnudo al costado, dos pistolas a la cintura y una escopeta en cada hombro.

Pensaba no hacer nada hasta que fuese de noche, mas a eso de las dos, en el momento de más calor, observé que se habían dispersado todos por el bosque, probablemente para echarse a dormir la siesta. Los tres infelices prisioneros, demasiado inquietos por su situación para entregarse al sueño, se sentaron en el suelo, a la sombra de un corpulento y frondoso árbol, a la distancia de un cuarto de legua de donde yo estaba y probablemente fuera de la vista de sus guardianes; por tanto, resolví descubrirme a ellos e informarme de su situación. Púseme, pues, en marcha inmediatamente, ataviado según he dicho antes. Domingo me seguía a alguna distancia también formidablemente armado. Me acerqué lo más que pude, y antes de que ninguno de ellos me hubiese divisado, les grité en español:

— ¿Quiénes sois, caballeros?

Levantáronse súbitamente al oírme y se quedaron atónitos ante el aspecto de mi estrambótica figura. En lugar de contestarme, vi que se preparaban para huir, cuando les dije en inglés:

— Caballeros, no os sorprendáis de verme; tenéis quizás un amigo más cerca de lo que creéis. ¿Queréis indicar a un extraño el medio de socorreros, pues me parecéis muy desgraciados? Os vi desembarcar, y cuando parecíais suplicar a aquellos malvados que os han conducido a este sitio con vuestros compañeros de desgracia, noté que uno de aquéllos levantó su puñal para asesinaros.

El desgraciado, temblando y con el rostro bañado en lágrimas, me miró con admiración y al fin me dijo:

— ¿Hablo a un dios o a un hombre? ¿Sois verdaderamente un hombre?

— Tranquilizáos — le respondí — y deponed todo temor; soy un hombre, un inglés, dispuesto a socorreros. Según veis, no tengo conmigo más que un sólo esclavo; pero tengo armas y municiones. Decidme francamente en qué puedo seros útil y qué desgracia es la que deploráis.

— Mis desgracias, caballero, serían demasiado largas de contar y mis asesinos están muy cerca. Pero en dos palabras os diré que soy el capitán de aquel buque. La tripulación se ha sublevado contra mí. Han resuelto dejarme la vida y abandonarme en esta playa desierta con estos dos hombres que están aquí, uno de los cuales es mi segundo y el otro un pasajero. Nosotros esperábamos perecer aquí, creyendo la isla deshabitada, y no sabemos aún qué pensar.

— ¿Dónde están — le dije — vuestros infames enemigos? ¿Sabéis hacia qué lado han ido?

— Están echados allí — me dijo, señalándome un bosquecillo —. Tiemblo ante la idea de que os hayan visto o de que os oigan hablar, pues si eso sucede podemos estar seguros de ser todos asesinados.

— ¿Tienen armas de fuego? — le pregunté.

— Dos fusiles solamente, uno de los cuales ha quedado en la lancha.

— Está bien — dije —. Veo que todos están dormidos. Es fácil matarlos; pero quizás sería mejor hacerlos prisioneros.

Entonces me dijo que entre ellos había dos malvados, de tal suerte furio-

sos, que era muy poco prudente hacerles gracia alguna; pero si se les ponía en situación que les impidiera hacer daño, pensaba que los demás cumplirían con sus deberes. Le supliqué me los indicase. No podía, decía, distinguirlos a aquella distancia; pero prometió obedecerme en todo y por todo.



...se quedaron atónitos al aspecto de mi estrambótica figura.

— ¡Sea! — dije —. Retirémonos, pues, de modo que no puedan vernos ni oírnos si llegan a despertar, y deliberaremos sobre lo que tengamos que hacer.

Siguiéronme con gusto hasta el bosque, donde nos escondimos perfectamente.

— Oídme, caballero — le dije entonces — : yo me arriesgaré a todo para salvaros; pero estad dispuesto para cumplir las dos condiciones que voy a proponeros.

Se anticipó a lo que iba a decir, asegurándome que él y su buque, si lo recobraba, estarían enteramente sometidos a mis órdenes, y que si no podía

reconquistarlo viviría y moriría a mi lado en cualquier parte del mundo a que quisiera llevarle. Sus compañeros me dijeron otro tanto.

— Bueno — dije — : he aquí mis dos condiciones: Primera, Mientras permanezcáis en esta isla no pretenderéis tener en ella autoridad ninguna. Si os doy armas, me las devolveréis cuando yo las pida. No haréis ningún agravio ni a mí ni a los míos y obedeceréis en todo mis órdenes. Segunda. Si el buque se puede recobrar, me transportaréis con mi esclavo gratis a Inglaterra.

Me dió todas las seguridades que la buena fe y la imaginación humana han podido inventar de que, no sólo cumpliría aquellas razonables condiciones, sino que, además, como me debía la vida, se mostraría agradecido mientras viviese.

— ¡Muy bien! — dije — . Tomad estos tres mosquetes, con su correspondiente pólvora y balas. Decid ahora qué es lo que juzgáis más a propósito que hagamos.

Me renovó todas las manifestaciones de agradecimiento y se puso enteramente a mi disposición. Le dije que el mejor partido, a mi entender, era hacer una descarga sobre los revoltosos mientras estaban durmiendo; que si alguno de ellos escapaba de la primera y quería rendirse, podríamos salvarle. Replicó que repugnaba matarlos si se podía hacer de otro modo; pero que con respecto a aquellos dos incorregibles bribones que habían sido los motores de la sublevación, si por desgracia escapaban estaríamos seguramente perdidos, pues volverían llevando el resto de la tripulación, que nos asesinaría a todos.

— Siendo así — dije — , la necesidad sanciona lo que he dicho antes, porque es el único medio de salvarnos.

Sin embargo, viendo que deseaba economizar sangre, le dije que fuera delante con sus dos compañeros y que obrase según mejor le pareciera. A este tiempo se despertaron algunos marineros y bien pronto vimos a dos en pie. Pregunté al capitán si alguno de ellos era uno de los sublevados y me respondió que no.

— Bien — dije — , dejémosles ir. Ahora, si los demás se escapan, vuestra será la culpa.

Animado por mis palabras, se adelantó con el mosquete preparado y una pistola en el cinto, seguido de sus dos compañeros, armados cada uno con un mosquete. Como hicieron algún ruido, uno de los marineros que habían despertado se volvió, y viéndoles llegar se puso a gritar para llamar a sus compañeros; mas era demasiado tarde, porque en el momento en que gritó hicieron fuego los dos que seguían al capitán, reservando éste prudentemente su carga. Habían apuntado tan perfectamente a los motores de la rebelión, a quienes conocían muy bien, que uno quedó muerto en el acto y el otro gravemente herido, se levantó y llamó a los demás a grandes gritos pidiendo auxilio. El capitán se le acercó y al tiempo de decirle que era tarde para pedir socorro, le pegó un culatazo que le dejó tendido sin vida. De aquel grupo quedaban todavía tres, uno de los cuales estaba ligeramente herido. En aquel instante llegué a reunirme con mis compañeros. Cuando ellos conocieron verdaderamente el peligro y la inutilidad de su resistencia, pidieron

cuartel. El capitán les perdonó la vida con la condición de arrepentirse de su infame traición y jurar que le ayudarían a recobrar el buque y a conducirlo de nuevo a la Jamaica (de donde venía). Ellos hicieron las más vivas protestas de fidelidad. Como pareció dispuesto a creerlos y a salvarles la



...le pegó un culatazo que le dejó tendido sin vida.

vida, no me opuse; únicamente les obligué a que estuviesen atados de pies y manos mientras permanecieran en la isla.

En tanto que pasaba esto, envié a Domingo y al segundo del capitán a la chalupa con orden de asegurarla y llevar los remos y las velas, en lo que obedecieron puntualmente. Poco después tres marineros errantes que por dicha suya se habían separado de los demás, acudieron al ruido de los tiros, y viendo a su capitán, que de prisionero había vuelto a ser su dueño, se sometieron y se dejaron atar como los otros, de suerte que nuestra victoria fué completa.

Quedábanos aún al capitán y a mí contarnos mutuamente nuestra:

aventuras. Empecé por las mías; las escuchó con la mayor atención y el más extraordinario asombro, sobre todo por la manera maravillosa con que me había proporcionado víveres y municiones.

Concluída mi narración, le llevé, así como también a sus dos compañeros, a mi fortaleza, y les hice pasar por mi entrada ordinaria, es decir, por encima de la empalizada. Les ofrecí en seguida todos los refrigerios que tenía y les manifesté todas mis invenciones durante mi larguísima permanencia en la isla; todo lo que les enseñaba, todo lo que les decía, les parecía sorprendente.

Le manifesté que aquello era mi castillo y mi residencia; pero que tenía también una casa de recreo en el campo, y le prometí que se la haría ver oportunamente, pues ante todo era preciso tratar de recobrar el buque. Convino en ello, aunque me confesó que no sabía cómo hacerlo. Quedaban a bordo veintiséis sublevados que serían condenados a muerte en cuanto fueran juzgados por su grave delito. Era de suponer que se defenderían de un modo desesperado puesto que conocían perfectamente su situación legal.

Reflexioné durante algún tiempo sobre lo que había dicho el capitán, y comprendí que era preciso inventar un ardid para atraer a la gente del buque, armándoles una celada que nos permitiera sorprenderlos. De repente se me ocurrió que, no sabiendo lo que había sido de sus camaradas y de la lancha, no tardarían en ir a tierra en otra embarcación con el objeto de buscarlos, y que llegarían quizás armados y superiores en fuerzas a nosotros. En su vista, dije que lo primero que debíamos hacer era poner la lancha que estaba varada en la playa en estado de que no se la pudiesen llevar, y sacar todo lo que tenía dentro. Nos dirigimos, pues, a ella y sacamos las armas que habían quedado y todo lo que encontramos, esto es: una botella de aguardiente y otra de ron, algunas galletas, un frasco de pólvora y un gran pilón de azúcar que tendría de cinco a seis libras, envuelto en un pedazo de tela.

Cuando hubimos depositado todos aquellos objetos sobre la playa, hicimos un gran agujero en el fondo de la chalupa a fin de que si iban en número suficiente para vencernos, no pudieran llevársela. A decir verdad, nunca pensé que pudiéramos hacernos dueños del buque; mas en el caso de que ellos partieran sin la chalupa, mi proyecto era repararla para que pudiese transportarnos al continente y recoger a los españoles, mis amigos, a los cuales no olvidaba.



CAPÍTULO XXIX

DELIBERACIONES DEL CAPITÁN CON ROBINSÓN

ESTABAMOS en la playa trazando planes, cuando oímos un cañonazo disparado desde el buque; al mismo tiempo que hacían con su pabellón la señal de costumbre para llamar a la chalupa a bordo. Cuando vieron que las señales y los cañonazos eran inútiles y que la barca no parecía, divisamos con los anteojos que botaban al mar otra lancha y se dirigían remando hacia la playa; hasta que se acercaron no apreciamos que venían diez hombres provistos de armas de fuego.

Como el buque estaba casi a dos leguas de la orilla, tuvimos tiempo de verlos llegar y de examinar sus rostros. El capitán conocía a fondo a todos los que tripulaban la barca que se aproximaba. Tres de ellos decía que eran muchachos muy honrados a quienes sólo la violencia o el miedo habían podido arrastrar a ser cómplices de la conspiración pero el segundo contramaestre, que parecía mandaríos, y todos los demás, eran los mayores malvados de la tripulación.

— No renunciarán — añadió — a ejecutar su empresa, en la cual temo vivamente que sean más fuertes que nosotros.

Yo le repliqué, sonriéndome, que las personas que se hallaban en una situación como la nuestra debían sobreponerse al miedo; que casi todas las

situaciones eran preferibles a la en que nosotros nos hallábamos, y que, por tanto, debíamos aceptar las consecuencias de nuestro proyecto, ya fuese la vida, la muerte o la libertad. Estas palabras, dichas con voz firme y alegre semblante, le infundieron valor.

Primeramente pensamos en separar a nuestros prisioneros y ponerlos en seguridad. Había dos en los cuales el capitán fiaba menos que en los otros; por consiguiente, los hice conducir a mi caverna, donde estarían bastante lejos para hacerse oír. Se los dejó bien atados, aunque con algunas provisiones, advirtiéndoles que si permanecían quietos se les pondría en libertad, y si hacían alguna tentativa para evadirse se les mataría sin misericordia.

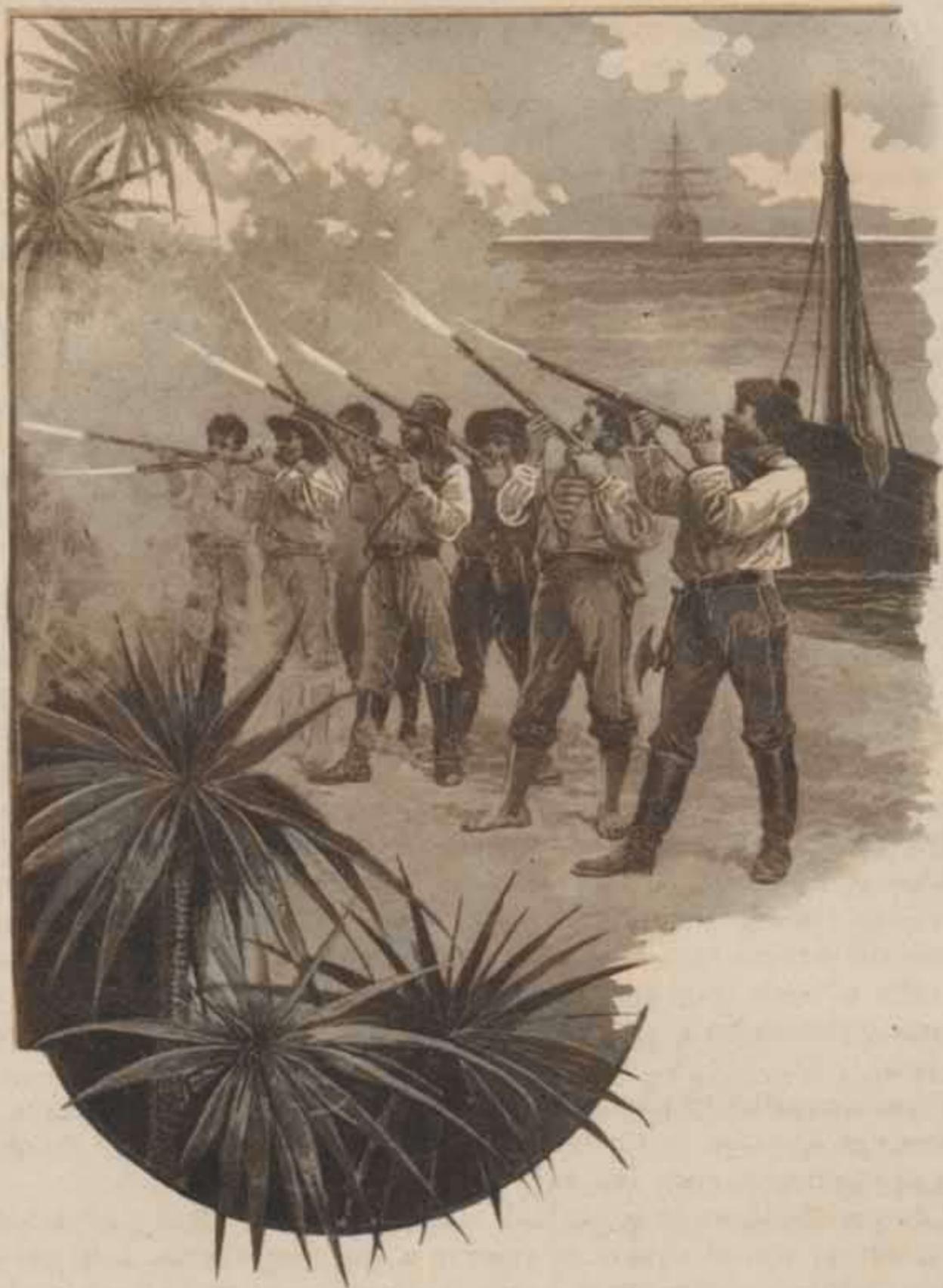
De los otros prisioneros, dos permanecían atados porque el capitán no se fiaba de ellos; los dos restantes habían sido puestos a mi servicio y bajo la solemne promesa de vivir y morir con nosotros. Contando con aquellos hombres y los tres marinos, éramos siete bien armados.

Tan pronto como los sublevados llegaron al paraje donde estaba su primera lancha, llevaron la que traían hasta la arena y saltaron todos a tierra, arrastrándola tras sí. Apenas desembarcados, su primer cuidado fué correr a la otra chalupa. Vimos cuán grande fué su sorpresa al encontrarla completamente vacía y desmantelada. Después de haberla examinado, gritaron dos o tres veces con toda la fuerza de sus pulmones para llamar a sus camaradas; pero fué tan inútilmente como es de suponer. Se formaron entonces en línea e hicieron una descarga general, que oímos perfectamente, y cuyo eco repitió el bosque; mas de nada sirvió; los prisioneros de la gruta no podían oír su estruendo, estábamos muy seguros de ello, y los que se encontraban bajo nuestra custodia no se hubieran atrevido a responderles. Los recién llegados se quedaron sorprendidos de aquel silencio. En vista de tanta soledad y quietud, resolvieron embarcarse y llegar cuanto antes al buque, anunciando que sus compañeros habían sido muertos. Volvieron, pues, inmediatamente a botar su lancha al agua y se dispusieron para embarcarse de nuevo. El capitán se desconcertó mucho al ver aquello, pues pensó que iban al buque para darse a la vela.

Apenas aquellas gentes se habían apartado de la orilla, vimos que volvieron otra vez. Dejaron tres hombres para custodiar la chalupa, y los siete restantes se internaron en la isla para buscar a sus compañeros.

Los que quedaron en la chalupa se alejaron de la ribera y anclaron a una gran distancia con el objeto de esperar a sus compañeros. Los que habían desembarcado se encaminaron hacia la pequeña colina bajo la cual estaba situada mi habitación, y cuando estuvieron en la cumbre empezaron de nuevo a gritar y a llamar a sus camaradas hasta que se cansaron; después se sentaron debajo de un árbol para consultar lo que habían de hacer.

Aguardamos por espacio de largo tiempo, aunque con mucha impaciencia, cuando nos vimos grandemente contrariados al advertir que, después de tanto deliberar, se levantaron todos, encaminándose a la playa. Parecía que después de la espantosa idea que habían formado de los peligros que corrían en aquel lugar, habían resuelto volver a bordo, juzgar a sus compañeros como perdidos y proseguir su ruta con el buque. De repente se me ocurrió una estratagema para detener a aquellos bribones.



Se formaron entonces en línea e hicieron una descarga.

Ordené a Domingo y al segundo del capitán que se encaminasen más allá de la pequeña ensenada; y que cuando llegaran a una pequeña eminencia, a la distancia de media milla, gritasen tan fuerte como pudieran y aguardasen hasta que los marineros los oyeran; que luego que éstos hubiesen respondido se volviesen, pero ocultándose siempre y respondiendo a los gritos de aquéllos para atraerlos al medio del bosque, dando un largo rodeo por el interior de la isla y yendo a reunirse con nosotros por caminos que les indiqué.

Los marineros estaban a punto de embarcarse cuando Domingo y su compañero dieron el primer grito. Tan pronto como lo hubieron oído respondieron y echaron a correr hacia el lado de donde venían las voces; pero se quedaron parados cuando llegaron a la ensenada, porque las aguas habían subido mucho en aquel momento para que pudiesen atravesarla. Entonces llamaron a los de la chalupa para que los pasaran, según yo había previsto. Cuando llegaron a la otra orilla, les pareció aquel sitio muy a propósito para dejar la chalupa con dos hombres para que la custodiaran.

Atravesando entonces la ensenada sin ser sentidos, sorprendimos a los dos marineros antes de que pudieran defenderse. Uno estaba en el bote y el otro echado sobre la playa. Este se levantó en seguida; pero el capitán, que iba delante, se echó encima y le tiró contra el suelo; luego gritó al de la chalupa que se rindiese, pues de lo contrario podía contarse por muerto. No se necesitaban grandes argumentos para reducir a un hombre que se encontraba solo contra cinco y cuyo camarada se hallaba en el suelo fuertemente sujeto; además, aquél era, según parecía, uno de los marineros menos revoltosos de la tripulación; por tanto, no sólo se rindió, sino que se unió a nosotros de la mejor buena fe.

Mientras tanto, Domingo y el contramaestre habían desempeñado tan perfectamente la comisión que les había encomendado, que, gritando y respondiendo a su vez, llevaron a los marineros de colina en colina, de bosque en bosque, hasta que los hubieron fatigado bien. Domingo mismo y su compañero estaban sumamente cansados cuando volvieron.

Habían pasado algunas horas desde que Domingo se nos había reunido cuando los marineros llegaron a la chalupa. Oímos que los que iban delante recomendaban a los de atrás que apresuraran el paso, y éstos contestaron que estaban tan cansados que no podían andar más aprisa. Esto fué una excelente noticia para nosotros. Por último, llegaron a la chalupa; mas ¡cuál no sería su pasmo al verla fuera del agua, pues era el momento del reflujo, y al no encontrar en ella a sus dos guardianes! Oímos que llamaban a uno y a otro de la manera más cómica y desconsolada, afirmando que estaban en una isla encantada; que si estaba habitada por hombres iban a ser asesinados, y si por demonios, serían arrebatados o devorados. Pusiéronse de nuevo a dar voces y a llamar por sus propios nombres a sus dos camaradas, que mal podían contestarles. Poco después pudimos ver, con la poca claridad que restaba del día, que corrían de un lado para otro, retorciéndose las manos como hombres desesperados.

Mi gente deseaba con impaciencia caer sobre los revoltosos durante la obscuridad; mas yo quería matar lo menos que fuera posible, y además, no exponer la vida de uno solo de los míos en una lucha contra adversarios que iban armados perfectamente. Resolví, pues, aguardar, con la esperanza de que se separasen. Para asegurarme de ello nos ocultamos muy cerca y ordené al capitán y a Domingo que se deslizasen a gatas, a fin de nos ser vistos y se acercaran al enemigo de esta manera antes de hacer fuego.

Hacia muy poco tiempo que estaban en aquella posición, cuando el segundo contramaestre, jefe principal del motín, el cual daba entonces pruebas de ser el más cobarde y el más desesperado de todos fué hacia aquel lado con otros

dos. El capitán viendo casi en su poder al principal culpable, apenas le dió tiempo de acercarse para asegurar el golpe; en cuanto los tres marineros estuvieron a tiro, el capitán y Domingo se levantaron rápidamente e hicieron



... ordené al capitán y a Domingo que se deslizaron a gatas...

fuego sobre ellos. El contraamaestre quedó muerto en el acto; otro cayó a su lado, herido; el tercero, se escapó. Al ruido de la descarga, avancé inmediatamente con todo mi ejército, que se componía entonces de ocho hombres, a saber; el generalísimo, que era yo; Domingo, mi teniente general; el capitán, con sus dos compañeros, y los tres prisioneros, a quienes habíamos confiado las

armas. Como era de noche, no podía saberse cuantos éramos. Mandé al marinero que habíamos encontrado en la lancha, y que se había pasado a nosotros, que llamase por sus propios nombres a sus camaradas con el objeto de tener con ellos una conferencia y concertar una capitulación, si era posible.

El marinero se puso a dar voces con todas sus fuerzas llamando a uno de ellos:

— ¡Tomás Smith!

— ¿Eres tú, Roberto? — respondió inmediatamente Tomás Smith, que le reconoció por la voz.

— Sí, sí — replicó Roberto —. Entregad las armas y rendíos al instante, porque de lo contrario sois muertos.

— ¿A quién tenemos que rendirnos? — exclamó Smith.

— Al capitán y a cincuenta hombres que lleva; os busca hace ya más de dos horas — respondió —. El segundo contramaestre ha sido muerto, Wifredo está peligrosamente herido y yo prisionero. ¡Si no os rendís todos, sois perdidos!

— ¿Se nos dará cuartel si nos rendimos? — preguntó entonces Smith.

— Voy a preguntarlo, — replicó Roberto.

Tan pronto como éste se lo dijo al capitán, éste mismo les gritó:

— Ya conoces mi voz, Smith. Si quieres deponer inmediatamente las armas junto con tus compañeros, a todos se os concederá la vida, a excepción de Atkins, que será ahorcado para ejemplo de rebeldes y espanto de los naturales de la isla.

Al oír este último las anteriores palabras, exclamó:

— ¡Por caridad, capitán, concededme cuartel! ¿Qué he hecho? Todos son tan culpables como yo.

No decía la verdad, pues parecía que Atkins había sido el primero en coger al capitán al principio del motín y le había tratado indignamente, atándole las manos y colmándole de injurias. El capitán le dijo que se rindiera a discreción y que impetrase la clemencia del gobernador de la isla. Este era el nombre que me daban todos. Finalmente, depusieron todas las armas, pidiendo que se les concediese la vida. Envié entonces para que los atasen al marino que les había hablado primero con dos compañeros más; después mi formidable ejército de cincuenta hombres, que con los tres de que acabo de hablar no componían más que ocho, avanzó y se apoderó de ellos y de su chalupa.



CAPÍTULO XXX

EXPEDICION AL BARCO

EL capitán habló a sus prisioneros, reprendiéndoles la perfidia de su conducta. Mostráronse sumamente arrepentidos e imploraron con ahinco que les perdonase la vida. Les dijo que no eran prisioneros suyos, sino del gobernador de la isla; que éste podía hacerlos ahorcar si le parecía; pero que, como les había dado cuartel, suponía que el gobernador los enviaría a Inglaterra para que fuesen juzgados según las leyes, a excepción de Atkins, con respecto al cual el gobernador le había manifestado que podía prepararse a morir, pues sería ahorcado por la mañana.

Aunque todo esto no fuera más que una ficción produjo el efecto apetecido; Atkins cayó de rodillas y suplicó al capitán que intercediese por él con el gobernador; los demás le rogaron que no los enviasen a Inglaterra.

Me retiré a la oscuridad para que no vieses a qué clase de gobernador estaban sujetos y llamé en alta voz al capitán para que fuese donde yo estaba. En cuanto el capitán se reunió conmigo le comuniqué mi plan para apoderarnos del buque. Le pareció admirable; yo le dije que para estar más seguros del buen éxito debíamos separar a los prisioneros; que era preciso, por tanto, coger a Atkins y a otros de los más revoltosos y mandarlos bien atados a la caverna donde se hallaban los primeros. Este cuidado fué conferido a Domingo y a los dos compañeros del capitán. Con respecto a los demás, les hice encerrar en mi casa de campo, de la cual he hecho una descripción completa.

Al día siguiente envié al capitán a conferenciar con ellos para sondearlos y averiguar si se podía contar con su ayuda en la conquista del buque. Les habló de la falta de que se habían hecho culpables con respecto a él y de la posición a que su misma falta los había reducido; les dijo que aunque el gobernador les hubiera perdonado la vida serían, sin duda, todos ahorcados si los mandaban a Inglaterra; pero que si querían secundar una empresa tan justa como era la de recobrar el barco obtendrían del gobernador la gracia de ser enteramente perdonados.

Júzguese con qué precipitación serían aceptadas dichas ofertas por hombres que se encontraban en situación tan crítica. Se arrodillaron todos a los pies del capitán y le prometieron, con las más solemnes afirmaciones, que le serían fieles y derramarían hasta la última gota de su sangre por él.

Fué a darme cuenta de la disposición de ánimo de su gente, diciéndome que los creía sinceramente arrepentidos.

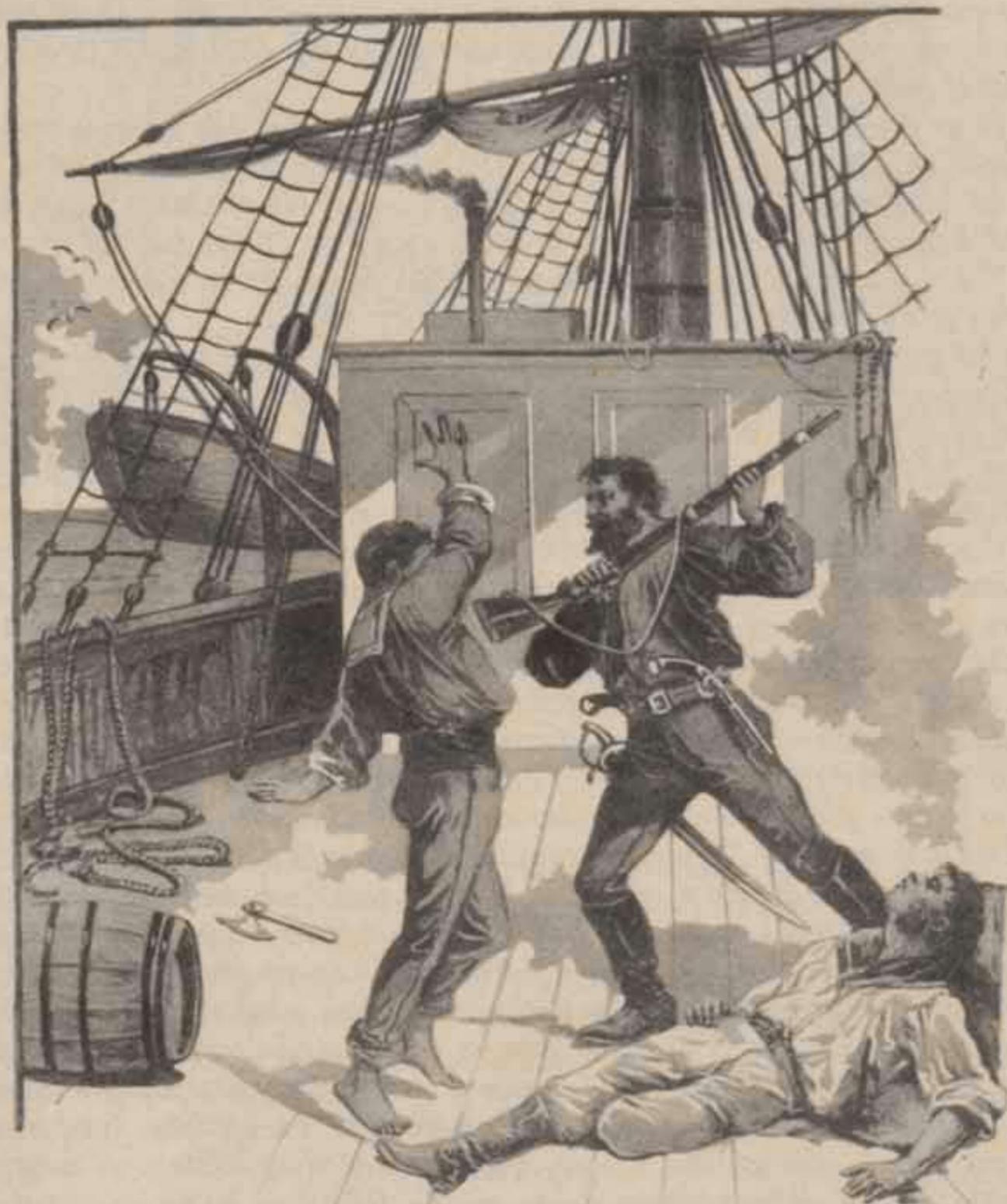
Sin embargo, para mayor seguridad, le hice volver para decirles que no tomaba más que cinco hombres para que le ayudasen; el gobernador conservaría los dos que quedaban y los tres prisioneros como rehenes para responder de la fidelidad de los cinco; si éstos cometían alguna traición en el desempeño de su empresa, los que quedaban en rehenes serían ahorcados.

El capitán aparejó las dos lanchas después de componer el agujero que habíamos hecho en la primera. Entregó a su pasajero el mando de una con cuatro marineros y él con el contraamaestre y los cinco marineros restantes montaron en la otra. Su empresa fué bien calculada, pues llegaron cerca del buque a la media noche. Tan pronto como se acercaron al alcance de la voz, el capitán ordenó a Roberto que llamase con la bocina a los del buque y les dijera que volvían con la gente y la chalupa; pero que les había costado mucho tiempo y trabajo el poder dar con ellos, añadiendo otras explicaciones nada sospechosas. Con la mayor prontitud se lanzaron a bordo el capitán y sus compañeros y aturdiendo a culatazos al que hacía de contraamaestre y al carpintero, aseguraron a todos los que se hallaban sobre cubierta; después cerraron las escotillas para quitarles toda comunicación con los que se encontraban abajo. En el mismo instante abordó la otra lancha con su tripulación y se apoderó del alcázar de proa y de la escotilla que conducía a la cocina, donde hicieron tres prisioneros. Cuando se hubieron hecho dueños del puente, el capitán mandó a su segundo que forzase con tres hombres la entrada de la cámara, donde se hallaba el nuevo capitán de los revoltosos. A la primera señal de alarma, éste, provisto de armas de fuego, se había encerrado con dos marineros y un grumete. Cuando el segundo, ayudado con una palanca, hubo echado la puerta abajo, el nuevo capitán y sus compañeros hicieron fuego atrevida

mente. El segundo fué herido de un balazo que le partió un brazo, otros dos fueron también heridos; pero, felizmente, no mataron a ninguno. El segundo, llamando para que le ayudasen, se precipitó, aunque herido, dentro de la cámara y disparó un pistoletazo a la cabeza del capitán de los sublevados, dejándole muerto en el acto. Los restantes se rindieron y el buque fué recobrado sin necesidad de derramar más sangre.

Tan pronto como logró verse dueño de la embarcación, el capitán mandó tirar siete cañonazos, señal convenida de antemano para darme aviso del

buena éxito de la empresa, pues había estado velando, sentado en la playa. Así que hube oído la señal fui a acostarme, y como aquel día había sido abundante en emociones para mí, me dormí profundamente, hasta que al rui-



...aturdiendo a culatazos al que hacia de contramaestre...

do de otro cañonazo desperté sobresaltado. Al instante que me levanté oí que me llamaban.

— ¡Señor gobernador, señor gobernador! — decía la voz del capitán, que al punto reconocí.

Me apresuré a trepar a la cima del peñasco, donde lo encontré. Se echó en mis brazos, y mostrándome el buque, dijo:

— ¡Amigo y libertador mío: he allí vuestro buque, porque es propiedad vuestra, así como nosotros y todo lo que de él depende!

Eché la vista al buque y lo divisé anclado a poco más de media milla de la costa, porque desde que lo habían recobrado dispusieron aparejarlo; y como hacía un tiempo bonancible, fondearon a la entrada de mi pequeña bahía. Favorecido por la marea, el capitán había hecho conducir un bote cerca del lugar donde había descargado mis balsas, desembarcando, por decirlo así, a mi puerta.

Fué necesario largo rato para que se desvaneciera la sorpresa que me había causado ver mi libertad tan palpablemente conseguida. Los medios de volver a mi patria eran fáciles: un majestuoso buque me aguardaba, pronto a conducirme adonde quisiera. En los primeros momentos me fué imposible proferir una sola palabra, y cuando el capitán me estrechó en sus brazos, si no me hubiese apoyado en él habría caído al suelo infaliblemente. Adivinó el capitán mi estado, y sacando inmediatamente del bolsillo una botella me hizo tomar algunas gotas de un excelente cordial. Después de haber bebido me senté en el suelo con el fin de tomar sosiego; pero, sin embargo, pasó largo rato antes de que pudiera recobrar el uso de la palabra.

Después que hubimos hablado algún tiempo, deliberamos sobre lo que haríamos con nuestros prisioneros. Se trataba de decidir si deberíamos aventurarnos a llevarlos con nosotros, sobre todo dos de ellos que el capitán había señalado como revoltosos incorregibles. Decía que los conocía por unos bribones; que ninguna utilidad podían dar; que si se los llevaba, no sería de otro modo que cargados de grillos, como dos malhechores. Le dije que, si lo deseaba, yo mismo obligaría a aquellos dos hombres para que me suplicasen que les dejara permanecer en la isla.

— Consintiré en ello con toda mi alma — respondió.

— ¡Muy bien! — dije —. Voy a enviar por ellos para hablarles de parte vuestra.

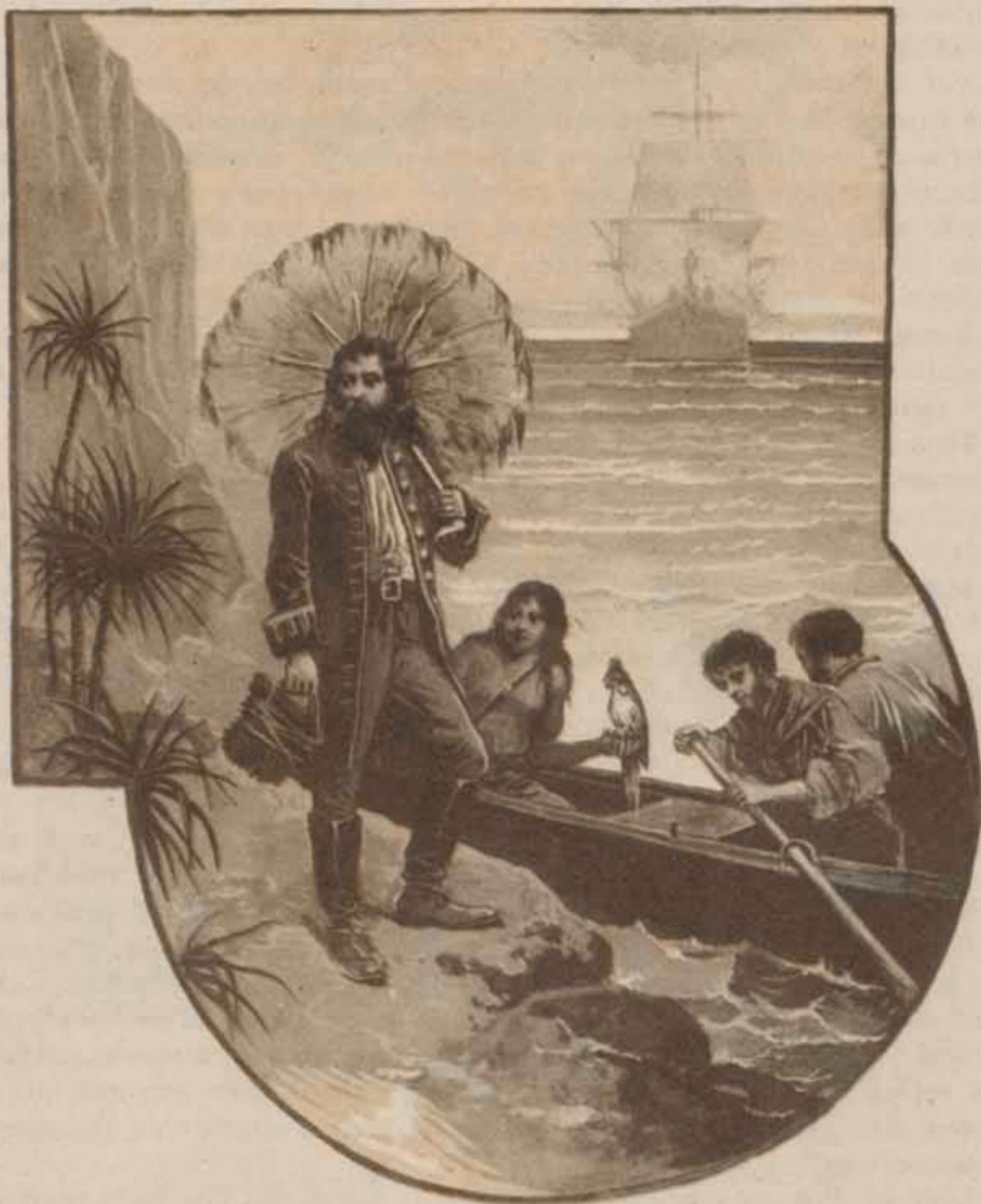
Mandé que llevaran a los cinco prisioneros a mi casa de campo y los custodiasen hasta mi llegada. Después de un rato volví a reunirme con el capitán, vestido con un traje nuevo y tomando ya el título de gobernador.

Todos reunidos y con el capitán a mi lado, hice conducir a los prisioneros a mi presencia y les dije que sabía toda la infamia de su conducta. Les di a conocer que, gracias a mi intervención, el buque se había recobrado; que entonces estaba en la rada, y que bien pronto verían a su nuevo capitán colgado del palo mayor, según merecía por su traición. Les pregunté que era lo que tenían que alegar para que yo no les hiciese ahorcar en concepto de piratas cogidos *infraganti*.

Uno de ellos me contestó en nombre de los demás que nada tenía que decir, a no ser que el capitán les había prometido la vida cuando les cogió prisioneros y que imploraban humildemente mi perdón. Les repliqué que no sabía qué gracia concederles; que yo abandonaba la isla con toda mi gente y me embarcaba con el capitán para Inglaterra y no podía llevármelos más que como prisioneros para ser juzgados en Inglaterra como fautores de rebelión y piratería, lo cual, como sabían muy bien, les conduciría sin remedio al patíbulo, a menos que quisieran quedarse en la isla. Les declaré que en dicho caso, como yo tenía libertad para abandonarla, me sentía inclinado a perdonarles la vida si creían poder arreglarse en la isla. Se mostraron muy

reconocidos y me dijeron que preferían aventurarse a permanecer en ella a ser conducidos a Inglaterra para ser ahorcados.

Ya parecía el asunto terminado, cuando el capitán empezó a poner al-



...despedí de la isla, trasladando a bordo, como recuerdos, la gorra de piel de llama que había fabricado, mi quitasol y uno de mis papagayos...

gunas dificultades, como si no se atreviese a dejarlos en la isla. Entonces fingí incomodarme: le dije que eran mis prisioneros, no los suyos y que, habiéndoles ofrecido el perdón, no debía faltar a su palabra. Al oír estas palabras se manifestaron sumamente agradecidos y en el acto mandé ponerlos en libertad.

Después de esto me preparé para ir a bordo; pero, reflexionando, dije al

capitán que pasaría todavía la noche en tierra para disponer mis cosas; que deseaba que se fuese al buque para mantener el orden y que por la mañana me mandase la lancha; le encargué, sobre todo, que hiciese colgar del palo mayor al capitán rebelde que había sido muerto, a fin de que los prisioneros pudiesen contemplarle.

Cuando el capitán partió hice comparecer a aquéllos en mi tienda y entablé con ellos una muy grave conversación tocante a su situación del momento. Les dije que, según mi parecer, habían tomado un buen partido; que si el capitán se los hubiese llevado, habrían sido ahorcados infaliblemente. Después, mostrándoles colgado del palo del buque al que en la sublevación había hecho de capitán, les aseguré que a ellos no les hubiera cabido mejor suerte.

Hice una descripción completa de la isla y de mi llegada. Les mostré mis fortificaciones; les indiqué el modo de hacer el pan, de cultivar el grano, de conservar las uvas; en fin, les enseñé todo lo que podía hacerles la vida agradable; les hablé de los diez y siete españoles que debían ir, para los cuales dejé una carta, haciéndoles prometer que lo partirían todo con ellos. Aquí haré notar que el capitán, al darme tinta, se sorprendió mucho cuando vió que no había acertado a hacerla con carbón y agua u otro ingrediente, habiendo ejecutado cosas mucho más difíciles.

Dejé también a los desterrados mis armas de fuego. Les describí exactamente mi modo de cuidar las llamas, de ordeñarlas y cebarlas y de hacer la manteca y el queso; en una palabra, les repetí todas las particularidades de mi propia historia.

Me despedí de la isla, trasladando a bordo, como recuerdos, la gorra de piel de llama que había fabricado, mi quitasol y uno de mis papagayos; no olvidé tampoco el dinero de que ya he hecho mención. Lo había tenido guardado sin tocarlo tanto tiempo, que estaba completamente oxidado, y con dificultad se hubiera podido hacer pasar por plata si antes no se hubiese frotado y limpiado. Igualmente recogí todo el que había encontrado en el buque español.

De este modo abandoné mi isla el 19 de diciembre de 1686, como pude ver en los libros del buque, después de haber vivido en ella veintiocho años dos meses y diez y nueve días. Fui libertado de este segundo cautiverio el aniversario del día que me había fugado anteriormente en una barca, con el pobre Xurí, de la esclavitud de los moros de Salé.

Después de un viaje de cerca de seis meses desembarqué en Inglaterra el 11 de junio de 1687, a los treinta y cinco años de haberme ausentado de ella.



CAPITULO XXXI

DE INGLATERRA A LISBOA

A mi llegada era desconocido para todos, como si en la vida me hubiesen visto. Mi bienhechora, la fiel tesorera en cuyo poder había dejado mi dinero, vivía aún; pero había experimentado grandes reveses, y vivía con la mayor economía. No le pasé cuentas de lo que me debía, prometiéndole que nunca le hablaría con respecto a dicho asunto. Bien lejos de ello, la socorrí según lo permitía mi escasa fortuna, y le aseguré que nunca olvidaría su antiguo afecto.

Me encaminé a York; mis padres habían muerto: de toda mi familia no quedaban más que dos hermanas y dos hijos de uno de mis hermanos. Recibí un testimonio de reconocimiento que no esperaba: el capitán a quien tan felizmente había salvado con su buque y cargamento hizo a sus armadores una brillante relación de mi conducta; éstos y algunos otros comerciantes interesados en el cargamento me invitaron a que fuese a verlos, y todos reunidos, después de mil amistosos cumplimientos, me ofrecieron un regalo de doscientas libras esterlinas.

Después de reflexionar sobre las circunstancias en que me encontraba y sobre los pocos medios que tenía para pensar en establecerme, resolví trasladarme a Lisboa para ver si podía obtener algunos indicios sobre el estado de mi plantación en el Brasil. Me embarqué para Lisboa, llegando a dicho

punto al siguiente mes de abril. Domingo me acompañó fielmente en todas mis excursiones y se mostró siempre el servidor más adicto.

Cuando llegué a Lisboa encontré a mi antiguo amigo el capitán del buque que me había acogido cerca de las costas de África. Por ser ya muy anciano, había abandonado la profesión y dejado el mando del buque a su hijo, que era un buen marino y que continuaba haciendo el comercio con el Brasil. Después de haber renovado nuestra antigua amistad, me informé, como era de suponer, de mi plantación y de mi consocio. Me dijo que no había estado en el Brasil hacía cerca de nueve años; sin embargo, podía asegurarme que a su salida mi asociado vivía aún.

—Tengo otra noticia que daros —añadió—, que os será muy agradable; esto es: que creyéndos muertos, el asociado y los agentes ofrecieron arreglarse conmigo a nombre vuestro por los beneficios de los ocho años primeros que, efectivamente, he recibido. Como en aquella época se hicieron grandes gastos para aumentar la plantación y construir un ingenio, el producto no fué tan grande como después. No obstante, os daré cuenta exacta de todo lo que he recibido y del modo cómo lo he empleado.

Después de algunos días transcurridos en semejantes conversaciones con mi anciano y leal amigo, me rindió la cuenta de los ocho primeros años de mis rentas, firmada por mi asociado y mis dos agentes. Lo había invertido todo en mercancías, tales como tabaco en rama, cajas de azúcar, ron y todo lo que proviene de un ingenio. Por dicha cuenta vi que las rentas aumentaban considerablemente cada año que transcurría; pero, según arriba se ha dicho, los desembolsos habían sido grandes y, por consiguiente, el beneficio había sido pequeño al principio. El anciano me hizo ver que me adeudaba cuatrocientas setenta libras y además sesenta cajas de azúcar y quince grandes fardos de tabaco, que se habían perdido en su buque, pues había naufragado a la vuelta para Lisboa, unos once años después de mi partida.

Aquel hombre generoso comenzó entonces a quejarse de sus desgracias, que le habían precisado a valerse de mi dinero para cubrir sus pérdidas y tomar parte en otro buque.

—Sin embargo, mi antiguo amigo —continuó—, no os faltarán socorros en vuestros apuros; tan pronto como vuelva mi hijo quedaréis completamente satisfecho.

En seguida, sacando un saco de cuero, me pagó ciento sesenta libras en oro; después, presentándome sus títulos de propiedad del buque con el cual su hijo había ido al Brasil, me los entregó como garantía de lo demás.

Me sentí demasiado conmovido al ver la probidad y el afecto de aquel hombre bondadoso, para poder soportar aquella escena, y recordando todo lo que había hecho por mí, el auxilio que me había prestado recogíendome en alta mar, la liberal generosidad con que se había portado conmigo en todas ocasiones y la prueba irrecusable de sincera amistad que me daba en aquel instante, le pregunté si estaba en situación de desprenderse de tanto dinero y si no se encontraría apurado sin él. Respondió que, sin duda, le mortificaría un poco; pero que antes de todo era mi dinero y que yo, probablemente, lo necesitaría más que él.

Todo cuanto decía aquel excelente hombre era tan afectuoso, que ape-

nas podía contener las lágrimas. Finalmente, tomé cien libras, y habiéndole pedido una pluma y tintero para hacerle el recibo, le devolví el resto y le dije que si alguna vez entraba en posesión de mis bienes le devolvería lo que



... sacando un saco de cuero, me pagó ciento sesenta libras en oro.

tomaba (como en efecto lo hice). En cuanto a los títulos de propiedad del buque rehusé absolutamente aceptarlos.

Arreglado el asunto, el anciano me preguntó si podía serme útil para la reclamación de mis bienes, y mi respuesta fué que él tenía medios suficientes, sin necesidad de que emprendiese tan largo viaje, para asegurar mis derechos y hacerme entrar inmediatamente en posesión de ellos. Como

Robinson Crusoe

se encontraban en Lisboa dos buques dispuestos a partir para el Brasil, hizo escribir mi nombre en el registro público, con una declaración de mi parte en la cual manifestaba, bajo juramento, que vivía y que era la misma perso-



Así partimos de Lisboa

na que había desmontado el terreno y empezado la plantación de la cual se trataba. Me aconsejó que enviase dicha declaración, legalmente autorizada por un notario, con un poder en debida forma, y él añadió una carta de su puño y letra para un comerciante del Brasil, amigo suyo.

De ningún modo puede verse asunto arreglado con mayor honradez y prontitud que lo fué aquél, pues en menos de siete meses recibí un gran pa-

quete de los herederos de mis difuntos apoderados (los comerciantes por cuya cuenta me había embarcado con rumbo a Guinea). En el citado paquete venía la documentación muy bien ordenada, con el detalle de todas las rentas y productos de mi hacienda durante el tiempo de mi ausencia.

Examinados aquellos papeles me vi dueño de repente de cinco mil libras esterlinas en dinero y de un señorío en el Brasil, que bien puedo llamarle así, y que podía darme mil libras esterlinas de producto al año; en una palabra: me veía en una situación que apenas podía comprender. Mi primer cuidado fué recompensar a mi primitivo bienhechor, el buen capitán, que me había demostrado tanta caridad en mis apuros, tanta bondad al principio de nuestro conocimiento y tanta probidad al fin. Empecé por devolverle todo lo que me había dado antes; después mandé llamar a un escribano, al cual hice extender una carta de pago, redactada en los términos que dicté, de todo lo que el capitán me debía. En seguida ordené que se hiciera un poder nombrándole recaudador de las rentas anuales de mi plantación, con orden a mi asociado de arreglarse con él y mandarle los productos por los convoyes ordinarios en mi nombre y lugar. En fin, por medio de una cláusula final le aseguré una renta anual de mil cruzados durante su vida, y otra de quinientos, después de su muerte, a su hijo. Esta fué la recompensa que me pareció que estaba obligado a ofrecer a aquel honrado y generoso anciano.

Después de haber puesto en orden mis asuntos, convertido mi dinero en buenas letras de cambio y vendidas mis mercaderías, se me presentaba un obstáculo, a saber: por qué camino regresaría a Inglaterra. Estaba bastante acostumbrado al mar; mas entonces, no sé por qué, sentía una singular aversión a hacer aquella travesía; y aunque fuese incapaz de señalar motivos para dicha aversión, se aumentó tanto en el instante de embarcar mi equipaje, que cambié de parecer y lo hice transportar a tierra.

Después de haber batallado algún tiempo con mis pensamientos, comuniqué mis dudas al anciano capitán, el cual me aconsejó que no me embarcara, si no que fuese por tierra hasta La Coruña y atravesara el golfo de Vizcaya para llegar a La Rochela, desde donde podía fácilmente y con seguridad viajar por tierra hasta París, y de allí irme a Calais y a Douvres; o bien ir directamente a Madrid y continuar el viaje atravesando Francia. Mi aversión al mar era tal, que me decidí por este segundo camino. Como no tenía prisa ni temía gastar, éste era, sin duda alguna, el camino más agradable. Para que aun lo fuese más, el capitán me proporcionó la compañía del hijo de un comerciante inglés establecido en Lisboa, que deseaba partir conmigo, juntándonos con otros dos comerciantes ingleses y dos jóvenes nobles portugueses; estos últimos debían quedarse en París.

Partimos de Lisboa formando una buena comitiva, bien montada y armada.



CAPÍTULO XXXII

VALENTÍAS DE DOMINGO

CUANDO llegamos a Madrid, quisimos permanecer algún tiempo para visitar la corte y ver lo que fuese más digno de atención; pero como el verano tocaba a su fin, nos apresuramos a marchar a Francia hacia mediados de octubre. En la frontera de Navarra nos alarmamos sobremanera, pues atravesamos varios pueblos y en todos ellos oímos decir que había caído tanta nieve en los Pirineos franceses, que algunos viajeros se habían visto obligados a retroceder hasta Pamplona, después de haber probado en vano a cruzar los montes con inminentes riesgos.

Al pobre Domingo le asustó el aspecto de aquellos grandes montes cubiertos de nieve; estaba aterido de frío. Cuando llegamos a Pamplona cayó una nevada terrible; los caminos llegaron a ponerse intransitables.*

Permanecimos unos veinte días en Pamplona; pero como el tiempo no tenía ninguna apariencia de mejorar, pues fué el invierno más crudo que jamás se había conocido en toda Europa, propuse que nos encaminásemos a Fuenterrabía y desde allí embarcarnos para Burdeos, ya que sólo se trataba de una pequeña travesía. Mientras estábamos deliberando sobre esto vimos llegar a cuatro caballeros franceses. Habiéndose vistos obligados a detenerse por la parte de Francia, como nosotros por la de España, habían encontrado un guía que, atravesando el país por un extremo del Languedoc, les había hecho pasar por entre montañas y caminos en los cuales la nieve los

había incomodado muy poco, aunque la había en abundancia; pero estaba, según decían, bastante dura para pasar hombres y caballos.

Salimos de Pamplona con nuestro guía el 15 de noviembre, y me sorprendí al ver que, en lugar de llevarnos hacia adelante, nos hizo retroceder cerca de veinte millas por el mismo camino que habíamos traído de Madrid. Después de haber pasado dos ríos y ganado la llanura, nos encontramos con una temperatura templada, en un país hermoso, sin ningún vestigio de nieve; pero nuestro guía, torciendo de repente a la izquierda, nos encaminó hacia las montañas por otro camino.

Quedamos bastante contrariados cuando vimos nevar todo un día y toda una noche con tanta violencia, que calculamos imposible poder avanzar; mas el guía nos dijo que nos tranquilizásemos, pues muy pronto saldriamos de aquella situación. Efectivamente, notamos que íbamos bajando poco a poco y que nos dirigíamos hacia el Norte. En su consecuencia, confiados en nuestro guía, continuamos adelante más tranquilos.

Dos horas antes de anochecer, y caminando el guía a larga distancia delante de nosotros, vimos de repente que tres monstruosos lobos seguidos por un oso se lanzaron al camino. Dos de los lobos se abalanzaron al guía, el cual, si se hubiese encontrado un poco más lejos, hubiera sido infaliblemente devorado sin que hubiéramos podido socorrerle. Uno de aquellos animales se agarró al caballo y el otro atacó al hombre con tal furor, que éste no tuvo tiempo o bastante presencia de ánimo para servirse de sus armas, limitándose a dar voces y a llamarnos con todas sus fuerzas.

Dije a Domingo, que se hallaba cerca de mí, que tomase el galope y fuera a ver lo que ocurría. Tan pronto como hubo divisado al guía le oímos gritar tan fuerte como pudo: "¡ Señor, señor!" Pero el valiente muchacho se lanzó al galope hacia aquel desgraciado y descargó un pistoletazo en la cabeza del lobo que más furioso estaba cerca de él. El infeliz guía fué afortunado en tener por defensor a Domingo, pues éste, acostumbrado a ver en su país animales parecidos, se había acercado sin temor y su golpe había sido muy certero. Otro hubiera tirado desde más lejos exponiéndose a no dar al lobo y a herir al hombre.

Era natural que el peligro aterrara aun a hombres más avezados a él que yo. Todos mis compañeros se alarmaron cuando, después de haber Domingo descargado la pistola, oímos por todas partes siniestros aullidos, los cuales, repetidos por el eco de los montes, hacían creer que había un número prodigioso de lobos; y efectivamente, su número no era tan pequeño que no debiésemos tener algún motivo de temor. Sin embargo, cuando Domingo disparó, el lobo que se había arrojado al caballo dejó su presa inmediatamente y huyó sin haberle hecho ningún daño.

El guía, por el contrario, había recibido dos heridas graves: el furioso animal le había causado dos mordeduras: una en un brazo y otra un poco más abajo de la rodilla, e iba a ser derribado por su caballo, espantado, en el momento en que Domingo acudió en su socorro.

Así que oímos el pistoletazo espoleamos a nuestros caballos y nos pusimos a galopar tanto cuanto lo permitiera la escabrosidad del terreno para ver lo que ocurría. Luego que hubimos atravesado los árboles que limitaban



Empezó el oso la âscension al árbol...

nuestra vista comprendimos la escena que acababa de ocurrir y de qué peligro tan inminente había librado Domingo al pobre guía.

El oso se había ocultado en unos árboles cercanos, y Domingo quiso ir en busca suya, para lo cual se apeó del caballo con la escopeta en la mano. Al llegar cerca de los primeros árboles se escurrió en la nieve, cayó a tierra, y perdió la escopeta.

En aquel mismo momento, y como si la fiera hubiera comprendido que

su perseguidor estaba desarmado, se lanzó el oso sobre Domingo. Pero éste, con extraordinaria agilidad, dió un formidable salto, y en menos que lo cuento, se encaramó en un árbol.

Empezó el oso la ascensión al árbol, pero un tiro mío dejó muerta en el acto a la temible fiera.

Nos hallábamos en un paraje desierto y nuestro guía estaba gravemente herido. La tierra estaba cubierta de nieve, aunque menos espesa y no tan peligrosa como en las montañas, y las manadas de lobos rabiosos, según después supimos, habían bajado a las selvas y a la llanura, acosados por el hambre, para satisfacerla. Dichos animales habían hecho una horrible carnicería en las aldeas, donde sorprendieron a los labradores, degollaron gran número de carneros y caballos y aun devoraron a algunas personas.

Media hora antes de ponerse el sol llegamos a la entrada del bosque y en el momento del crepúsculo descendimos a la pequeña llanura. Nada nos detuvo en el primer bosque; sólo en un claro vimos atravesar el sendero a cinco enormes lobos, como si se dirigieran a buscar su presa, yendo uno detrás de otro; ningún caso hicieron de nosotros y desaparecieron al poco rato. Al ver esto nuestro guía, que, sea dicho de paso, era un cobarde completo, nos recomendó que estuviésemos preparados, esperando que vendrían los lobos a manadas. Nos pusimos alerta y preparamos las armas; pero no descubrimos ni uno siquiera durante la travesía del bosque.

Finalmente llegamos a la planicie. El primer objeto con que tropezó nuestra vista fué un caballo muerto, o más bien su esqueleto, pues la carne había servido de pasto a los lobos; una docena de éstos estaban ocupados en roer los huesos. Nos guardamos muy bien de importunarlos y ellos no pararon siquiera la atención en nosotros.

No habíamos llegado aún a la mitad de la llanura, cuando a nuestra izquierda, por la parte del bosque, oímos aullar a los lobos de una manera espantosa; poco tiempo después vimos un centenar de ellos avanzar hacia nosotros formados en batalla, llevando algunos a la cabeza, como un ejército alineado y mandado por experimentados oficiales.

No sabiendo cómo hacerles frente calculé que el mejor medio era formarnos en línea arrimados unos a otros, lo cual hicimos al momento. Mas para acortar la distancia entre descarga y descarga mandé que de cada dos hombres sólo uno hiciese fuego y que los que no hubiesen tirado disparasen a su vez, en el caso de que los lobos continuaran avanzando. Los que tirasen primero no debían entretenerse en cargar sus escopetas, sino echar mano de las pistolas, pues todos iban armados de una escopeta y un par de pistolas. De dicho modo podíamos hacer seis descargas, tirando a la vez únicamente la mitad de nuestra gente. Sin embargo, entonces no teníamos todavía por qué sentir ningún cuidado; al primer avance nuestros enemigos se pararon de repente, amedrentados, tanto del fuego como de la explosión. Cuatro de ellos, heridos en la cabeza, cayeron sin vida; muchos fueron heridos solamente y huyeron a toda prisa, dejando sangrientos regueros en la nieve.

Esta retirada nos dió tiempo a cargar nuestras armas, y para no perder tiempo lo ejecutamos andando; mas apenas concluimos esta operación y nos

pusimos a la defensiva, cuando oímos un terrible ruido en el mismo bosque, a nuestra izquierda, un poco más adelante y en la misma dirección que íbamos a seguir.

La noche se aproximaba y esto acrecía el riesgo de nuestra posición. Como el ruido iba aumentando nos fué fácil reconocer los aullidos de aquellos feroces animales. De repente descubrimos tres manadas de lobos: una a nuestra izquierda, otra detrás y otra al frente, de suerte que estábamos rodeados. Sin embargo, como no se dirigían hacia nosotros, seguimos caminando al trote largo hasta donde lo permitía el camino, que era muy escabroso. Llegamos así al otro lado de la llanura, hasta la entrada del bosque que debíamos atravesar; pero así que estuvimos en la senda o desfiladero nos quedamos muídos de admiración y sorpresa al divisar un número inmenso de lobos, reunidos precisamente a la misma entrada.

De improviso oímos un tiro, y dirigiendo la vista hacia lo largo del camino vimos salir del bosque un caballo con silla y brida, que iba a escape, acosado por diez y seis o diez y siete lobos. Como iban casi tocando sus herraduras y el noble animal no podía sostener largo tiempo una carrera tan rápida, pensamos que al fin le alcanzarían y le devorarían. Mas nosotros presenciábamos un espectáculo más horrible aún, pues habiendo entrado en el bosque por el mismo paraje de donde había salido el caballo vimos los restos de dos hombres y de otro caballo comidos por aquellas fieras.

Uno de los hombres era, sin duda, el que había hecho fuego, porque a su lado se hallaba la escopeta descargada. Aquel espectáculo nos llenó de horror. No sabíamos qué dirección tomar; pero aquellas infernales fieras pusieron bien pronto fin a nuestras indecisiones, pues nos rodearon con la esperanza de una presa segura, y a la verdad juzgo que no iban equivocadas, pues pasaban de trescientas.

Felizmente para nosotros, encontramos a la entrada del bosque, pero a cierta distancia, algunos grandes árboles cortados en el verano anterior y dejados allí para conducirlos a alguna carpintería. Encaminé a los míos a los troncos de aquellos árboles y nos colocamos en línea detrás de ellos; aconsejé entonces a todos que se apeasen y se parapetasen detrás de uno sumamente grueso que había, y formando después un triángulo y haciendo frente a tres lados dispuse que se colocaran los caballos en el centro, lo que en seguida se hizo, y bien nos valió, porque jamás se ha visto ataque más furioso que el de aquellos animales cuando nos divisaron en aquel sitio. Echaron a escape y se lanzaron, dando siniestros aullidos, a los troncos de los árboles que nos servían de barricada, como si se arrojaban sobre su presa misma. Este furor calculo que sería excitado sobre todo por la vista de los caballos, colocados detrás de nosotros.

Mandé a mi gente que hiciese fuego del mismo modo que antes, de cada dos hombres uno, e hicieron tan buena puntería que mataron una porción a la primera descarga; pero nos veíamos obligados a hacer un fuego continuo, porque aquellos animales caían sobre nosotros como demonios y los de atrás empujaban a los de delante. A la segunda descarga creímos que aflojarían un poco, esperando verlos partir; pero esta esperanza no duró más que un momento, porque otros volvieron a la carga. Presumo que en las cuatro des-

cargas matamos diez y siete o diez y ocho y que herimos a doble número; pero ellos volvían a la pelea con más encarnizamiento.

No quise mandar hacer la última descarga con precipitación. Llamé a



... vimos salir del bosque un caballo con suia y brida, que iba a escape, acosado por los lobos.

Domingo, y dándole un frasco de pólvora le mandé poner un ancho reguero en toda la extensión del enorme tronco. Obedeció, y no había tenido más que el tiempo suficiente para retirarse, cuando los lobos volvieron a echarse sobre el citado tronco; algunos saltaron encima en el momento en que aplicando sobre el reguero de pólvora la llave de una pistola descargada tiré del gatillo y prendí la pólvora. Todos los que se hallaban encima del tronco se

abrasaron, y seis o siete de ellos cayeron o más bien saltaron en medio de nosotros, ya por la fuerza de la explosión, ya por miedo al fuego. Nosotros los despachamos en un momento. El resto se amedrentó tanto con aquel gran resplandor, mayor aún por haber cerrado casi del todo la noche, que se alejaron un poco. Entonces ordené hacer una descarga general con el último tiro de nuestras pistolas, después de lo cual exhalamos un gran grito; y por fortuna, los lobos emprendieron la fuga. Desde el principio al fin calculo que mataríamos cerca de sesenta lobos, y si hubiera sido de día habríamos matado más.

Una hora después llegamos al pueblo donde habíamos de descansar. Reinaba allí la mayor confusión y todos estaban sobre las armas, pues la noche anterior los lobos y algunos osos habían penetrado en la población y habían esparcido tal terror en ella, que los habitantes se vieron obligados a permanecer de guardia día y noche, sobre todo durante esta última, para defenderse y defender sus ganados.

Al día siguiente por la mañana nuestro guía se encontró en tan mal estado que nos vimos precisados a ajustar otro guía que nos condujera a Tolosa; allí, en lugar de nieve y lobos, nos encontramos con un clima templado y una campiña alegre y fértil.

Mi viaje a través de Francia no ofreció nada más de particular que otros viajeros no hayan referido ya mejor que yo. Desde Tolosa fui a París; desde allí, sin permanecer mucho tiempo en ninguna parte, me dirigí a Calais y desembarqué en Douvres el 14 de enero, después de haber sufrido un horroroso invierno.

Ya había llegado al fin de mi viaje, y al poco tiempo pude ver toda mi nueva fortuna reunida y en seguridad; las letras de cambio que llevaba fueron pagadas a su presentación.

Mi principal guía y consejero era mi buena y anciana amiga la viuda, que, reconocida al regalo de dinero que le había mandado, no escaseaba molestias y cuidados para complacerme.

Tomé bajo mi tutela a dos sobrinos míos, hijos de uno de mis hermanos. Al mayor, que tenía algunos bienes, le di una educación aristocrática y le formé una renta añadiendo a lo que él poseía una suma bastante regular, de la cual debía gozar después de mi fallecimiento. Confié el otro a un capitán de navío, y como era un joven sensato, valeroso e intrépido, le embarqué en un magnífico buque y le envié al mar. Luego contraje un matrimonio feliz y ventajoso; tuve tres hijos, dos varones y una hija, y unos largos años de tranquila felicidad, compensaron mis anteriores aventuras.

F I N



The first part of the paper is devoted to a general discussion of the problem. It is shown that the problem is equivalent to the problem of finding a function $f(x)$ which satisfies the conditions

$f(x) = 0$ for $x < 0$ and $f(x) = 1$ for $x > 0$.

It is shown that such a function exists and is unique. The function is called the Heaviside function.

The second part of the paper is devoted to a detailed study of the properties of the Heaviside function. It is shown that the function is continuous at $x = 0$ and that it is differentiable at $x = 0$.

The third part of the paper is devoted to a study of the applications of the Heaviside function. It is shown that the function is useful in the theory of electrical circuits and in the theory of probability.

The fourth part of the paper is devoted to a study of the generalization of the Heaviside function to the case of a function of several variables.

The fifth part of the paper is devoted to a study of the generalization of the Heaviside function to the case of a function of a complex variable.

The sixth part of the paper is devoted to a study of the generalization of the Heaviside function to the case of a function of a real variable.

The seventh part of the paper is devoted to a study of the generalization of the Heaviside function to the case of a function of a real variable.

The eighth part of the paper is devoted to a study of the generalization of the Heaviside function to the case of a function of a real variable.

The ninth part of the paper is devoted to a study of the generalization of the Heaviside function to the case of a function of a real variable.

The tenth part of the paper is devoted to a study of the generalization of the Heaviside function to the case of a function of a real variable.



I N D I C E

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO I. <i>Quién era Robinsón</i>	9
II. <i>El 1.º de Septiembre de 1651</i>	12
III. <i>La estancia en Yarmouth</i>	17
IV. <i>Otra vez en África. Esclavitud de Robinsón</i>	21
V. <i>En lucha con las fieras</i>	28
VI. <i>Salvado Robinsón, pasa al Brasil</i>	32
VII. <i>Nuevo viaje a la costa de Guinea</i>	36
VIII. <i>¡Solo en el mundo!</i>	40
IX. <i>La casa de Robinsón</i>	48
X. <i>Diario de Robinsón</i>	55
XI. <i>Emociones del pobre Robinsón</i>	63
XII. <i>Una enfermedad</i>	70
XIII. <i>Robinsón recorre la isla</i>	73
XIV. <i>Nueva excursión por la isla</i>	80
XV. <i>Graves inquietudes.</i>	85
XVI. <i>La piragua : :</i>	90
XVII. <i>Un viaje por la costa.</i>	95
XVIII. <i>Viaje lleno de emociones</i>	101
XIX. <i>Preparativos de defensa.</i>	105
XX. <i>Nuevos trabajos</i>	110
XXI. <i>Nuevos y justificados temores</i>	116
XXII. <i>Los restos del naufragio</i>	120

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO XXIII. <i>Un nuevo personaje</i>	125
XXIV. <i>La educación de Domingo</i>	131
XXV. <i>La lealtad de Domingo.</i>	136
XXVI. <i>Sorpresa extraordinaria.</i>	141
XXVII. <i>El padre de Domingo</i>	148
XXVIII. <i>Emoción extraordinaria.</i>	155
XXIX. <i>Deliberaciones del capitán con Robinsón</i>	162
XXX. <i>Expedición al barco</i>	168
XXXI. <i>De Inglaterra a Lisboa</i>	174
XXXII. <i>Valentías de Domingo</i>	179

BIBLIOTECA PERLA

1.^a serie.

TOMOS PUBLICADOS

- | | |
|---|--|
| 1. <i>Cuentos de Andersen.</i> | 19. <i>El Unicornio.</i> |
| 2. <i>El califa ladrón.</i> | 20. <i>Fabiola.</i> |
| 3. <i>Robinsón Crusoe.</i> | 21. <i>La cierva blanca.</i> |
| 4. <i>Cuentos de Grimm.</i> | 22. <i>Cuentos de Nesbit.</i> |
| 5. <i>Cuentos de La Fontaine.</i> | 24. <i>Las tardes de la granja.</i> |
| 6. <i>Bolicho, Corruquete y Don Tilín.</i> | 25. <i>Veladas de la quinta.</i> |
| 7. <i>Viajes por Asia.</i> | 26. <i>Cuentos escogidos de Schmid.</i> |
| 8. <i>Viajes por África.</i> | 28. <i>Juegos de los niños.</i> |
| 9. <i>Aventuras del invencible Tipitón.</i> | 30. <i>Cuentos de Perrault.</i> |
| 11. <i>Cuentos mágicos.</i> | 31. <i>Más cuentos de Schmid.</i> |
| 12. <i>Más cuentos de Andersen.</i> | 33. <i>Libro de cuentos.</i> |
| 13. <i>Cuentos y más cuentos.</i> | 35. <i>Consejos a mi hija.</i> |
| 14. <i>Abdalá el del mar.</i> | 36. <i>Robinsón suizo.</i> |
| 15. <i>A la ventura.</i> | 37. <i>Zueco Rojo.</i> |
| 16. <i>El reino de la fantasía.</i> | 38. <i>Viaje de Zueco Rojo al país
extraordinario.</i> |
| 17. <i>Khing-Chu-Fu.</i> | |
| 18. <i>Las mil y una noches.</i> | |

Los números

10, 23, 27, 29, 32 y 34,

en prensa.

H I R L I O T E C A P E R A

1785

T O M O S P R I N C I P I A

1. The first principle is that...	2. The second principle is that...
3. The third principle is that...	4. The fourth principle is that...
5. The fifth principle is that...	6. The sixth principle is that...
7. The seventh principle is that...	8. The eighth principle is that...
9. The ninth principle is that...	10. The tenth principle is that...
11. The eleventh principle is that...	12. The twelfth principle is that...
13. The thirteenth principle is that...	14. The fourteenth principle is that...
15. The fifteenth principle is that...	16. The sixteenth principle is that...
17. The seventeenth principle is that...	18. The eighteenth principle is that...
19. The nineteenth principle is that...	20. The twentieth principle is that...

1785

1785

1785

